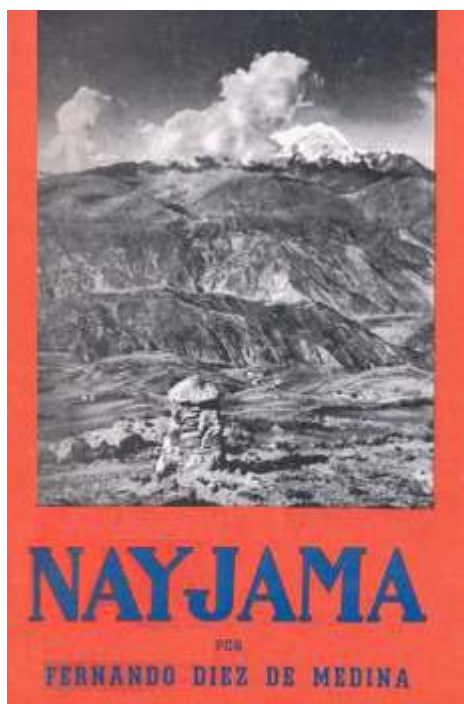




FERNANDO DIEZ DE MEDINA

NAYJAMA

Introducción a la mitología andina

1950

Primer Gran Premio Nacional de Literatura

© Rolando Diez de Medina, 2003
La Paz – Bolivia

INDICE

[EL BUSCADOR](#)
JACHA-PACHAMA
[MORADA](#)
[HABITANTE](#)
[EL NEVADO](#)
[HISTORIA](#)
[TERRUÑO](#)
[LA RAZA](#)
[SARIRI](#)
[AL MODO FANTÁSTICO](#)
[IMANTATA](#)
MARKA-MARKA
[ALTIPLANO](#)
[LA HOYA PACEÑA](#)
[ESTILO KOLLA](#)
[MITOGRAFÍA](#)
[RAPSDIA AIMARA](#)
KHANTATI-URURI
[ILLIMANI](#)
[EL COMBATE](#)
[TIWANAKU](#)
[ILLAMPU](#)
[TAWAKO](#)
[SAJAMA](#)
[TITIKAKA](#)
[WAYNA-POTOSI](#)
[PACHA](#)

EL BUSCADOR

Este es el Libro de Nayjama, el Buscador. ¿Pero qué es un buscador?

Alma joven: recuerda... Recuerda que rompías el juguete para descubrir su interior. Recuerda los escapes de la casa paterna, en pos del secreto que hay detrás de las montañas. Recuerda que la curiosidad es el motor primero; y el saber y el hacer los dragones flamígeros que custodian las puertas de la vida. Piensa lo mucho que anhelaste, lo poco realizado. Y cuando la melancolía baja de los calveros y envuelve en sus redes sutiles. Recuerda que el recuerdo es otra manera de buscar. Porque el hombre es una búsqueda: la búsqueda sin tregua. El temblor que acecha en la copa dorada del deseo. El misterio del cazador cazado por su presa.

Buscador: el que siente la divina inquietud andariega en sus plantas. Rodar sobre ruedas... ¿Para qué rodar? Volar sustentando por alas metálicas... ¿Para qué volar? El habitante conocerá su tierra paso a paso, en contacto directo, permanente: suelo y planta, suelo y planta, suelo y planta, hasta que el morador se unimismen en fácil ligadura.

Quién algo busque, no lo olvide: caminar, caminar. Cuando el sujeto rueda sobre ruedas, se hurtan los objetos. Volar es esfumar. Pero el caminante encuentra lo que busca, porque es dueño de su deseo y de su fuerza. Porque está dicho; sólo el que ajuste su voluntad con su ansia hará una búsqueda. Porque buscar es perseguir fortaleza. Porque fortaleza es el deseo de virtud. Porque virtud es la fuerza del caminante.

Cierto que la muchedumbre sólo pide dos cosas: política, economía. Prodigiosa abstracciones. Mas en toda muchedumbre hay un solitario, uno que se desentiende del Estado y de los números. Para él es la verdad de Nayjama.

Preguntarás por qué le decían "buscador". Y fue que un día, hallándose absorto en la contemplación del paisaje, los compañeros le dijeron:

—¿Por qué nos huyes?

—No os huyo —contestó— sino que busco.

—¿Y cuál es tu búsqueda?

Nayjama alzó los ojos y clavando la vista en el horizonte lejano, respondió:

—Voy tras la huella de la gesta andina.

—¡Oh, oh!—prorrumpieron los compañeros—. ¿Pero es que hubo verdaderamente una gesta andina?

Se hizo un silencio de montaña. Luego la voz de Nayjama vibró como una cuerda herida:

—Sí la hubo, alcanzaré su huella. Si no la hubo, también...

Entonces ellos se mofaron de sus palabras:

—¿Por qué loqueas? Deja de soñar, ven con nosotros; la acción aguarda. ¿O es que pretendes dar vida a una fábula?

Mas él, sin alterarse, les contestó:

—Voy a fabular la vida.

Y se resistió a seguirlos, porque el que busca no sigue; persigue. Y siguió reconcentrado en su porfía.

Conforme fue cayendo el grano de los días, Nayjama se sintió más solitario, más triste, más esquivo. Empezaba a comprender. Y cuando la soledad y el silencio lo hirieron con el rayo de su pesadumbre, se dio a recordar sus anhelos, sus trabajos, sus caídas, para escapar al pecado del orgullo.

Alma joven: acércate a la busca de Nayjama. Escucha la música de la escritura. Si no te place, disculpa sus yerros; nadie está obligado al acierto. No repares en lo imperfecto de sus páginas, pesando la humildad serena de su tránsito. Porque si alguien amó con pasión suma su morada, ese fue Nayjama, el Buscador. Criatura del Ande. Estrella de su angustia y su esperanza.

Y así comienza el Libro de Nayjama.

JACHA -PACHAMAMA

*De la Tierra Madre
surge todo. Todo se
hunde en la Tierra
Madre.*



La cordillera de "Quimsa-Cruz", saturada de leyendas y de misterio. apesadumbra la visión. (Fot. T. I. Rees)



Lago Superior de "tuni". La piedra y la paja brava comparten la desolación del paisaje. (Fot. T. I: Rees)

MORADA

América, nombre inmenso y lejano... ¿Quién sabe lo que es América?

¡Desconfiad de quien dice conocerla! Todos la habitan mas no la entiende nadie: madre incomprensible. Cosa de fábula, amasada por remotas lejanías: presentes contradictorios; futuros enigmáticos.

Suelo infinito. Ciudades cosmopolitas pueblan sus costas, se internan audazmente hacia las tierras interiores, ganan la meseta; pero la gran masa continental escapa todavía al dominio de los hombres. Se le llamó nuevo mundo, ignorando que era el más viejo.

América, la del norte, está llena de hierros y energía. América, la del sur, está llena de Dios. Es la morada que llama al espíritu como el imán al acero. Sopor del suelo, tensa espera de las almas. Y aun soplo metafísico, que al clima de cansancio y de extravío de las civilizaciones caducas, opone un aire bárbaro, genial y virginal, penetrado de fuerza y de sentido.

América del Sur: la Bien Hallada.

Sus relieves y sus valles hacen la delicia de los geógrafos. Sus selvas se tragan exploradores. Sus ríos se llevan hombres y animales como dioses sedientos de tributo. Todo grandioso, aniquilante, protector a un tiempo mismo: bosque, montes, llanura. Y el poblador que a simple vista aparece mísero, pequeño, sumergido en tamaña inmensidad, está hecho también de la madera extraña y recia del zócalo telúrico; porque el americano es criatura pánica, hijo de la tierra. Conoce la sensación de angustia y maravilla que brota de las grandes soledades. Pasa días enteros aislado, perdido entre planicies sin término, bosques vírgenes, montes desnudos que abruman con su metafísica de piedra. Entonces su coraje acrece; sabe que está confinado en sus propios medios; y afronta el peligro sin preguntar cómo será el desenlace. La lucha es dura, mas se lucha con armas iguales: hombre y suelo semejantes, suelo y hombre recíprocos. Y aunque sol, frío, viento, lluvia, bruma, acosan al poblador, muchos viven libres de la tiranía del hierro y de las máquinas.

¡Geografía delirante, pasmosa inmensidad! Sólo "Jacha-Pachamama" — la Tierra Madre— recoge las cuitas de sus criaturas.

América es el reino del combate y la esperanza. A ella vienen los hombres a olvidar, a resurgir; porque un tremendo olvido cae sobre el civilizado que se hunde en la soledad americana. Y un ímpetu de hacer cosas espolea el espíritu, aquí donde todo espera ser organizado. Combate de cada día, esperanza de toda noche. No hay otra ciencia que la del propio riesgo. Y un alma vieja, en tierra joven, se contamina de la delicia virgen del paisaje. Los otros, los autóctonos, los que brotaron del suelo, son más dichosos: viven consubstanciados con la comarca original. Impera el monte, manda el vegetal, celan los astros. Y si la tierra es antigua, inmutable como el varón que la fecunda, los aires vienen transidos de novedad y sugerencia. Es un amanecer de corazones.

América está llena de Dios.

Pero en ella lo más interior es también lo más eminente: la Cordillera. Y quien busque su más honda interioridad debe subir a la meseta, porque la meseta es la cúpula de América. Cupular, brujular ancestralía. Promontorio impetuoso que lo domina y lo define todo. Unas brújulas que dicen: "¡sube!" Otras brújulas que dicen: "¡baja!" Porque sólo el que entiende el movimiento del paisaje, comprenderá su propio andar.

El Ande es esa esfinge que si fué mirada, mira también en el interior del que miró.

Y está poblado por tres clases de moradores: el que estaba, el que vino, y un tercero que es la mezcla del que vino y del que estaba. Y no se sabe cuál es el más rico, ni cuál el más pobre, porque todos son oscuros, complicados, diferentes. Y no conviven, sino que cada uno hace lo suyo, con andar de astro solitario. Porque la tierra es ancha, como el cielo; y así como el cielo se carga de estrellas en fuga que rara vez tocan sus órbitas, la tierra se puebla de hombres que se mueven dentro de sus propias soledades.

Es tan grande el suelo, es tan pequeño el hombre...

Del vasto país, de las gentes silenciosas, sube un aire de hurañía; esto no quiere ser conquistado. Al aislamiento geográfico responde la mudez espiritual; falta comunicación, acercamiento. Se siente el impacto de un primer impulso que rechaza. Mas el que entiende su morada sabe que está solo: junto a una montaña hay siempre otra montaña. Y el hombre se hace entre hombre, aunque se midan las palabras y se alejen las acciones.

Pavura y ventura del vivir de altura. ¿Por qué unos quieren ausentarse y otros se inmovilizan fieramente en la meseta?

—Debes viajar, debes moverte, porque el viaje renueva, enseña. ¿Cómo acercarse al mundo desde un rincón oscuro?

Nayjama sonreía:

—Estoy viajando- contestaba— y seguía escrutando la línea móvil de los cerros.

—¿Qué ganarás encerrado en la meseta? Con los años te irás petrificando...

—También la piedra sabe sus caminos.

Porque los hay que entienden las voces de la tierra. Y esos saben que una soledad en marcha dice más que la muchedumbre inmóvil del cambio sin hondura. Y que hasta el aislamiento se carga de sentido, cuando se profundiza en su misterio.

Nayjama crecía con ritmo de montaña: tan lentamente, que no se advertía su progreso; tan sordamente, que no se recogía el latido de su corazón.

Porque hay moradas que configuran a su poblador. Y el Ande es una de ellas: parece un Castillo de Nieve erguido en el dorso del continente, para guardar el sueño de esos duros castillos de piedra que lo habitan.

HABITANTE

Los valles y los llanos ¿regalan mejor que la meseta?

Para el valluno, la vida es el verde; ese manto esmeraldino que se mete por los ojos. Par el llanero, la pampa lo acaricia todo, tibia y perfumada como la piel de sus mujeres. En cambio en el altiplano, hay quienes mueren sin haber conocido una flor; y otros —los relapsos— se lamentan: "esta oquedad, estas murallas, este horizonte estrecho..."

Evoquemos el mar, el valle, la llanura que verdea de amor y de impaciencia en espera de la mano que la fecunde. Porque la meseta es dura —alegan los quejumbrosos—; no hay compensaciones. Naturaleza y hombre se dieron maña para subsistir avarientos. Deberíamos bajar a la campiña, abandonar la Cordillera, los páramos, este mundo silencioso y vacío. Nos vamos secando lentamente. Donde falta el vegetal, mundo a oscuras; acaso un día terminaremos petrificados.

La meseta soporta, no regala. Es sorda.

Anhele de evasión del montañés... ¿Qué será? Toda la vida proponiéndose mudar de morada y cuando la mudanza llega, soñando en el terruño toda la vida.

El blanco es demasiado joven para entender el antiguo mensaje de la tierra: se siente forastero. Vive el mestizo estallante de energía; empeñado en su forja biológica y social, carece de tiempo para detenerse en el paisaje. Pero el indio eterno, inmutable como su naturaleza circundante, es verdaderamente el amo de los altiplanos. Tomemos pues del indio la verdad y el sentido de la tierra.

Unidad trascendental de hombre y lugar: dos que son uno. Donde se atiende al hecho físico, salta el morador. Donde se atisba al morador, afluye lo telúrico. Es una simbiosis entrañable; la tierra inerte se mueve en la inquietud del hombre; el hombre activo se aquieta en la mansedumbre de la tierra. Y así como en el ascenso estructural de la sonata, un instrumento no puede abandonar al que lo acompaña, porque ambos viven del concierto de sus voces, el Ande y su habitante alientan pariguales; criaturas de una sola melodía fundamental.

Indio es el que siente con mayor intensidad el mundo exterior, y el que vive en el repliegue más íntimo hacia dentro. Claustro y expansión: abierto a la naturaleza, cerrado al hombre. Se lo entiende en función del suelo, se lo ignora en sentido antropológico. El indio calla, el indio desconfía. Recela del cambio y de la higiene. ¿Por qué reprocharle que no lave su cuerpo, si otros nunca lavan su alma? Quietos gentes de bronce: ¿esperan?

Indio es lo arcaico. Lo telúrico. La llamada cósmica.

Una tal antigüedad que nadie sabe cuándo comenzó. Parecen seres de otro planeta, sugieren pasados remotísimos. Ese aire de vetustez que hace eternas, silenciosas las montañas, imprime también su huella lentísima en las caras y en los cuerpos. Todo se aleja. Gentes sin edad: herméticas, hurañas, sumidas en su propia madurez recóndita. Cifran su ser, como la piedra, en la dura concentración de sus moléculas. Y un resplandor metálico arde en el fondo sombrío de los ojos mongólicos; resplandor de veta escondida, de mineral amasado por el tiempo, de materias viejísimas y fuertes.

¿Quién alcanza la remota lejanía de la piedra? Los indios y su mito vienen de un tiempo religioso, misterioso, cuando en mundo y sus seres brotaban del abrazo cosmogónico. Lo arcaico, lo lejano...

Estos hombres están como sumergidos en la tierra: todo lo toman de ella. Afines con su comarca, cuando viajan su suelo viaja con ellos, si están quietos, viven en contacto permanente con el paisaje habitual. Y así como el pájaro mantiene asociación sostenida con el árbol que le da cobijo, el autóctono se aleja apenas para volver con mayor ímpetu a la tierra que lo contiene.

El indio es Ande. El Ande es indio.

La tierra no quiere cambio, el hombre rehuye ser transformado. Una memoria ancestral que todo lo recuerda, aunque no quiere hablar; el sentimiento sedentario del albergue y del paisaje; la comunión de suelo y poblador. Telúrico son los que toman su verdad del mundo circundante; los que oyen las voces que suben de la profundidades del subsuelo. A éstos no los cambia ni el vértigo de las máquinas, porque están fieramente plantados en el hosco altiplano: parecen árboles inmemoriales. No temen al huracán ni al rayo. ¡Son! Pasó el imperio. Pasó la colonia. Pasará también la república: el indio queda. Porque telúrico es lo eterno, lo invariado, lo que renace de sí mismo.

—Nayjama: ¿por qué te atraen las cosas del indio?

—El indio tiene magia. Algo llama desde su oscuro interior indescifrable.

Y Nayjama piensa extrañas cosas de los indios, cosas que no están en los libros ni las participa nadie. Que no se organizan todavía armoniosamente en su pensamiento, pero que lo incitan, lo fatigan, lo envuelven en el torbellino de un gran presentimiento.

Nayjama sueña... Y aunque no pude expresar sus sueños por el hilo suelto y continuado del relato coherente, vive visitado por fugaces intuiciones que llegan, parten, regresan y vuelven a partir...

¿Quién sabe lo que saben los indígenas?

Hijos de la naturaleza, con ella se identifican participando en sus fenómenos. Animistas, panteístas, supersticiosos, atribuyen vida inquieta a los seres y a las cosas: todo piensa, se mueve todo. Una poesía teogónica ciñe el panteón andino y esparce sus aromas sutiles por los senderos de la leyenda. ¿No son los "Apus" los genios de lo nevado? ¿No son los "Auquis" los genios de los cerros? Y las grutas, los árboles, los vientos, las piedras, las estrellas, los ríos, los animales, ¿no son manifestaciones variables de un solo poder fundamental?

Para el indio todo es Dios. El sol, la lluvia, el trueno, el relámpago, el granizo, el arcoiris. Las noches y los días actúan con la misma evidencia que los hombres viven y generan. Un torrente formidable fluye de todas partes y sus olas poderosas atestiguan el renovado estremecimiento del universo. Todo es milagro. Espíritu y materia conviven en armonía indivisible: son inocentes, puros como el día primero. El cosmos no surgió para ser dominado por el hombre, sino para que el hombre rueda confundido en la gran tempestad original. Quién se acerca al hecho cósmico, sospecha la hechura primordial. Por eso el indio conversa todavía con los "Achachilas", los abuelos del tiempo mítico; y les ofrenda su mística fuerza de sumisión, para que los "Achachilas" regule los poderes invisibles que rigen la mecánica del mundo físico.

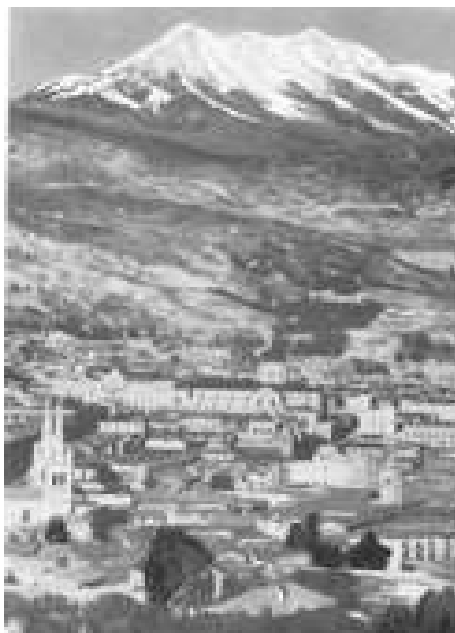
"Pacha", el Dios Cósmico del Ande, se manifestó en el tiempo primitivo por la serie innumerable de los "Pachas": el huracán de las divinidades andinas no admitían la unidad primordial. Hoy mismo, para quién entiende las voces del ancestro, todo sigue siendo "Pacha", la deidad multiforme, inabarcable, que lo sugiere y lo produce todo. Porque todo es Dios; todo viene, todo vuelve al manantial original. Y la revelación acecha sin descanso, lo mismo en el azote del granizo que en el temblor de la espiga. Porque el cosmos andino presiona a sus criaturas para que lo entiendan mejor. Y es múltiple, vastísimo, el mundo enigmático y resonante de los indios. Porque la llamarada cósmica que está creando el mundo, arde también en la tensión de su habitante.

Hay algo térreo en la cara del indígena, como lo hay en su alma y en el aire de misterio que lo ciñe.

Montes altos, silenciosos. Gentes lentas, recogidas. Si el monte dice: "nada quiero", el indio es como si contestara: "nada espero". Porque hay un estilo andino de constancia, de paciencia, de varonil empuje en el camino de los días. Y quien quiera comprender al habitante, ha de mirar primero a su comarca.

Vejez que calla por remota, juventud que se ignora por temprana, indio es el que espera sin saberlo.

Y un sol interno brota cada día del suelo y de las almas, porque "Pacha", dios múltiple y diverso, es también el genio de la tierra y su designio.



"Illimani", el nevado arcangélico. señorea la urbe andina con su cumbre armoniosa. (Fot. Jiménez)



"Nina-Kollo": el Cerro de Fuego, héroe de los tiempos ígneos, capitanea el mito. (Foto T. I. Rees)

EL NEVADO

Los nevados son fuerzas sagradas, dioses manifiestos. Pero siempre hay uno que señorea la cabalgata de las cumbres. "Illimani" es el Caudillo del Ande.

Ahí está: frente a todos, soberbio, inmovible, envuelto en su regia vestidura de nieve y de cobalto. Parece un inmenso guardián inexorable. Parece un sueño de la forma. Y a veces, en la pureza matinal o el silencio de las tardes, cuando la luz pelea con la sombra sobre un dios lleno de majestad y poderío.

De niño, Nayjama preguntaba:

—Padre: ¿por qué es tan alto? Parece que fuera a caérsenos encima.

Y tu padre respondía:

—Te parece muy alto porque tú eres muy pequeño. Aguarda a crecer y le perderás miedo.

Nayjama miraba de soslayo, aterrado por la proximidad de la mole.

Pasaron los años: el niño se hizo hombre, ya no tiene a quién preguntar, mas el antiguo temor se ha fundido en sólida confianza. Nayjama mira el monte como se mira una imagen en el templo; con amor, con esperanza. Un sentimiento religioso se apodera de su alma y la eleva, cada vez que sus ojos tropiezan con la mole abismal.

El que indaga, el que ahonda, se sumerge en el misterio de los nombres.

"Illimani": el resplandeciente — dice una leyenda kolla.

"Illimani": el de las Aguas Múltiples — refiere otra.

"Illimani" el Más Grande de los Cóndores — explica una tercera.

¿Es el mito solar, la clave hidrolátrica, o el totem que encarna y trasciende el sentido de la tierra?

¿Es sueño, es realidad?

"Illimani": Padre Nuestro, amigo y maestro — piensa Nayjama, cuando al conjuro de la aurora va beber virtud y fortaleza en sus flancos de plata.

Luego llama a sus puertas titánicas, ansioso de saber, y el dios invisible contesta de una dimensión de hondura:

—Espera, Nayjama, espera; todavía no es tu hora.

Y ambos guardan el secreto. Porque está escrito que un día la criatura fugaz alcanzará la eternidad de la montaña.

HISTORIA

El examinador comenzaba a indignarse:

—Detrás de Manco Capac no hay horizonte histórico; sólo una tiniebla impenetrable. Continué.

El aspirante a profesor de historia siguió desarrollando el tema:

—Creo que más allá de los imperios quéchuas...

La ciencia oficial se encolerizó. Y otro de los viejecillos, entre péfido y burlón, observó:

—No nos interesa lo que usted piensa, señor, sinó la verdad histórica. ¿Qué sabe usted de prehistoria americana, qué se le ha enseñado, en qué testimonios funda usted sus juicios? Lo demás sobra.

Luego el presidente del tribunal menos duro, contristado, recordando acaso que juzgaba a un buen alumno, se esforzó por evitar el desastre:

—Hijo mío: ¿por qué enredarse en polémica? La historia es certidumbre, no poesía. Si estudiamos con ojo crítico la civilización quéchua...

El alumno permanecía callado pero no escuchaba. Por encima de las tres cabezas grises su mirada buscó en horizonte, voló más allá del ventanal, se hundió en las colinas distantes. Y allá, en la lejanía, le pareció ver una ciudad irreal, que brotaba con sus torres blancas, altísimas,

enhiestas. Murada por los cuatro costados, albergaba templos piramidales y amplias explanadas; y no estaba edificada sobre una superficie uniforme, mas era multiplana: subía descendía, se acomodaba a la topografía montañesa, como una culebra inverosímil de escamas centelleantes, repartida en interminables graderías, puentes vertiginosos, y taludes de extraordinaria agitación. Muchedumbres de piel broncea con reflejos semiazulados, circulaban por el laberinto de callejuelas empinadas y aéreos corredores. Vestían colores fuertes, variadísimos. Lentos coros solemnes se alzaban junto a los templos, y de las gentes en trabajo subían músicas suavísimas. Una secreta seducción escapaba del ritmo recogido de la multitud; porque nadie iba deprisa, sinó con gravedad y discreción, como sin apuro de moverse. Los guerreros de fuertes nombres templaban sus armas. Las mujeres de hermosas trenzas llevaba sus cántaros al pie de las vertientes. Y los niños se dispersaban alegres por las pinas pendientes, mientras manos ancianas se movían diestramente en los telares manuales. Y allí, en su trono de basalto, encaramado en la cumbre del monte, surgiendo en un esplendor de rocas, edificios, símbolos y funcionarios, lucía el Hijo de la Montaña, el Rey-Sacerdote: impávido, poderoso, tutelar, omnipresente. Un cóndor de oro y dos pumas de plata eran los atributos de su gloria. Y el Jefe de Hombres, con tranquila majestad, atendía a sus gentes, que se le aproximaban respetuosos pero dignas, sin muestra de temor ni servilismo. Y de tiempo en tiempo, alzando la mirada de los suyos, el Señor de Señores la fijaba en el Gran Nevero que resplandecía próximo. Y entonces brotaba una comunicación misteriosa entre el Dios de Bronce que mandaba entre hombres. Y en medio de la muchedumbre de rocas, templos, escalinatas y seres animado, monte y caudillo brillaban de su propia verdad y poderío. Y las vicuñas ágiles brincaban en torno al trono de basalto, poniendo una nota de gracia y levedad en la pesadumbre del paisaje...

Un golpe seco en la mesa del tribunal lo despertó:

—¡Mire aquí, señor, y atiéndame!

Y el viejo profesor temblaba al hablar:

—Le he demostrado, científicamente, que detrás de Manco Capac sólo hay oscuridad.

Ahora conteste usted: cuándo los viejos dioses fueron abolidos ¿qué misión tuvo el cristianismo en América?

El alumno miró fijamente al profesor y respondió:

—Los viejos dioses viven todavía. El indio sigue siendo sabeísta, venera las deidades naturales...

—¡Basta!— interrumpió el presidente del tribunal —. La prueba ha terminado.

Historia: cero. Es un círculo perfecto, caligrafiado con amorosa maestría. Nayjama mira el anillo de tinta azulada, tan fino que parece que fuera a quebrarse. Y de pronto se le antoja que el anillo azul crece, crece; crece como esos círculos que se forman en el agua cuando arrojam una piedra, y que van a morir hacia una ribera distante. Y soñando en la prodigiosa elasticidad de la fábula, Nayjama olvidó el pequeño aro de la historia. Olvidó su derrota. Olvidó que acababa de fracasar como maestro.

Pero después de esos días lúcidos, gozosos, en que una interna voz animaba las cosas, llegaban otros de duda y desaliento. Le parecía avanzar entre sombras como explicaba el profesor; sueños de desflecaban como pasajeras nubes. Nada. Era como si alguien preguntara:

—¿Qué pasa Nayjama? ¿Por qué vacilas en tu búsqueda?

Y él no sabía cómo responder, porque en los días oscuros no vemos ni escuchamos; lo ignoramos todo. Y alguien contestaba por el ofuscado:

— Me falta una brújula, una aguja imantada siempre apuntando al norte, que se lleve mi alma detrás de mi verdad, aunque mi verdad sólo sea el reflejo de mi alma.

¿Será cierto que escudriñando a los demás se cala en uno mismo? Nayjama observaba celosamente a los demás.

Admiró en el periodista la técnica del rayo. En el político la embriaguez de la acción. En el negociante el juego de los cálculos. En el técnico la precisión del conocimiento adquirido. Pero estas ciencias del fraude lo desconcertaron. Periodismo, política, negocios, técnica: enseñanza inútil de la fuerza organizada hacia el éxito. ¿Qué pueden oponer estas exactitudes oprimentes al milagro libre y desatado de la fábula?.

Frecuentando eruditos se cansó de los libros. Consultando arqueólogos se vió perdido en una selva delirante. ¡Gloria y miseria de la arqueología! Brota un mundo súbito de un trozo de cerámica; repentinamente otro se apaga porque no coinciden dos puntas de flecha. Bloques lícitos, ídolos, armas, tejidos... Cada fragmento equivale a un círculo, porque el mirar y el razonar arqueólogo se redondean sin fatiga: es la vuelta total a los 360° de la investigación. ¿Cuándo el ingenio humano fue más lejos? Mas este maestro de averiguaciones, artesano de la más alta

alfarería, de tanto profundizar su materia, de sumergir tan hondo, suele terminar sepultado por su afán. También el arqueólogo es un prisionero de sí mismo. Identificado con su teoría, pierde la noción de realidad, de proporción; sustituye la visión razonable de lo ido por una particularísima manera de enfocar lo que se fue. Frente a la arbitrariedad de un estudioso, buscamos otro; éste otro impugna al anterior, vuelve a plantear el tema desde un ángulo diferente y en modo tan argumentable como el primero. Un tercero, un cuarto, un quinto arqueólogos darán sus propias teorías, distintas, inconfundibles. Excluyentes, falsas y verdaderas a un mismo tiempo. ¿Cómo se orientará el incauto por la tupida maraña de la selva arqueológica?

Nayjama seguí buscando en las formas de la vida, mas ninguna ajustaba con su anhelo.

Una voz amiga sugería:

— ¡Cuidado! Te vas a extraviar.

Y otra voz lejana insinuaba:

— Quién quiera hallarse, deberá saberse perder.

¡Pobre Nayjama, perdido en el laberinto de las brújulas humanas!

Cuántas horas perdidas, cuántos días malgastados. Quiso subir por la escala azul de la poesía y se vino abajo, desprovisto de sostén, porque la azuleidad poética como el cobalto del paisaje engaña: es aire puro. Se aventuró por el orden geométrico de la arquitectura, creyendo dar claridad a su espíritu, y sólo halló el frío rigor matemático de las formas: el enjambre que se ordena y equilibra por sí mismo. Buscó en la disciplina militar, porque la milicia es la ascesis de la acción, mas solo aprendió que la milicia es un límite cerrado, jamás un horizonte abierto. Cruzó los caminos áureos del hombre de mundo y se sintió extraviado, porque en los salones y en las oficinas sólo hay doblez, intriga, envidia. Quiso descender por las pinas laderas de la filosofía y se vió sobre el filo del abismo, porque la filosofía, como el mar, ofusca: es poco vértigo.

¡Pobre Nayjama, queriendo encontrarse en los demás porque no se hallaba seguro de sí mismo!

Siguió buscando en las formas de la vida; buscando en las profesiones, en los hombres, en las cosas, en los libros. ¿Cómo alcanzar la penosa lejanía?

Y la voz amiga musitaba:

—Dudas; no importa. El que insista llegará.

Y la voz distante, insidiosa, añadía:

—Te falta audacia; audacia para iniciar un camino y seguirlo hasta el fin.

Y Nayjama siguió su búsqueda, creyendo que las formas de la vida podrían darle un método para seguir el rastro de la gesta andina.

Pasaron escuadrones azules: las semanas. Pasaron escuadrones bronceos: los meses. Pasó el ejército sombrío que los contiene a todos: una año.

Y Nayjama proseguía soñando en la hora del encuentro inalcanzable.

Cierto día, hallábase sobre un peñón del altiplano, sumido en tristes reflexiones porque la obstinación de su búsqueda se vestía ya con la torva túnica del fracaso, cuando súbitamente recordó los versos del salmista:

—Y alcé los ojos a los montes...

Y alzando la mirada a la soberbia Cordillera, vió que se agitaban las montañas como lenguas pugnando por hablar. Un confuso clamoreo, como ruido de muchas aguas, rodaba por sus flancos. Las cervices titánicas se erguían en un estremecimiento auroral. Y allí, en lo alto, una nube hermosísima planeaba sobre los nevados, siempre apuntando al norte. Parecía el reino de la fábula.

Entonces comprendió que su verdad no estaba en las formas de la vida, porque brotaba de las profundidades de la tierra.

Y así fue cómo Nayjama halló su brújula.

TERRUÑO

El amor a la comarca natal es tan antiguo como el hombre. Está inscrito en su sangre; palpita desde el primer latido del corazón hasta el postrero; es la sola cadena que liga sin violencia.

¡Dichoso el que cree en su solar nativo, connaturalizado con el paisaje original!

Dichoso también el trasplante, el que llevó su tienda a suelo extraño, porque ese se perfuma de nostalgia terruñera y entonces sabe que en la tierra de origen late la verdad de cada uno.

¿Qué busca el viajero? Otro mar, otro monte, otro cielo, otro anhelo... Ciudades nueva, gentes diferentes. Pero el mar está contenido en la gota de agua, el monte en el guijarro, el cielo es siempre uniforme, siempre igual a sí mismo; y el anhelo puede mudar de morada sin cambiar de comarca. ¿Qué guardan las ciudades ignoradas? Vértigo y asechanza: desintegran. Las gentes son las mismas, distantes y en acoso siempre. Enriquecido en apariencia por la variedad del suceso, en el fondo el viajero no aprende mucho. Mira solamente y el mundo fluye ante sus ojos. Porque aprender es conocer. Conocer es entender. Entender es amar. Y amar es quedar junto a lo amado, en dichosa permanencia, profundizando la maravilla del instante.

Acaso el más feliz es quien menos viajó. Tal vez el suelo llega a comprender a su poblador. Tal vez el poblador entiende los secretos de suelo.

¿Y qué es lo que se ama en el solar nativo? Una forma de intimidad sin confidencia: navega en aguas submarinas, no quiere dejarse ver. Quién sabe, quien sabe lo que cada uno toma del cuenco natal...

- Nayjama: ¿vamos a la pampa?
- La pampa cansa; no termina nunca.
- Entonces vamos al mar.
- El mar fatiga: se repite siempre.
- Verás gentes nueva, cosas nuevas; tu alma ganará.
- Indio soy: sólo pido vivir y morir al pie de mi montaña.

Nayjama se resiste a viajar, no quiere moverse de su tierra. ¿Será porque el movimiento se le antoja y más diverso, aquí donde la quietud sembra más honda?

Nayjama suele escaparse al cuenco azul del Titikaka, donde acecha una sensación de mar. Otras veces recorre el dilatado altiplano, que tiene mansedumbres de pampa, colinas suaves, irreales, contornos de montañas. Mas luego regresa a su solar acogedor, donde le aguardan los cerros herméticos; el cielo azul, profundo, fresco y virginal; las grietas y las flechas de la tierra; los airosos bosques de eucaliptos.

Terruño... ¿Qué será?

Conocer el lugar de cada cosa y el modo de cada ser. Transcurren las costumbres en tática armonía. Todo puro, simple, venturoso. El cuerpo con su clima, el alma con su ambiente. La misma calle, los mismos sitios, el mismo suceso, conceden sensaciones diferentes. Con planta firme es señoreado el suelo, con dócil hechizo el suelo se desliza bajo la planta familiar que lo recorre. Techo estable, rincón favorito, habitual actividad. El hombre de todos los días como el hombre de todas las noches: fidedigno. Pan de la confianza. Agua de la costumbre. Sólita alegría de la tierra materna y conocida.

La más alta pasión. La terruñera, porque ahonda en la vida y en el hombre. ¡Árbol fabuloso: unas raíces móviles avientan al contorno, unas raíces sólidas amarran a la yema!

Terruño. Dulce potestad del hábito.

¿Cómo explicar, entonces, ese afán de novimundos que sacude a muchos? ¿Por qué el presentimiento, la nostalgia morbosa de las cosmópolis? El habitante de la urbe es ajeno a la emoción del terruño. En todas partes, la urbe es igual a la urbe; no cuenta el paisaje natural, sino los artefactos del suceso urbano. Quien añora la gran ciudad reniega del lar natal. Esos jóvenes ansiosos del vértigo moderno, del vivir tumultuoso; esos adultos que agotaron placeres y experiencias en remotas lejanías, son los descreídos de la propia fe. Viajar... ¿Para qué viajar? Vivir velozmente, aturdidamente, es desvivir. Agota sólo la copa del placer, olvida la otra mitad de la vida, por que sentimiento está casi ausente de la urbe.

Nayjama se duele por esos amigos impacientes que se pasan los días suspirando en pos de otras tierras:

- Hermano: si pudiera ir a Europa...
- Hermano: si pudiera quedar en América.

Los otros no creen en la sinceridad de Nayjama. ¿Será postura, será holganza, será cobardía de afrontar los grandes escenarios? Y le dicen:

— Tú no sabes del deleite refinado, la exasperación nerviosa de las grandes capitales. En ellas crecería tu pensamiento, se fortalecería tu voluntad, serías más sensible y más despierto. Esto es muy chico; empequeñece.

Nayjama sonríe; luego se pone hosco:

- Quiero ser del tamaño de mi morada.

Y sigue escapando a las alturas de su hoya natal, donde lo aguarda el monte, donde lo espera el vacío. Acá donde un genio invisible acecha el alma, la rodea, la dilata y la dispara al



El indio y la llama, la pareja ancestral del altiplano, simbólicamente unidos por la sogá nativa (foto Jiménez)



Laguna inferior de "Tuni", cerca de La Paz, donde el paisaje cobra asombrosa nitidez. (Fot. T. I. Rees)

infinito horizonte andino. Bajo el conjuro de las sirtes del espacio, Nayjama se lanza al océano aéreo, se hunde como el cóndor en las azules densidades, cada vez más lejos... cada vez más lejos... hasta que el rodar de unas olas suaves y tendidas lo devuelve dócilmente a las playas entrañables del terruño.

La meseta es áspera, suave en la meseta.

Y el terruño es un cántico celeste para el oído enamorado.

LA RAZA

¿Kollas o aimáras, incas o quéchuas? No ha terminado la disputa de los eruditos.

Los hay que defienden un total deslinde entre la nación kolla y el pueblo aimára, como se dice que los quéchuas sólo fueron una de las circunscripciones sometidas por el Inca. Otros refieren que de la nación quéchua brotó el Incario, y del núcleo aimára la cultura kolla. Se arguye que kolla e inca son nominaciones episódicas frente a las lenguas-madres: la aimára y la quéchua, que dan nombre eterno a los pueblos que las forjaron. ¿Hubo un imperio aimára y otro kolla? Los incas ¿son más antiguo el hombre de los valles o el hombre de las sierras? Tocante a civilizaciones ¿fueron dos, fueron cuatro?

No sé ha dirimido aun la controversia.

Para una comprensión espiritual del Ande, aimára y kolla son la misma cosa; quéchua e inca provienen de igual raíz. Se opondrá sutiles argumentos de ubicación geográfica o distinguos étnicos; habrá fronteras lingüísticas y semánticas; acaso la ciencia llegue a probar — si prueba — que existen diferencias fundamentales entre los cuatro vocablos. Pero el sentido de la tierra, la intuición del ancestro, dictan claramente que las cuatro hipótesis confluyen en el binomio indestructible: aimára-kolla, quéchua-incal. Si aimára es la fuerza actuante, kolla es el impulso. Si quéchua el núcleo vivo, inca el propósito realizador.

Aunque cronistas, arqueólogos, historiadores se esfuercen por imponer la supremacía de dos vocablos a costa de los dos restantes, el pasado responde que si hubo culturas kollas y civilizaciones incaicas, sólo pudieron expresarse pro la grandeza fluyente de las lenguas-madres: aimára le gesta de la una, quéchua la fabla de la otra.

El anfisbena ancestral explica el pasado, aclara el presente, define el futuro. Perdido el nódulo vital, quebrado y disperso el juicio histórico, las razas hablan por el testimonio biológico. Ese testimonio refiere explícito que nuestro drama nacional oscila entre la rudeza aimára y la ternura quéchua, aunque a veces se orea con unos pánicos terrales que subes del oriente. Gentes duras, persistentes como peñas, se traban y confunden con gentes tiernas, ondulantes como olas. ¿Primacías? No las hay. Antecedencia no entraña predominio. La trompa bífona de la ancestralía proclama severa que si el inca es dulce, moldeable, ser aéreo, porque viene del viento valluno; el kolla perdura hosco, taciturno, naturaleza ígnea fraguada en lavas andesíticas.

No hubo pues jerarquías raciales ni señoríos políticos: la raza es una y uno su destino. Cada cual lo tuvo y abarcó todo a su tiempo. Mas como el diálogo histórico admite su probanza en dos que lidian y se oponen a porfía, la raza, para sobrevivirse, se despobla en el oscuro juego de las autoctonías: uno como dos, dos como uno.

¿Antigüedad del kolla, precedencia del inca?. Pero supone. Sólo un pasado andino: palingenésico, imperial, inmemorial, que muda de nombre y apariencia al prolongarse en el tiempo.

Para el corazón magnánimo sólo hay un pretérito insigne y un presente responsable: por la contradicción a la unidad.

Pareja en el dominio del espacio, las civilizaciones autóctonas se alejan en el tiempo. El quéchua luce a plena luz. El aimára se repliega en la sombra. Si la gesta incaica pervive por la rapsodia del Inca Garcilaso, la hazaña kolla no fue cantada todavía. Y cuando el cóndor, el que "masca nieves", símbolo del suelo y de la raza, se remonta por el cielo andino, levanta en el milagro de sus alas el ritmo ascensional de los aimáras y el ímpetu armonioso de los quéchuas.

Aimára o kolla han de usarse indistintamente.

Quéchua es igual a inca. Paisaje, raza, idioma, tradición se contraponen; mas el espíritu que anima a las dos fuerzas fundamentales del suceso andino, es siempre el mismo: uno que se hace dos, dos que se vuelven cuatro. Y al cabo substancia y forma maridan con perfección tan acabada, que las cuatro palabras famosas de la disputa histórica se asocian como las piedras de

Sacsahuamán en la memoria del rapsodia doliente: " Todas son de admirable grandeza, y se abrazan unas a otras, favoreciéndose todas, supliendo cada cual la falta de la otra, para mayor majestad del edificio."

Pasa lo mismo que en el cuarteto de cuerdas: dos instrumentos dan las voces graves, dos los tonos altos. ¿Cómo definir rango entre la ternura de los violines y la hondura de los cellos? Celestes claridades y angélicas penumbras se confunden, mas luz y sombra sólo existen por el concierto de las voces contrastantes. Y así como no se discute instrumentos en la cuádruple armonía del cuarteto de cuerdas, tampoco cabe alegar supremacías en la proeza andina.

El movimiento histórico reposa en el equilibrio concertado de cuatro instrumentos fundamentales: aimára, quéchua, kolla, inca. Inca es lo mismo que quéchua. Kolla vale por aimára. Quien no lo entienda así ignora en verdad al Ande muchas veces milenario.

— La raza es un enigma que nadie ha descifrado — dijo el etnólogo con decidido acento.

Luego colocando las manos sobre una cabeza bronceada agregó:

— Es como esta cabeza informe del escultor expresionista: parece inconclusa. ¿Es bicéfala, o se trata sólo de una testa? No vemos bien el caso.

Entonces Nayjama respondió:

— La testa de bicéfala. Pero a veces, mirando con fijeza, se diría que las cabezas son dobles, y creyendo ver a dos se alcanzan a divisar cuatro caras diferentes.

El etnólogo lo miró con extrañeza:

— Dichoso tú — le contestó — que puesto sobre una pista terminas descubriendo otra.

Pero Nayjama no dijo al etnólogo que cuando se mira largamente a la esfinge, hondamente, hondamente... las dos cabezas dobles desaparecen y se funden en una sola testa soberbia, armoniosa, impresionante.

Así es la raza.

SARIRI

Cuando Nayjama supo que su verdad era el sentido de la tierra, dióse a recorrer la comarca andina con pasión inmensa.

Y descubrió la oscura belleza de sus pueblos, de sus gentes, de sus cosas. La tierra escueta, veraz, soledosa. El morador sencillo, fuerte, reservado. Raza increíble: de tanto envejecer, envejeció la tierra; pero la mano educada por los milenios en agrícolas tareas, sabe arrancar al suelo hermético sus gérmenes difíciles. Y hombre y suelo viven en paz, parcamente, altivamente. Porque un interior señorío rige al andino, criatura del esfuerzo sabio, de la natural economía en el consumo de los hechos. Y la tierra devuelve como el hombre rinde: con honradez, con sobriedad.

Este paisaje elemental, huraño, de fascinación lunar, que semeja un mundo muerto, es en verdad un pozo vivo de escondida hermosura.

Lo que sugiere la quietud del indio, lo que descubre la marcha del indio... Recogida intimidad. Arca de tradición. Fuente sellada a un mismo tiempo.

¿No dice el mito que el Ande y su criaturas fueron una sola armonía; cuando el astro y el monte, el río y el viento, los hombres y los árboles, el puma y el cóndor, la piedra y el surco se correspondían? Ancestral hillozoísmo: unidad de la naturaleza con todo lo creado. Todo animado, vivo y misterioso, ligado y confundido todo, equivale, partícipe de la hermosura original.

Para el ojo que mira en las honduras de los planos visuales, el paraíso andino tiene la grandeza y la pureza de los bíblicos jardines del Edén.

El civilizado ignora los júbilos extáticos del nativo. ¿Qué sabe del indio al que compadece o menosprecia, cuando lo sorprende embebido en la contemplación del cosmos? El indio mira y se sumerge en el paisaje; el indio mira y va ahondando en sí mismo. Puede estar mucho tiempo, de pie o acucillado, mirando el mundo de fuera. El cuerpo inmóvil, la faz impassible; y el alma, adentro, en sus revoluciones inefables, sin otra ley que el puro goce desinteresado de su llama. Mirar, admirar. Y a veces hombre y suelo se observan tan hondo que transmutan: la montaña finge un hombre pensativo, el hombre parece una montaña solitaria.

¿Qué dicen el bailarín mímico, los colores violentos, la poesía de los nombres, la quena y la zampoña? Dicen que el andino posee un sentido rítmico y cromático, ideal y musical del mundo físico. Hoy calla, pero antes habló con lengua melodiosa; y cuando dijo tiene vigencia todavía para el alma india.

Si un indio nada dice, la raza india cargada de misterio lo sugiere todo. Y la lengua aimára, aun mutilada, aun olvidada, confinada al orbe autóctono, poderosamente va resonando por el ámbito geográfico: y está aquí allá, como ayer, como siempre, dominando el monte, el valle, el río, el abra, el bosque, la hondonada, entonando un himno crepuscular al paisaje donde todo se nombra todavía como lo nombró el antiguo. Los nombres indígenas son el camino seguro para rastrear el tiempo mítico, para despertar el sentimiento poético del mundo y de sus seres.

Quién habla de la raza de bronce frente al terror petrificado de los monolitos inmutables, ignora que el ruiseñor aimára cantaba un tiempo en torres de cristal.

Porque el nativo, que divinizó la naturaleza, participa también del júbilo cósmico en el delirio de los nombres. Fue iniciado en la ciencia esotérica de las palabras; descubrió la virtud de posesión, el genio re-creador de los vocablos; por eso al designar los accidentes naturales, vuelve a crear el mundo dando nombre y renombre a cada cosa. Los exalta, les otorga un sello de duranza y trascendencia. Y el orbe andino es más seductor, más entrañable, se carga de más nobles revelaciones, cuanto más largo es el camino que lleva al arcaísmo de los nombres. Porque en esa poesía teogónica del paisaje late en verdad la maravillosa sutileza del cantor aimára.

Desconocemos la ética y la estética del andino, porque una está hecha de silencio y la otra de misterio, pero el día que se rompa ese silencio y se quiebre ese misterio...

— Nayjama ¿crees en la resurrección del indio?

Nayjama contesta con profunda fe:

— El indio no murió. Está en ti, está en mí, está en todos los que aman y viven en su tierra pugnando por hacerla mejor. Indio es una actitud de espíritu, no un hecho racial. Es la intuición del suelo, la comprensión del pueblo en que estamos sumergidos, la responsabilidad de cada uno por la sociedad que los contiene.

— Entonces la América India ¿no es la América de los mayas, de los aimáras, de los quéchuas?

— El sentimiento de autoctonía rebasa las fronteras históricas, políticas, sociales. La América del pasado es como el cielo estrellado: no podemos abarcarla en su total belleza y poderío. Pero la América presente, La América India, es la patria natural de los hombres de fe, de los soñadores, de los vígiles, de los precursores; de aquellos que amasan su pan con el dolor de cada día. Indio es lo entrañable frente a lo exótico. El que parte de su suelo para llegar a su verdad espiritual. Indianidad: intimidad. ¡Sé tú mismo! Con tus pequeñas virtudes, con tus grandes defectos. Sé uno con tu pueblo y con tu tierra. La América India. La América Mestiza, es la esperanza de una humanidad mejor.

Nayjama regresa de sus correrías por el altiplano cargado de imágenes, rico de sensaciones y novedad.

Un indio le dice más que un libro. Sabe leer en los rostros inmóviles. Sorprende el secreto de sus danzas. Conoce el poder sustancial del poncho y de la ojota. Goza en fina delicia visual de los sembríos, de los tejidos, de los ceramios. Cree comprender esa hondísima relación del nativo con sus animales, su campo y su vivienda. Admira la humildad, la sobriedad en que habita, su fortaleza física, su reserva ancestral. Nayjama no se cansa de observar al indio donde debe ser observado: en la amplitud saludable de la meseta, que le reconoce por su legítimo señor. Y a veces se le antoja que el son quejumbroso y solitario de la quena, esa voz indefinible que sube de las profundidades de la tierra, es en verdad el símbolo de la raza. Porque quien fue grande muchas veces, padecerá mucho. Y toda aurora se nutre de sombra y de quejumbres.

Al volver a la ciudad, después de sus extensas caminatas por el altiplano, Nayjama se cruza, con los indios que profieren sumisos:

— Buenas tardes, tata.

Ha pensado contestarles como antes: "buenas tardes, hijo"; con esa respuesta paternal y dominante que emplea el banco para recordar su tutela a los autóctonos. Pero esta vez Nayjama rompe su antigua escala de valores. Reflexiona; se siente intruso en el mundo cerrado perfecto del nativo. ¿Quién sabe lo que guarda el indio en su saludo ritual al blanco incomprensivo? Acaso el que se humilla sea más grande que aquel que recibe pleitesía. Y grave, afable, Nayjama les dice:

—Tatito, buenas tardes.

Pero Nayjama ignora que después, cuando están tan distantes de él, que apenas lo divisa con su mirada de águila, los indios murmuran entre sí:

—"Sariri"; es el caminante. Bueno es. ¿Qué estará buscando entre nosotros?

Y los indios no saben que "Sariri", el caminante, era en otro tiempo "Siripaka", el que lleva la luz, el que dice la verdad. El conductor del pueblo andino.

AL MODO FANTÁSTICO

Nayjama estudia con ahínco la antigüedad del hombre en la montaña. ¿Cuáles su procedencia? ¿Quién divisa el origen? ¿Estaba o llegó? Si estaba ¿desde cuando? Si llegó ¿por qué puentes? Pero todos aquellos a los que confía su pensamiento, le responden: historia es un método, una ciencia; lo que no se puede demostrar es ahistórico.

He aquí lo que Nayjama lo que Nayjama recoge de tanto consultar los libros, de tanto preguntar a los hombres.

El universo de la historia es vasto, insondable, inabarcable: sideral inmensidad. Imposible abarcarlo en su infinita extensión, porque aquél que no se limita en el laberinto histórico, termina como en la contemplación del dédalo estelar; se extravía. No pidamos demasiado al arte de evocar lo que se fue. Trabajemos lo ya conocido, sobre áreas limitadas, porque más allá del documento, de las ruinas, del testimonio de los contemporáneos, de la crítica metódica, sólo hay nieblas. Verdad, certidumbre. El historiador acepta la duda mas está obligado a rebasarla. Para un pensar científico, para un sentir racional, historia es lo verídico, lo mensurable, lo geométricamente demostrable. Juez del mediodía, al historiador nada se le escapa; ningún detalle, perfil alguno. Es un mirar cenital, inexorable, que lo enfoca todo certeramente desde arriba, pero ese todo se refiere a un sector definido de investigación: tiene fronteras; y lo que no cae dentro del cono de luz de una objetiva realidad, pertenece a la pura fantasía. Historiadores precisar.

—¿Qué será la gesta andina? — se pregunta angustiado Nayjama.

Y sabios y libros le responden.

— Es absurdo, es inadmisibles plantear siquiera la tesis de una gesta andina. La Cordillera de los Andes es un hecho geológico; la raza que mora a sus pies una variedad humana. ¿Por qué mezclar materiales tan distintos? Nada hay, en rigor, que demuestre una cultura andina. Esta inmensa meseta elevada cobijó razas dispersas, produjo modos de vida colectiva. ¿Desde cuándo? Nadie lo sabe. Hoy sólo quedan piedras, ruinas, recuerdos confusos, contradictorios. En el Ande, lo prehistórico arranca de los quéchuas; y los quéchuas son muy jóvenes para probar los mundos remotos del poeta y del arqueólogo. ¿Imperio aimara? Nunca lo hubo; maneras de vida regional sí: lo kolla, lo aimara, lo lupaca, lo uro. Pero esos matices locales se confunden y conmoldean en el arquetipo incaico, el único que la historia admite, por ser el único que da vigencia y evidencia de su acontecer en el tiempo.

— ¿Y los emperadores aimaras? — insiste el obsesado.

Y los libros siguen contestando:

Jamás existieron. El aimara no llegó al imperio político, a la confederación de pueblos. Fue a lo sumo una "ecumene" en el sentido senequiano; la expresión geográfica de la raza y de la lengua; mas el ensanche biológico o lingüístico no basta para probar una cultura. Todo lo anterior al quéchua es indicio vago, escombro conjetura.

Nayjama cierra los libros, huye de los sabios, vuelve a vagar por los cerros ariscos. Sufre. Por ese tiempo le decían "loco", el loco Nayjama; porque cuando las gentes no entienden las razones del soñador, las explican por lo inexplicable.

Y la locura de Nayjama consistía en buscar las huellas del tiempo perdido.

Si hubo una mitología griega, si hubo una mitología persa ¿por qué negar el mito andino? Y los mitos ¿no son figuraciones de la inteligencia para abrazar el mundo? Los dioses ¿no fueron hijos de los hombres? La reminiscencia de los hechos antiguos es el testimonio de las razas remotas. El hombre mítico es el hombre antiquísimo, eterno: para de todo pensar, de todo sentir, de todo obrar. Si las teogonías siderales de Egipto o de Caldea, empujan los orígenes de la mente creadora más allá de la frontera histórica, la cosmogonía telúrica del Ande descubre el reino secreto de asombrosas lejanías ignoradas. ¿Por qué los montes fueron adoradas antes que los astros? "Pacha", la palabra sutil, que lo nombra y los domina todo ¿no tiene poderío omnipotente de "Brahma", la deidad suprema del hindú? Dicen que el andino explicaba las nupcias del cielo y de la tierra a través del símbolo animal. Y el hombre partía de la piedra y a ella retornaba para dar un sentido al juego cósmico. Y los "Pachakuti", periodos cronológicos de mil años, atestiguan que los hombres que fabularon la mitología andina, tuvieron una concepción intelectual muy avanzada del cosmos...



Las típicas "balsas" del Titikaka surcan desde hace miles de años las azules aguas del Lago Sagrado. (Fot. Jiménez)



La aldea de "Sajama", al pie del nevado, donde imperan los antiguos dioses andinos.' (Fot. T. I. Rees)

Si esos hombres midieron el tiempo por milenios ¿cómo medir la tremenda lejanía de sus dioses?

Nayjama no puede conciliar el sueño pensando en el conflicto suscitado entre la intuición de su deseo y las razones de la ciencia.

Piensa en la tierra: austera, viejísima. Piensa en el indio: hosco, silencioso. Lenguas intraducibles. Se diría que en relación a estas cosas eternas, inmutables, la lógica de los textos y los sabios aparece mezquina. Mas luego lo acosa el espíritu de razón; el hombre no dejó huella clara por Ande. ¿Será que el suelo es de una tal antigüedad que no se puede medir con mirada actual? O será, más bien, que el poblador es tan reciente que se empeña en procurarse los más nuevos e históricamente los más pequeños; o envejecimos tanto que nuestros orígenes desaparecieron en el tiempo?

Nayjama duda, Nayjama sufre. Hay que soñar y padecer mucho para entender la suma extensión del Ande.

Y cuando el alba asoma detrás de las montañas, el buscador en vigilia cree recordar una presencia intemporal: lectura, aprendizaje, ficción o realidad. Apoya la frente en el brazo cansado; se abandona al reposo. Siente confusamente que una deidad vela su descanso. Luego una mano misteriosa lo conduce suavemente por la senda abierta en un monte empinadísimo; allí, en lo alto, dominando el paisaje, una portada de granito azul en letras de oricalco, dice: "Del modo fantástico en la estética andina".

Y el buscador confunde su anhelo de saber con la luz que se viene de la cumbre. Y las palabras ruedan confundidas con las ansias. Y en medio de los destellos rapidísimos que iluminan el paisaje, el sueño dice al buscador:

—Dichoso el antiguo, cuyo pensar sin prisa fue causa de duraderas obras. Dichoso el vivir sosegado y la tranquila razón, que levantaron la soberbia majestad del templo clásico. Dichoso el varón pasado, dueño de la fábrica terrestre, que redujo el mundo a su medida y el tamaño de sus sueños a la proporción de sus hazañas. Insensato el moderno, cuya inquietud frenética deshace lo ordenado y desconcierta el juicio. Insensato el tumulto, el vuelo vertiginoso de cuanto cae por exceso de mudanza. Insensato el varón actual, juguete de la codicia y de la técnica, que perdió relación con Dios y con el mundo.

A mitad de camino entre el antiguo equilibrio y la confusión moderna, el escritor vaga sin brújula. ¿Estudiar? La teoría muda con mayor rapidez que se precipitan los hechos. ¿Meditar? Un torbellino arrastra y enreda las ideas. ¿Componer? Vano es componer para una época que según el sentir poético ya no tiene cosas, casas nada exterior, porque su interior no tiene forma y es inasible: corre.

No está escrita la total historia del hombre; poco dicen los extensos relatos que le sobreviven. ¿No demuestra la ciencia que el organismo histórico es inabarcable en su extensión, insondable por su profundidad? La historia es infinita como el hombre mismo y el universo que lo contiene. Avanzando, retrocediendo en el tiempo, crece la magnitud de la peripecia humana. Ciertamente: sabemos muy poco. ¿Qué son los seis milenios de historia conocida? Nada, frente al centenar de milenios por conocer. ¿Y qué distancia del hombre de los palafitos, adorador pánico de la naturaleza, hasta aquel Séneca que llama a Dios todo fue que vemos y el todo que no vemos?

Creamos en el tiempo geológico del filósofo: periódicamente, aunque en forma imperceptible, el mar es reemplazado por la tierra y la tierra por el mar. Infinitas civilizaciones surgieron y desaparecieron, sea por catástrofes violentas y rápidas, sea por la marcha lentísima de los años.

Pero lo acontecido es nada ante lo que vendrá. La humanidad verá millones de auroras, mayores proezas, desastres más anchos antes de extinguirse. Nuestra época no es un fin, sino un principio; y no obstante su origen remotísimo, el hombre es planta joven todavía. La desmesurada riqueza del material histórico, reduce nuestra capacidad de investigación. No vemos: vislumbramos. Dentro de marco tan inmenso comprender y recomponer lo ido, entender el presente, proyectar el porvenir, es ya imposible. En rigor científico, la historia es la más débil de las ciencias. Aristóteles la define menos filosófica y profunda que la poesía. Burckhart la concibe como una serie de hermosos cuadros cromáticos, hijos más de la fantasía que de la crítica y la especulación. Y hay quien la compara con la música, fluencia pura y sin término, portentosa matemática como el alma misma, infinitamente lejana y sin embargo familiar e íntima.

Situado en el centro aterrador de una era que muele y multiplica el cosmos, el hombre fáustico ha perdido la noción de estabilidad, el sentido de proporción. Si físico y matemático consideran el universo más como un gran pensamiento que como un gran mecanismo, no hablemos ya de la historia ciencia exacta, de acuerdo a la sosegada geometría del antiguo; sinó del arte libre, ondeante, de recordar e imaginar sin dogmas, sapiencia inexacta del moderno.

La historia es el historiador; luego el suceso. El hombre no es un mero espectador del mundo, sinó el propio genitor del drama universal donde está inscrito su anhelo de saber e interpretar.

A la pregunta eterna:

— Hermoso mundo ausente: ¿dónde estás, por qué no retornas?

Sólo cabe la inmortal respuesta:

—¡Mira en tí: esa es tu patria! La de hoy. La de ayer. La de mañana.

Volvamos al "modo fantástico", forma natural de expresión del alma intrépida. Ficción y realidad como partes del enigma intelectual. Junto al severo análisis, el fabular sintético. Recordar, inventar ¿no son giros del mismo juego? Ordenar, descomponer ¿fases de una sola operación? Levantemos el relato histórico a la majestad de la obra de arte, por esta sencilla ley de construcción: sobre un fondo verdadero, la estrella imaginaria.

Consultemos los oráculos andinos; en fabla nueva la verdad antigua. ¿Y cómo entender a esos seres para los cuales no existía el tiempo; que vivieron inmersos en su paisaje circundante; hilozoístas, embrujadores y embrujados; que fueron uno con la naturaleza y con el totem?

La estética andina es una de misterio y lejanía...

América, la tierra imponderable del futuro, es también la iniciadora de las apartadísimas edades. De sus volcanes coléricos, de sus montañas espantables, de sus grandes ríos brotan revelaciones como relámpagos. Pero alcemos la mirada al Mar de Piedra: del Ande parten rumbos temerarios, al Ande llegan los caminos más audaces. Y si la tierra es insigne, mayor el mito que la configura y la peralta. Porque "Pacha" es la palabra que desata la tempestad. Y "Wiracocha" el dios febril que ordena el orbe andino.

IMANTATA

En la última época glacial, el hombre soportó violentas acometidas de la naturaleza que casi concluyeron o tal vez terminaron con el primitivo andino. Entonces "Pacha-Inti" — el Padre Sol — se negaba a iluminar el mundo, y "Jacha-Kuno" — el Gran Viejo de Nieve — empastaba tierras y aplastaba naciones. Era en la edad oscura.

La "Chamak-Pacha" pasó. Tal vez no vuelva nunca, tal vez regrese un día... Pero a huella de sus pasos quedó impresa siempre.

Hay días grises, hostiles que pesan fuertemente en las almas. El altiplano se reviste de glacial indiferencia. Se avanza leguas, leguas y no sucede nada. Terrible soledad. Un náfrago en el mar, no sentiría más abandonado que el viajero perdido en la planicie. Y el viajero, aterrado, cree hallarse en el confín del mundo. ¿Es un paisaje lunar, helado y silencioso, o una prisión de muros infinitos que hace inútil buscar la libertad porque los muros huyen con el hombre que sale a su encuentro? Dijérase que las montañas, dioses dormidos en el sueño cósmico, son fuerzas adversas que niegan albergue en la salvaje morada de los Andes.

En uno de esos días grises, enemigos, abandonado a sus propios pensamientos, Nayjama vagaba por el rudo altiplano.

— Necesitamos también de los días agresivos, porque éstos son los que endurecen el cuerpo y levantan el espíritu.

Nayjama miraba con profunda atención, como si estuviera volviendo a descubrir la meseta.

Todo quieto, inmutable. Los montes recuestan sus gibas de bisonte en lontananza: duermen. La planicie pedregosa se extiende sin término, como una mesa vacía de inalcanzables perspectivas. Casuchas y animales se neutralizan en el pardo de la tierra. El aire está inmóvil como la firme lápida del cielo. Un tremendo silencio, una total inmovilidad cayeron sobre el mundo.

A veces, el altiplano, es la gigantesca representación de la idea de la muerte.

De pronto una llamarada de luz corrió por los faldíos, fueron disipándose las nubes, brilló el sol y la meseta recuperó el aspecto de los días felices.

Allí, a los lejos, cual diminuto islote, un caserío insinúa sus techos de paja sin relación casi con el medio. Un aguayo multicolor delata más cerca la presencia de una muchacha india, cruzando el páramo con los pies desnudos. ¿Dónde va? A semejanza algo ajeno a la desolación geológica. Los árboles parecen guerreros en derrota: pocos y dispersos. Los caminos se abren en venas térreas, juegan con las colinas, pasan, como si también ellos fueran forasteros. Fulgura la Cordillera en lejanía: "Riti-suyu", banda de nieve, como dijo el quéchua. Se azulan las montañas, y los tonos contrastantes del sembrío y del ganado vuelven a esmaltar la meseta.

Imantata": lo escondido. Hay que saber mirar para alcanzar las secretas relaciones de todo lo que guarda el altiplano.

Una llama bermeja irguió su fina silueta en la planicie.

¿Qué tiene que ver la llama con la meseta que lo absorbe y desintegra todo? Tendrá sentido real, vital para el aimára; al viajero poco le dice. Es un botón estético en el yermo: y basta.

Pero el aimára piensa de otro modo. Si la tierra es la gran madre para el andino, la llama es hermana mayor, lo provee y sostiene en todo. Es medio de transporte; proveedora de lana para sus tejidos; depósito de combustible; su leche y su carne sirven de alimento; se inmola como víctima propiciatoria en los ritos agrarios o en las hechicerías ancestrales, abona y vitaliza la tierra; y aun muerta entregará piel y huesos al amo. "Simiente de naciones" — como la llamó el poeta — sin ella no hubiesen existido los imperios andinos, ni el Incario, ni la Colonia; y el animal histórico compite todavía con los modernos sistemas de transporte. Este camélido de apariencia frágil y fortaleza increíble, además de sostén cotidiano, es el compañero fiel del indio, confidente mudo de júbilos y desventuras. ¿Mudo? ¿Pero es que sólo se habla por palabras? Indio y llama se contemplan largamente, hondamente, se hablan con los ojos, y en su coloquio silencioso semejan dos amigos en tren de confidencia.

Nayjama veía alejarse al dulce animal: lento, elástico, flexible. Inaudito sobreviviente de especies desaparecidas, este constructor de imperios es también un dominador de la naturaleza. Hermana mayor, amiga, sostén del nativo, es casi una persona. Y al ver la espléndida apostura de la llama, su andar rítmico y tranquilo, su inquietante altanería; ese mecer de navío con que ondula por el plano; recordando el brillo misterioso de sus grandes ojos oscuros. Nayjama tuvo un presentimiento inverosímil:

— Ha pasado una princesa india...

También la llama, a veces, como las casuchas, el indio, los árboles, el camino, y las sementeras moradas de la quinua, parece algo aislado, independiente del medio circundante. Hay una total desarticulación en el naufragio altiplánico: seres y cosas sueltas, inconexos, como fragmentos pequeñísimos de un ánfora despedazada que no se puede reconstruir, porque se perdió el secreto de la antigua relación que guardaban sus partes entre sí.

Pero la llama no es cosa aislada; pertenece a una familia de aristócratas del Ande. Son los auquénidos que habitan las punas. Esa gacela de las nieves, la vicuña, que dio el vellón de su lana para finísimos mantos imperiales, y los soles negros de sus ojos para embrujo de soñadores y poetas. Las alpacas circunspectas, señoriales; y a veces en tropas pintorescas fingen daderos blanquinegros. Alpacas, llamas y vicuñas, forman la heráldica femenina de la meseta. Son las abejas de la tierra. Sirven y protegen, decoran y hermosean el paisaje.

Mas el guanaco, el menor de la familia, huraño huido, se aparta de ella, busca alturas más empinadas, mayores soledades. Y se le ve brincar de peña en peña, ágil, desafiante, criatura del vértigo y del rayo. Y cuando el guanaco cruza como un meteoro el laberinto de los filos montañoses, flecha de luz que surge y desaparece entre sombras y relámpagos, el cazador absorto piensa:

— Es la sonrisa del abismo.

La sombra de unas alas potentes proyectándose en el suelo, hizo levantar la cabeza a Nayjama:

— ¡Es cóndor!

Cruzó veloz el ave, a gran altura, y no tardo en desaparecer, porque el pájaro totémico del ancestro ha ido a refugiarse en la Cordillera, allí donde las nieves se tocan con las nubes y rara vez se cierne sobre la meseta. Pocos son los que llegan a ver su vuelo majestuoso, planeando sobre el ganado, o la caída vertiginosa cuando los ojos rapaces lo precipitan en la aventura de la presa codiciada.



El Paisaje Fantasmagórico del Ande, rodeado por sus dos genio Dominantes: la roca y el vacío. (Foto Fco. Tauchmann)



La Cordillera esconde lagos de sobria y limpia plasticidad, que envidiarla el escultor expresionista. (Fot. T. I. Ree)

"Kuntur Mamani": el protector de los hogares. Vigila desde las blancas lejanías, y apenas si se digna enviar como su heraldo de grandeza a un halcónido menor: el "allkamari", mensajero agrícola, al que se tolera sus rapacerías porque es enviado del reino de los aires y está ligado a los ritos y usos agrarios. El "allkamari" es familiar al indio. Todos conocen su pico rojo, su plumaje negro, su vuelo lento y gracioso en grandes círculos concéntricos.

Muchos vieron al cóndor en las cordilleras, señor de espacio, donde no tolera intrusión. Despeña mulas, precipita viajeros al abismo, y de un solo golpe de las alas potensísimas abate al más osado. Los cazadores han visto al tropel aéreo cuando desciende a alimentarse: primero el "Mallku" — el jefe — después el que le sigue en tamaño, y así sucesivamente. Los machos en orden de grandeza, luego las hembras, finalmente los críos. Todo en riguroso orden jerárquico y de fuerza. Y cuando el festín concluye, la tropa aérea se remonta hacia el peñón de nieve conservando precedencias. Primero siempre el jefe, todos detrás. La sociedad andina toma el concepto de autoridad de la sociedad de las aves: "Mallku-Kaphaj" - el Cóndor Poderoso - es tótem y linaje histórico a la vez. También los cazadores conocen la tremenda visión del ataque de los cóndores: ese alud de picos, de garras y de alas que hace temblar la montaña en su descenso vertical y velocísimo. ¡Bóldos alados! Pocos son, empero, los que divisaron al gran pájaro pasar a corta altura del altiplano. Las fuertes alas taján el aire como cuchillas rapidísimas. Las patas y las garras encogidas como un tren de aterrizaje presto a desplegarse. Y en medio de la gola de nieve que le ciñe el cuello, se mueve la cabeza agresiva, husmeando, avizorando todo, mientras el crestón cimero finge un timón inverosímil.

Cuando el Cóndor cruza el cielo, el indio siente que algo ha entrado en su alma.

¿Pero quién ha visto al "Kuntur-Mayku", el Jefe de los Jefes? Es el más grande los cóndores: de talla extraordinaria, alas más potentes, garras de león, blanco el fornido pecho y el abanico de las plumas. Sólo se le puede ver una vez en la vida, porque la deidad no se repite para el hombre. Su vuelo es tan veloz que finge una centella, mas quien lo vió ya nunca olvidará esa flecha blanca que parecía atropellar los vientos...

El que ha visto, una vez, al "Kuntur-Mayku", es un hombre dichos: vivirá muchos años, la prosperidad caerá sobre su techo, y está llamado a grandes empresas. Porque cuando el Más Grande de los Cóndores visita un corazón, ese corazón está marcado ya por el destino. Y el destino pide audacia y fortaleza condoriles para poder señorear en la meseta.

Y el "Kuntur-Mayku" habita en los nevados. La leyenda dice que un cóndor blanco se ha posado en el "Illampu", otro en el "Illimani", un tercero en el "Wayna". Y no se sabe si los nevados son pájaros gigantes petrificados en la nieve, o si el Cóndor Blanco es una cumbre que se puso a volar sobre montañas.

¿Por qué estos indios se nombran todavía Condori, Mamani, Poma, Katari, como si fueran hijos del cóndor, del halcón, del puma, de la víbora? Y el puma que merodea los bosques ¿no fue también deidad totémica, antepasado del andino, como atestiguan la piedra y los ceramios?

Si los símbolos animales fuesen revelados...

El puma, audaz y codicioso, en blasón de rebeldía. Astuta y peligrosa la víbora: enseña el camino más largo. El oso y el halcón entregan sus blasones de fuerza y de viveza. El cóndor une cielo y tierra en su vuelo agorafóbico, levanta y dignifica todo. Y hasta el tímido guanaco y la inocente vicuña jugaron rol preponderante en los ritos totémicos que forjaron la épica social, allá en el primitivo amanecer, cuando el hombre se identificaba con el astro y se asimilaba con el animal, porque hombre, astro y animal eran lo mismos: ascuas vivas, fuerzas concertantes del torbellino cósmico.

"Imantata": lo escondido – piensa Nayjama– ¿Quién rasgará el velo de la esfinge?

Y regresa a la ciudad agitado, pensativo, como si la tierra y sus moradores le hubieran dejado acercarse al borde del misterio. Porque sólo aquel que tenga ojo de halcón y constancia de felino, podrá officiar en el culto primitivo. Porque el Ande tiene lengua nocturna, que sólo llega al pertinaz, al que mira detrás de lo escondido.

MARKA- MARKA

Y se llamó Ciudades
de las Ciudades,
porque nunca dejará
de ser.

ALTIPLANO

La dependencia del hombre con relación al suelo que lo contiene, es hecho inmemorial.

Admitieron los antiguos profundas conexiones entre la naturaleza exterior y el ser interno, reconociendo así el juego recíproco de morada y poblador. Observando cómo vive el hombre y dónde vive el hombre, se pudo casi siempre determinar quién es el hombre; porque la criatura viva es tierra ella misma, hechura de su medio circundante. Según se presenta la zona geográfica, la vivienda natural, así se conforma y tipifica el habitante que la ocupa.

"Genius loci" — dijo el clásico. En el alma de la raza se aposenta el genio del lugar.

Suprema simbiosis. Más allá del concepto puramente "tainiano", cosmológico, hoy sabemos que el hombre no es el solo constructor de su vivienda, ni el medio físico el solo forjador de quien lo puebla. Solo y morador trabajan en común, transformándose, conmoldeándose recíprocamente. Y cuando el sabio inventa el vocablo "geopsique" — alma determinada por la tierra— está expresando simbólicamente la unidad indivisible de hombre y tierra.

El planalto andino sobrecoge por su fuerte arquitectura: montaña, cielo, meseta. Estos tres elementos se articulan en interna e indestructible unidad; sobrios, viriles, ostentan severidad de templo dórico. ¿Qué sería del altiplano sin sus montes poderosos, sin su cielo de porcelana azul, sin la mansa angustia de sus planos delatados?

Quien no frecuentó la economía natural del paisaje, se resiente de monotonía. Ese azul purísimo que se comba sobre el horizonte y que visto rápidamente alegre, cuando el viajero es moroso y se sumerge en su hondura desasosiega. Intenso, profundo, finge un mar en reposo. Al mucho ver, baja de lo alto una sensación de infinitud aterradora. El cobalto se transmuta en zafiro, el zafiro se ahonda en azabache; y el cielo negreante de profundidad oprime al observador. Los cerros quietos, silenciosos, fatigan el horizonte. El páramo mesetil se ofrece de una desolación inmensa: seco, escueto, yermo, solitario. Apenas, como toques secundarios, se insinúan el caserío indígena, manchas arbóreas, las fajas cromáticas del sembrío. Aquí nació la leyenda del pueblo triste; al medio severo, elemental, de una economía arquitectónica rayana en la pobreza, debe corresponder — se dice— un poblador hosco, melancólico. Doble falsedad: no hay pobreza ni tristeza tales. Sólo gravedad, concentración. Suelo y raza se presentan en su desnudez geográfica; honestos y veraces, libres de artificio. Pocos alcanzan la hermosura monoteísta del paisaje y el natural recogimiento de su poblador.

¿Qué no habla este paisaje? ¡Si es todo lenguas!

La meseta andina vibra, ondula, se estremece, despide energía a los cuatro mil puntos del confín. Su cielo no hay que verlo aislado, en la hondura metafísica que absorbe y disuelve el mundo, sinó en el juego seductor con que se envuelve a las cosas, las ciñe, las destaca, las esconde, las azula de apariencia, les sirve de telón de fondo, las azula de su propio júbilo visual. La montaña se agita en la tormenta gravitante de sus formas: irradia fuerza, irradia virtud. Obsequia una gama ricamente variada de luces, sombras, contrastes, matices. No hay quietud, no hay mudez en el aire altiplánico maravillosamente seco, transparente, que escamotea perspectivas, se adelgaza y sutileza y con mano finísima aproxima bultos y contornos. Todo acusa

la inminencia de su forma. Y al fondo la Cordillera, siempre colérica de líneas, potente y altanera siempre.

El altiplano estalla de energía.

Por esta extensa mesa de paños ocres, pardos, violetas, grises, purpúreos, el ojo no tarda en descubrir la oculta variedad del medio físico. Tierra tendida y ancha que lo refiere todo a su absorbente poderío. Sobria, adusta, soledosa. Pero la tierra es múltiple, diversa, nada se pierde en la palpitación de sus diferencias. Un cosmos vivo y animado humaniza la escena; la planicie rasgada de caminos; falta de esmalte plateado de los ríos; en cambios la vivienda indígena se delata constante. Pueblecitos, caseríos, ranchos. Colinas dóciles, suaves depresiones, pozas que reverberan al sol. Los cultivos rompen la uniformidad del suelo. Visto de altura, el altiplano aparenta una manta de colores. El eucalipto y el olivo silvestre decoran de un verdeoscuro el paisaje. Las manchas blancas del ganado ponen su nota de candor. Suelo duro, pedregoso, donde crece libremente la paja brava. Los llamos, las alpacas: botón estético en la yerma altiplanicie. El "Alkamari"- halcónido vivaz. Su blasón de rebeldía. El indio el poseedor, el productor. Y si la escena en su conjunto yace transida de soledad y pesadumbre, en el detalle brota rica de sugerencias. Cada ser, cada cosa, proclaman certeramente su evidencia plástica. Hay que mirar con ojos lentos la lenta majestad de la meseta.

¿Qué la criatura humana aparece microscópica? Sí: naufraga en tamaña inmensidad. Si consideramos la peripecia del morador respecto a su medio circundante, es lo minúsculo moviéndose en lo colosal. Si atendemos a la expresión aislada del paisaje, es la tierra como la vió el antiguo: sólida, en medio del mundo, recogida con su natural movimiento dentro de sí misma. Esto es fuerte, rudo, sobrecogedor. Varonil austeridad. Y cuando se camina por estas tierras altas, se diría que avanzamos por encima de un gigante recogiendo el murmullo de los milenios.

La meseta acerca las cosas, las renueva, las agita en una luminosidad extraordinaria que las torna más accesibles. ¿De dónde viene esa claridad lúcida que se apodera de la inteligencia frente al paisaje andino? ¿Por qué esta apertura de los sentidos? Dijérase que la luz brilla más intensa, el cielo más profundo, el aire más transparente. Es un reino de cristal: todo perfil se hace vibrante, toda masa decisiva. El centelleo de los neveros lejanos se esparce por la hondura del ámbito telúrico. Ahóndase la hermandad de suelo y hombre. Y el hombre como el suelo se purifican bajo esta campana de cristal que azulan las distancias.

El altiplano: proximidad, veracidad.

El que no se acercó intensivamente al escenario gigantesco, jamás comprenderá la íntima verdad de las punas. ¿Por qué el indio nos parece un contrasentido en la ciudad, y en la planicie deviene connatural con su medio? Ser indio es, precisamente, entender la tierra, armonizar con ella. Por eso lo andinos, aunque no lo seamos todos de sangre, lo somos de espíritu y de estilo. Estamos anclados en la tierra como el árbol en el suelo que lo contiene; y en ella fructificaremos o seremos frustrados, porque el hijo de su suelo es el padre de su hado.

Altiplano: sapiente desnudez que vale por el ropaje más brillante. Severa economía en la escultura cósmica. Geométrico rigor en el humano mármol. Eternidad, fugacidad.

Nayjama se hunde en la infinitud de la meseta. Se va, se aleja, vuelve. Y en los días de fiesta, cuando las multitudes se agolpan a la entrada de los estadios y los cines, el buscador parte al encuentro de su tierra. Y una vez se sabe solo, perdido en el mar petrificado de la meseta. Y otras veces se siente en medio de la muchedumbre paisajil. Y ese puntito negro que hace su camino solitario, hace también, inadvertidamente, el periplo de su suelo. Porque en el trajín de cada día suele volver la antigüedad del cosmos. Fugacidad. Eternidad.

— ¿Cuándo dejarás de vagar por la planicie? Estás perdiendo el tiempo...

Pero Nayjama no contesta, porque Nayjama siente que un mismo dardo de luz traspasa su pequeño corazón inmenso de la tierra bienaventurada.

LA HOYA PACEÑA

Si altiplano es la morada geográfica del montañés, la hoya mesetil es el núcleo semillante que concentra y da sentido a la geurgia andina: crear en la tierra, luchar con ella transformándola, entenderla y trascenderla al rapto humano.

Nayjama quiere a La Paz como Sócrates quiso a su Atenas, con la nobleza del perro que sólo admite un amo. Tanto la frecuentó, en ella ha gozado y padecido tanto, que no disputa a los demás el título de primer paceño, sinó el de más fidedigno. Porque se siente polvo de sus huesos,

río de su sangra, hálito de su ventura y se desdicha. Y del solar natal amado hasta le médula, Nayjama extrae savias vigorosas para bañar la planta de su fe.

Imaginad una ciudad rarísima, frontera de los hielos y los trópicos. Arriba un coro de montañas; abajo la hoya vertiginosa. A poco andar el manto de agua del Titikaka. A cortas leguas los paños verdes de los Yungas. El arquitecto geológico trabajó con tal astucia, que no se alcanza el embrollado plan de la fábrica telúrica; es el reino del contrasentido, el orden mágico del desorden. La perfecta horizontalidad de la meseta se contrapone al orden vertical de la Cordillera; y entre el muro montuoso y la mesa altiplánica hay una tal riqueza de accidentes, que la mirada se pierde en la variedad del panorama. El paisaje es tan singular, tan extraño, ofrece tales acicates de atracción y sugestión, que se diría el sueño de un escultor modelando el estallido de un cometa, o el místico terror de un visionario hundido en la tormenta de los mundos.

Agítase la materia en indecibles geometrías: ondas, picos, ángulos, cúpulas, rectas, graderíos, curvas y quebradas. Formas horizontales, perpendiculares, oblicuas. Elevaciones y hendiduras. Terrazas, quiebras, pirámides violentas. Cantiles, promontorios, escarpas y pendientes. Sinuosidades, repliegues, tajos a cercén. Entradas y salientes rapidísimas. La montaña, tremendamente inquieta, es la forma de movimiento. Estas líneas bruscas, cortadas, angulosas, que huyen de la sensual caricia de lo curvo, se precipitan en un fiero combate de eminencias. Altanería y fantasmagoría de la tierra: el Ande! Cimas vígiles, vacíos espantables, planos escalonados en el aire. Delirio de líneas y de masas, ceñido por la rica plasticidad del espacio en movimiento. Aquí la materia es dinámica y vibrante: imperio de la acción.

Juan Jacobo, el primitivo, buscó en el lago de Ginebra la clave de un panteísmo universal. El dulce y refinado Anatolio creyó hallarla en el dorado silencio de Florencia. Ambos ignoraban que la hoya paceña es la patria brusca y fuerte de los que aman la aventura geográfica, el éxodo visual, y las orologías fabulosas. En ella puede leerse como en un libro abierto, la cifra del pasado geológico; sus farellones y desgarres hablan todavía del combate cosmogónico. La hoya es la sorpresa.

¡Oh grande y poderosa majestad, Jerusalén telúrica, tus muros fantasmales guardan la historia del planeta!

Desde la planicie, la ciudad ofrece la fina delicia visual de un cuento de hadas: castillos de nieve, gozosas arboledas, casa y calles como madrigueras microscópicas reptando por el monte. El aire enrarecido, delgadísimo, hurta la perspectiva, lo define y aproxima todo, al punto que la colosal juguetería parece al alcance de las manos. Un corto movimiento... y se piensa que la mano tocará la cerviz del cerro. La ilusión se repite al arrojar la última mirada al hoyo formidable: es como si el gran caserío de techos rojos cupiera en el pequeño cuenco de una mano. Exótica visión- piensa el viajero. Y si la vió de noche, cuando millares de luces cabrillean en los hondo, fingiendo una mirífica bahía o un cielo invertido de estrellas centelleantes, el viajero siente la sensación de irrealidad. La Paz es lo imprevisto, un sueño inesperado.

¿Mas qué sabe el viajero del Ande atlético, genesíaco, trabajado a gran escala por la naturaleza?

No sabe nada. Esta cosa tremenda en que vivimos... Al primer encuentro se mira solamente la apariencia decorativa de las formas: colosal juguetería. Esa lámina de vidrio que nos separa del mundo exterior, impide comprender la verdad íntima, la intrínseca hermosura del paisaje. Desde el tren en marcha, desde la cabina del avión, no se toma contacto real con la comarca visitada. ¿Y cómo se toma contacto con el Ande? Trabajo de años, lento y sostenido, porque tiempo y hábito anudan suelo y poblador; cuanto más antiguo el suelo, más largo el tiempo de su comprensión. Un paisaje es inagotable en el desplazamiento de sus formas, sugerencias y matices; por eso el mejor contemplador es el fiel contemplador, el que mira las mismas cosas, extrae siempre de ellas sensaciones diferentes. Entender un paisaje es captar sus elementos dominantes, las cifra incógnita que sólo se revela por amorosa frecuentación, la que liga y señorea la inmensa profusión del conjunto visual.

Esta callada grandeza. Esta bravía soledad. Este hondo sopor milenario. Aquí la naturaleza titánica, verá enano siempre el esfuerzo del hombre.

¿Qué seduce con mayor tiranía: el alto y puro cielo, esa pared montuosa, la variedad fluctuante de la tierra, el hechizo cromático? Con el crepúsculo, recomienza la disputa por la soberanía del paisaje: las espadas de la luz más fulgurantes, las lentas catedrales de la sombra más solemnes. Y todo amanecer es una epifanía de las formas, porque el Ande nace y se rehace apenas toca el sol la línea levantada de las cumbres.



Acaudillada por el "Illimani", la ciudad de La Paz se levanta moderna y pujante a 4.000 metros de altura. (Foto Jiménez)



La tempestad geológica dejó su huella en esta visión de la cordillera de Tres Cruces. (Foto T. I. Rees)

Nayjama piensa en el inmenso poder de sugestión del hoyo inenarrable...

El anfiteatro paceño evoca las grandes síntesis humanas. Al norte taludes como ejércitos que llegan, la crestería y el arco romano del "Pampjhasi". Al sur la India con sus farellones multiformes y su decoración angustiosa. Al este la armonía helénica del Gran Nevero. Al oeste la línea horizontal, pesada, inmutable del altiplano: Egipto, Tintas y celajes del cielo evocan la manera finísima de los pintores chinos. Desgarramiento del suelo, cruel cuchillería, illíadas del vértice y del vértigo de filos incontables: Medioevo. Una dinámica de la materia donde cada línea quiere ser por sí misma, en puro alarde individual: Renacimiento. Alborotada arquitectura, tensiones irrumpientes, eléctrico accionar de masas y de planos: Edad Moderna, edad del átomo que integra y desintegra. Esto es bello, esto es grande; de una belleza agresiva, de una epifánica grandeza; y desigual, acometivo, desconcertante. Todo sube, todo cae, se mueve y precipita todo en el oleaje cósmico proclamando fieramente su genealogía, su fuerte dinamismo. El mundo como fuerza en movimiento.

¿Pero qué es lo que confiere señora seducción a la más alta capital del mundo? Es el juego contrapuesto de dos genios dominantes: el vacío y la montaña.

La montaña conforma y señorea el hoyo con mayestático rigor. El Gran Nevero es el genio visible, poderoso que habla por sí mismo; no requiere explicación. Todo se ordena y se refiere en torno al macizo armonioso que preside un cónclave de montes. "Illimani": el que resplandece, toca las cosas y las enciende de su propio hechizo luminoso. "Illampu": musa telúrica que acuna el sueño de la hoya. "Illimani": monte sacro, dictador inmarcesible del paisaje y de las almas.

Y el numen recóndito del telurismo comarcano es el vacío circundante. Es el océano aéreo que nos rodea, la sensación espacial. El hambre de inmensidad y lejanía. Fuerza persistente, indefinible, que brota del recinto geográfico y a su inmenso poder de atracción nos devuelve; que hostiga y torna taciturno al paceño, porque lo tiene penetrado de su magia y su ansiedad. Quien sintió la trágica belleza del espacio agorafóbico, siempre en fiero combate con la tierra, ha de relacionarlo todo a su incitante poderío.

Ande es la cordillera nevada, el tumulto montuoso, la meseta horizontal, la variedad agrietada y desgarrada del suelo. Y dando unidad implícita, sentido final a los contrastes topográficos, Ande es también el vacío grandioso abierto entre cielo y tierra. Lo que cierran dos abismos: el abismo azul del aire y el pardo abismo del suelo. En la hoya el espacio abierto está como sujeto entre la cavidad y las montañas; se siente al Genio del Aire respirar entre altísimas rocas: jadea. Mas si el espacio está como amurallado entre casquetes y envuelve en el vértigo de su propia revolución aérea a las cosas, el hombre en al mismo tiempo prisionero y señor del espacio. Nadie tuvo cárcel más extraña, nadie dominio más espléndido. El paceño es hijo del monte y de los aires: permanece inmóvil, con fiereza roquera, con soberbia indiferencia; o estalla bruscamente y se dispara hacia la acción como el viento libre de las punas que corre sin obstáculos.

La sugestión de los vacíos andinos se da difícilmente dentro del hoyo; hay que trepar al cerro, situarse a mitad de camino entre el cielo que sube con ancha majestad y la tierra que baja vertiginosamente, para advertir cómo las cosas cambian de dimensión y de figura. Entre la cúpula aérea y el hueco profundísimo, se verá entonces una cavidad aterradora. Desde el monte escarpado se mira cielo más vasto, una tierra más honda, una cordillera más enhiesta. Sólo así, suspendido entre cielo y tierra, siente uno el pavor y la embriaguez de la oquedad paceña: el vacío en una corona de montañas. Pero eso el cóndor, siervo y vencedor de las alturas, es el ave totémica del ancestro; y su vuelo inmutable trasunta la grandeza espacial, el ansia de inmensidad, la magia misteriosa de estos mares aéreos que conmueven el ámbito andino.

Lo grave del vacío, alterna con lo agudo del contorno. Es la armonía de los contrarios, el difícil equilibrio de un subir y un caer que son únicamente formas del enigma. Épico escenario, lidia incomprensible. Por eso el paceño es la criatura hermética de una colosal desarmonía.

Y no hay Florencia ni Ginebras que puedan afrontar la augusta tiranía del hoyo inenarrable. Porque la cuenca paceña cautiva, amarra, no se olvida nunca. Tiene magia, hechicería india. Y su poblador es hijo de los delirios del espacio y de las fantasías de la materia.

—¿Qué te amarra a este hueco profundísimo?

— Me amarran las proezas de la tierra.

—¿Y cuando la tierra te fatiga de monotonía?

— Entonces me liberto en la pasión del aire.

Y Nayjama siente la nobleza de pertenecer a su comarca, porque sabe que su comarca es cosa suya. Y cuanto más ahonda en el hoyo, comprende que si él fue elegido para exaltar las glorias del paisaje, también el hoyo estaba destinado a servir de materia de su canto. Porque los hay que conciertan haciendo cada cual la mitad del camino que los liga. Y si el paisaje es una lira intacta a la espera de los dedos que la pulsen, poeta es la mano misteriosa que arranca sonos embrujados a las cuerdas vibrantes del terruño.

Hoya paceña. Profunda y tierna como el canto del hoyero que la exalta.

ESTILO KOLLA

Admitamos que la topografía de la hoya es un caos, pero un caos organizado a su manera. El poblador, a su vez, preséntanse enigmático, incomprensible: parece no tener otra ley que su capricho. Muda bruscamente de ánimo, opera por la sorpresa. Gusta o disgusta, definitivamente; ignora la media tinta. Aquí las leyes de convivencia, la amistad misma, se sujetan a constante alteración. Nada es estable. Se diría que manejar hombres en la hoya es como pretender esculpir montes, porque cada cual se empina sobre su deseo con soberbia indiferencia de cima aislada; mas esas cimas se aproximan en firme solidaridad a la hora decisiva.

Pueblo-cóndor, de vuelos y sopores increíbles.

Estos seres inexplicables rompen los anillos de la lógica. No proceden por reglas ni por hábitos, mas por medio de bruscas intuiciones. Nunca se puede saber qué piensa el paceño, porque la reserva es el blasón del hombre andino. Por eso, por misterioso, hace fracasar a los sociólogos: nadie ha revelado todavía la trama intrincada, desigual, delicadísima del alma montañesa.

El kolla es delicado, el kolla es rudo, el kolla es abierto y desconfiado a un tiempo mismo. Emprende las más difíciles tareas o se niega a realizar las más sencillas. Y un rasgo de lealtad signa sus actos; cuando se entrega, se entrega por entero; cuando recela, su desvío es absoluto. Tiene la franqueza agresiva de sus montes o el desdén silencioso de sus insólitos vacíos.

Lo que revela después de ahincado estudio el proceso geológico, sugiere solo en sostenida frecuentación la psicología racial. Este paisaje profuso, el más rico en formas de erosión por su gama infinita de accidentes topográficos, acuerda dócilmente con el territorio interior del montañés, igualmente vario, que descansa en suelo inestable, movedizo, de acciones contrastantes y dramáticas.

El andino — dice un pensador— tiene el modo claustral del indio. Calla y se encierra dentro de sí; y de tanto callar no se oye ni a sí mismo.

Error de apreciación. El paceño supera, desborda el modo huraño del nativo. Tampoco acierta quien atribuye al blanco la enérgica dinamia creadora de este pueblo. Ni aun el cholo, con ser un recio factor étnico, puede alegar supremacía. Porque paceño es una aptitud de espíritu, no una herencia de sangre; y el gran mestizo que puebla el cuenco eterno — puede ser, indistintamente, indio, cholo, blanco — es biológica y psicológicamente un montañés, con todas las prominencias y depresiones de las razas de altura.

Hay comarcas que absorben al poblador y al que las transita, imprimiéndoles su propio sello vital. El que nació en estas magníficas montañas; el que plantó su tienda bajo el cielo de La Paz; el que al pasar respira la rudeza y la grandeza del hoyo inmemorial, es ya paceño de actitud, de sentimiento. Pero como confinar a límites locales la fuerza plasmadora de este pueblo, sería reducir la influencia definitoria del telurismo paceño en el carácter nacional, digamos mejor: andino o kolla. Porque kolla es el habitante o el sujeto a la atracción del refugio, el que soporta la máxima presión y el hechizo de las fuerzas terrestres.

¿Quién ha penetrado el torbellino cósmico del Ande? Sólo ese puede adivinar el torbellino anímico.

Nayjama observa el medio físico. Nayjama se sumerge en la tremenda energía del paisaje.

Contorno prominente, de formas poderosas. Vacíos gravitantes. El reino de la erosión y la sorpresa. Clima sano. Tónico, estimulante; ni extremo frío ni calores bochornosos. Temperie fluctuantes pero ecuánime. La radiación solar intensa; el aire puro y seco. Baja un efecto excitante de los grandes cerros, sube un incitante estímulo de quiebras y hondonadas. La fuerza de radiación, los vientos imprevistos, las bruscas variaciones de temperatura, los contrastes

meteorológicos, corresponden al intenso dinamismo del paisaje: todo sujeto a mudanza y transformación. Se pasa súbitamente de la actividad al sosiego. Lluvias cortas pero torrenciales. Atmósfera despejada tres cuartos del año; y el otro cuarto nubosa, cargada de electricidad. Truenos, rayos y relámpagos al acecho; espesas cortinas sombrías de nubes; granizadas repentinas fuertes precipitaciones pluviales, hablan del imperio del agua, de la luz y del sonido.

Hay una esencia fosfórica y una tumbal resonancia en al tormenta paceña. Pero hay también una quietud luminosa, una presencia arcádica, en esta comarca que suele presentarse dulce y extática, pura y apacible, sin que nada turbe la serena placidez de su templanza. En el agujero andino conviven sosiego y tempestad. Por eso el poeta extrae del paisaje demonial y arcangélico alternativamente.

Estímulos coléricos y hondísimos sosiegos. Beethoven y Mozart.

¿Qué se sabe de la energía radioactiva que emana del suelo antiquísimo, asentado sobre tres fases orogénicas y dos espesas glaciaciones? El "sorojche" o mal de altura, que es un proceso de atropellamiento, la necesidad de adaptarse al medio esquivo, es también el tributo que la tierra elevadísima exige a su poblador; el hombre llegará a longevo si comprende la grandeza del medio, su poder de plasmación y fortificación. ¡Y guay del que se aleja del cuenco milenar: al volver pagará la deserción, porque los "achachillas", los abuelos, exigen sumisión lo mismo al extranjero que al nativo que regresa!

Esto es muy viejo, esto es muy nuevo. Está hecho de acicates y osadías, de fieras exigencias y promesas venturosas.

Esa multiplicidad de estímulos físicos actúa violentamente sobre le morador. No es verdad que falten aire, fuego, agua. El aire de la hoya posee un especial poder psicofísico de reparación: levanta energías. La leyenda sostiene que la ciudad se asienta sobre el cráter gigantesco de un volcán extinguido; y aunque la geología no lo confirme con precisión, las tobas volcánicas que circundan el enorme agujero hablan de un plutonismo secular. El agua desciende fresca y abundosa de glaciares y ventisqueros, o corre libremente debido a la humedad que provoca la constante arborización. La tierra es brava, exigente. El hombre está pues acosado y sostenido por su medio circundante grandioso e irregular, dinámico y fecundo, que acicatea el espíritu de lucha y la facultad de organización. Si es cierto que los montes abruman en determinado modo al poblador, también el poblador se fortalece bajo la rígida y amorosa tutela de los montes.

A la fórmula novecentista que dijo alguna vez: "en parte alguna se siente menos la dulzura de vivir", hay que responder con entero juicio: en parte alguna se siente con mayor nobleza el goce responsable de la vida, que en el Ande es hijo del esfuerzo permanente, de la sagaz adaptación entre hombre y suelo. Tiene el paisaje paceño un aire de majestad en movimiento.

Nayjama piensa, ahora, en su poblador; en esta extraña criatura que amadrina las nieves.

Alma de mil pliegues y repliegues, accidentada como su contorno físico, el kolla es incomprensible al primer contacto. Callado, emprendedor, solitario, propenso a la hurañía por hábito de bastarse a sí mismo y no por hosquedad congénita. A veces, reconcentrado en sus ideas, esquiva el saludo, se pasa de largo rumbo a impenetrables fines: no quiere hablar con nadie. Pero esa soledad de montaña, que acumula fuerza y levantados ideales en silencio, suele estallar con plutónica energía; entonces el andino comunica aliento creador, es hondamente solidario con el drama humano, capitanea.

Cargado de electricidad como la hoya, el paceño sabe cuándo y cómo movilizará sus bríos retenidos; porque es fuego, el antiguo fuego cordillerano, el que circula por sus venas. En constante lucha con la naturaleza; organizando y modificando su morada; escalando cerro, sorteando quebradas, atajando tierras que se deslizan; enjaulando el río que socava la quebrada, el kolla quiere ser y hacer muchas cosas simultáneas; de aquí su aparente volubilidad, su mudanza de ánimo y de objeto, que en el fondo es ansia de huida y rebeldía frente al escenario trastornante. Por influjo del aire enrarecido, saturado de emanaciones eléctricas, tiene el andino nervios muy aguzados, siempre alerta, reactivos, aunque suele simular indiferencia. Sus humores prontos y mudables, delatan una mansedumbre aparente y una fiereza esencial. Anguloso, brusco, irrequieto como el suelo, es también impasible, altanero y enigmático. Sabe obrar, sabe esperar. Finge desgana para clavar mejor su zarpa. Y está aquí, en medio de la hoya arriscadísima, absorbiendo los rayos del cielo y del subsuelo, esencias minerales, ondas etéreas, fuerzas misteriosas que brotan de las profundidades de la tierra o se precipitan invisibles por el éter.

Kolla: corazón del toro y de paloma.

Al desorden telúrico, corresponde la tempestad organizada de poblador. ¿Cómo explicar esos grandes movimientos humanos de Julio, el mes de los kollas, que sacude y da sentido a la



El estrecho de “Tiquina”, una fiesta de luz en la copa azul del “Titikaka”
(Foto Jiménez)



En ciertas minas a 5.000 metros de altura, el boliviano extrae sus tesoros
a la roca, bajo la tutela del nevado (Foto T. I. Rees)

historia nacional? Es el zarpazo de la tierra que el montañés lleva escondido y que una vez en marcha nada puede contener. Porque el kolla es un anhelo de justicia, un viento de libertad, un ritmo de progreso; la energía latente que sólo exige estímulos concretos para manifestarse. Por esto un buen conductor hará cosas muy grandes, con este pueblo fuerte y animoso que sólo pide ser impulsado a grandes fines.

La energía montañesa gravita en el carácter patrio. Su pasión creadora baja de la meseta, se interna por valles y llanuras. Mas el estilo kolla que es uno de voluntariedad y dinamismo, no aparece simple sino compuesto como el medio físico: un fondo inalterable, invisible, como las rocas ígneas de los primeros plegamiento andinos; luego anchas capas de aislamiento y perseverancia en el obrar; y una zona superior, que no trasluce el fondo convulso, hirviente, y que lo mismo lleva al estallido iracundo que a la soberbia indiferencia. Pocos sospechan la violencia contenida, la fría decisión operante, el sostenido espíritu de empresa, la voluntad de sacrificio que alberga el montañés.

— Nayjama: ¿no te amarga vivir en estas hoscas soledades?

— El que ama ignora la soledad; nunca está solo.

—¿Amas a una niña de Santa Cruz? Allí donde la tierra es cálida, jocunda, la planta humana verdea de esperanza, sus frutos son más dulces y más tiernos.

— Mi novia es la montaña.

—¿Y qué puede darte la montaña? Silencio, soledad, tristeza...

— Amor de montañés no condiciona: adora. Esa Diosa de Nieve que cierra el horizonte, es más bella que todas las mujeres del trópico y del valle. Fina escultura intacta. Música del silencio. Penar de amor que es júbilo del alma. Un imposible amor ¿no es el más grande?

Dicen que las tierras altas y áridas despeñan alma. Equívoco decir. Las tierras altas y áridas mantienen viva el agua de la fe: despiertan, espolean a la acción con fuerza de huracán. Kolla es pues rapto huracanado, voluntad en trance de combate y creación, aunque se requiera muchas horas, largo sufrimiento, soledades y concentraciones increíbles para que esa voluntad se manifieste.

No hay tal espíritu claustral en la raza, porque el claustro no interviene en el mundo exterior. Estilo kolla es, precisamente, lo contrario; el que sale del claustro anímico para organizar y dominar el cosmos social. Estilo kolla es la fidelidad a la tierra, el culto religioso al ancestro, la pasión por el rincón donde se nace y se perece, aunque unas alas imperiosas piden vuelo rápido y certero a nuevos horizontes. Estilo kolla es la metálica dureza del que persiste en sus tareas.

El kolla, el hijo de la montaña, quiere decir también: el primero. Y aunque sus orígenes son tan remotos que nadie les divisa comienzo, Nayjama sospecha que Kollao —tierra alta— quiere también significar antigüedad, sabiduría.

Y todo aquel que se satura del aire vitalizador y estimulante del hoyo perilustre, adquiere el ímpetu de acción, el genio sintético y lacónico, el ansia de riesgo y de combate que el andino toma de su medio circundante.

Por eso decimos que el carácter nacional está templado en la fiereza kolla.

MITOGRAFÍA

Nayjama piensa en el mito... Palabra lenta, extendida y misteriosa palabra.

¿Quiénes fueron los primeros pobladores de la hoya? ¿Cuál es su leyenda? El mito andino ¿va más allá del arquetipo kolla? La Paz: último eslabón de una cadena de nombres legendarios. ¿Se podría señalar cuál fue el primero?

Los mitos no son imaginaciones pueriles, sino sublimaciones de la experiencia viva. Viviendo, tejiendo, fabulando se herosea el mundo: pero hay que verlo todo de un modo libre y suelto, rico de ideaciones, para fijar esa presencia de espanto y maravilla que nos circunda. ¿Dónde encendió su fantasía el montañés? ¡En la montaña! Toda comarca dicta su genealogía y el paraje montuoso con énfasis mayor: Dios manifiesto, el monte funde materia y poesía. La imponente orografía, imprime el morador su majestad subyugadora. Tiene el paceño lentos recogimientos de monte; pero henchido de la intensa movilidad del paisaje, lo absorbe míticamente, y así nacen mitos y leyendas que dicen de un genio racial atormentado como la atormentada Cordillera.

¡Oh cuenco inverosímil!

Y como su terruño, recio y singular, donde la materia se encrespa y se revuelve en fantasmales agonías, el montañés bascula entre un sentido directo de lo real y una irrefrenable fantasía. Barroca, convulsa, sobria, certera, clásica y romántica, inventora y descomponedora de sus medios expresivos, el alma kolla, en función mitológica, es una palingenesia inmemorial.

Bastión secular, núcleo irradiante de la raza, La Paz irrumpe como el reducto andino por excelencia. Es el primer "ayllu", la comunidad primitiva; la fuente o "pakarina" ancestral creadora de dioses y naciones. Aquí se amuralló cien veces el aimára amenazado de invasión. De aquí partieron las diásporas guerras a señorear las tierras bajas del continente. "Waka" — cosa sagrada — dice el indio y antes de entrar a ella o de alejarse, saluda reverente desde el filo del monte al hoyo taciturno. He aquí la poza maternal donde el dolor se hace energía y el júbilo constancia creadora. Arca de tradición. Crisol de pueblos: el que engendra y se devora estados. Cuenco solar, porque irradia, articula y da sentido a la expansión del ámbito geográfico.

"Waka"— cosa sagrada— repite Nayjama, y cuando sale de la oquedad o al volver a ella, se le turba el corazón vencido por la santidad de la basílica telúrica.

¿Cuántos pasaron por la hoya inmarcesible?

En el principio eran los "Apus", los genios de las cumbres, los antiguos Señores del Ande que gobernaban el paisaje al modo grandioso de los guerreros legendarios. Reyecía sin edad. Rocas eternas, inmóviles y osadas, que trascienden poderío; hazañas de las nieves que semejan fuertes héroes en descanso. Después siguieron tantos —tan larga es la historia del hombre, tan breve su memoria— que apenas recordamos los más próximos. Huellas de razas, trasuntos de culturas: atlantes, lemures, antis, tiwanaku, mayas, kollas, quéchuas, españoles, altoperuanos, bolivianos. Unos fuertes, prolongados; ahitos de acción y de duranza. Más atrás los que perdieron nombre y renombre porque la peripecia geológica borró la huella del poblador. Y más hondo todavía, la estela de los dioses y los héroes, que la cuenca también los tiene como probanza de ancestral genealogía.

"Illimani", "Mururata", "Wayna-Potosí": dioses mayores, los bisabuelos del paisaje, coronados de nieve y de misterio. A la llegada del invierno, emergen del azul profundísimo en su centelleante desnudez. Guardas del mundo andino. Vienen después los semidioses: el glaciar de "Chacaltaya", donde mora el puma helado; la sementera de oro del "Chokeyapu" que dimidia la ciudad; las aguas revueltas del "Orko-jahuira", el río macho; la plataforma aérea de "Achachila-Kursani", el sitio donde está el abuelo, el mirador más atrevido de los Andes; "La Cumbre", vertical altanería de nieve y de basalto que mira a las vertientes de los Yungas. Siguen luego los varones y varonas de la cosmogonía, como "Chiar-Hake", el hombre de negro, que yergue su pináculo disforme sobre la colorada serranía de Calacoto; o "Achachikala" — la piedra abuela — que rodó del granítico nevado para recordar que el andino nace de la roca.

La Hoya está cargada de presencias míticas.

Apenas sospechamos la riqueza fabuladora de la mente indígena: ¡soberbia fantasía del aimára! Pero el que sabe rastrear por el laberinto de las perdidas teogonías, sabe, por ejemplo, que aquella hermosísima pirámide de nieve que custodia la ciudad desde el norte lejano, sólo en

tiempos del Inca se llamó "Wayna-Potosí" —el joven bramador— señor de los aludes y los ruidos subterráneos. Porque para el kolla y quien sabe desde cuándo, el monte legendario se nombró "Ka-ka-ka", o sea el hombre-roca. Y era toda la verdad del mito andino sublimada en forma de montaña. El hombre surge de la roca, la roca es hombre. Y tanto se transmutan piedra y ser, que acaban como uno. Almas de granito. Granito de almas. Y si el hombre tiene la dureza y los atrevimientos del basalto y de los cuarzos; la roca se levanta y se conmueve con furor, con dolor, con pasión de hombre.

Nayjama mira el hoyo vertiginoso, transformado en valle seductor por mano humana. Y recuerda...

¿La Paz? El nombre apenas cubre cuatro siglos de tradición católica.

Nayjama contempla la cavidad bravía desde un peñón adusto y evoca el ciclo aimára.

"¿Chokeyapu", "Chukiapu?". Pero el Sacro Señor de Oro y el Lancero indomable, pertenecen sólo al pasado kolla.

Nayjama observa fijamente, hondamente el cuenco agosto: esta revolución telúrica, esta desolación titánica, esta inconcebible organización de la materia. Y absorto en el miraje de tamaña grandeza y variedad, Nayjama oye una voz que brota de la hondura de la tierra:

—Cuando "Wira", el Constructor, edificaba la morada andina, "Khuno" el Destructor, seguía los pasos del dios destrozado todo lo creado. Erigió "Wira" una ciudad de piedra y "Khuno" la sepultó con sus ejércitos de hielo. Hizo otra que también fué destruída. Y cinco y diez y veinte corrieron igual suerte. Entonces "Wira", dios de la fuera, invocó a "Nina", el padre fuego; cólera ígnea hinchó la tierra; y un anillo de volcanes protegió a "Wira" en su tarea ordenadora. "Khuno", el que disuelve el mundo, temeroso de las llamas, pidió protección al "Huayra", el padre viento.

"Wira" poblada la meseta espléndidas ciudades que "Nina" circundaba con sus torres de fuego; mas tan pronto el Constructor abandonaba una región en busca de otras, el "Huayra" cargaba furioso contra los volcanes y apagaba su erupción. Luego venía "Kjuno", los cubría con lápidas de hielo, y libre de sus llamas tornaba a destruir ciudades. Lucharon largamente: "Wira", el que hace; y "Kjuno", el que deshace. Y las ciudades del tiempo lítico brotaban y desaparecían entre el furor de fuegos y huracanes. Lucharon largamente. El dios fuerte con tal prisa, que brotaban las ciudades como granos opulentos; el dios frígido tan implacable, que los segaba todos con sus hoces de hielo.

Cansado "Wira", el que edifica, de la lucha secular, quiso sustraer su obra a la acción destructora del rival; asentó el talón violentamente en el rudo altiplano; y al hoyo inmenso que se formó por el golpe devino dijo estas palabras:

—Morada eterna serás, la que renace de sus ruinas. Protegida del viento y de los hielos.

Cuando "Kjuno" llegó con sus guerreros niveos, los lanzó a la hoya viéndolos parecer a millares; y fue que el hueco, acogedor, disolvía la nieve convirtiéndola en mansos arroyuelos. Y también las huestes del "Huayra" fueron derrotadas, porque los filos de la roca desgarraban sus aéreas estructuras encajonando su potencia entre altísimas montañas.

Por eso "Kjuno" vela con sus ejércitos diezmados desde la lejana Cordillera. Y las legiones del "Huayra" acechan en los bordes de la meseta, a veces cruzan velecísimas la cavidad telúrica, mas siempre terminan alejándose de la morada del dios fuerte. Porque viento y nieve pueden pasar, mas no quedar en el refugio del divino edificador.

Y al hoyo inmenso se llamó por el fundador: "Marka-Marka", ciudad de las ciudades. La primera, la más alta y más remota porque nace de la entraña cosmogónica. "Marka-Marka", la que ha sido muchas veces, la que nunca dejará de ser; morada secular del hombre andino. "Marka-Marka", la escondida y venturosa. La que brotó del talón divino para exaltar la proeza humana.

Y Nayjama siente que sólo alcanzan el primer eslabón en la cadena de los nombres legendarios, aquello que se hunden en la profundidad del tiempo y en la sabiduría de la tierra.

—¡Venid a "Marka-Marka" incrédulos! Aquí, el mito se detuvo, está vivo y presente, irradia. Y cuanto más sensible es la fantasía creadora del viajero, advierte que la tierra también fabula su propia heroicidad lejana.

Ahora el mundo es de razón, pero hubo un tiempo de ficción. Y si el griego olímpico y genial vivió urgido de símbolos recóndito, el andino geopónico y veraz toma de la Tierra Madre alimento y poesía.

RAPSODIA AIMARA

Una civilización a cuatro mil metros de altura: causa vértigo y asombro. Parece imposible, pero desmintiendo al biólogo y al físico, los kollas levantaron su increíble capital en una cavidad de la frígida meseta; en medio del llamo, del cóndor, de la alpaca, vencedores del frío y del espacio, que sobreviven con impávida presencia al esplendor de los imperios desvanecidos.

La tierra antigua, sorprendente. La raza hermética, dinámica. Tiene el kolla presencia y resistencia de montaña; es parco en el hablar, largo de obras. Máquina compleja. ¿Qué diestra ingeniería hizo titánico el paisaje y el poblador indefinible?

Aquí donde cruzan los volcanes con los hielos, vibra la fibra humana entre hondos silencios y broncas tempestades. Sueño de paz en lucha de las formas. Pachakútico destino.

La hondura india, la energía hispana, confluyen y se expresan en la llamarada impetuosa del mestizo. ¿Pasión reconcentrada del aimára, júbilo voraz del castellano? Cosa mayor, apenas entrevista: tensión hirviente del mestizaje andino, el hombre nuevo que asciende en medio de la ambición y del desorden.

"Thunupa", numen celeste, crea el amor y la bondad en la teogonía andina. "Makuri", sanguinario, los destruye. "Mallku-Kapaj", "Huyustus", "Tacuña", son arquetipos civilizadores y dinásticos. Alonso de Mendoza consagra en óleos católicos la jerarquía cristianísima de Nuestra Señora de La Paz. De aquí la estirpe brava de los Catari, y los Amaru, precursores de patria. Murillo es la voluntad de ser de los paceños. Ballivián la espada que defiende y consolida. Aspiazu la ciencia. Villamil de Rada el visionario. Santa Cruz el organizador. Pando, Montes, Saavedra: los forjadores de nación por encima de reducto provincial. Tamayo el artista que trabaja para el tiempo, eternizando en trompas de cristal música estupendas del suelo y de la raza.

Paceño: el constructor.

Lanza Capitana— dice la leyenda. Cabeza de Nación. Responde el tempo nuevo. Tiene el solar andino blasones de rebeldía y fiero amor a la libertad. Del Kollao parten el impulso que dirige, la sapiencia medida que termina. Aquí las cúpulas del mito y del ancestro; las civilizaciones autóctonas; la colonia lenta y elaboradora, la república; el drama del desorden. Y las páginas trágicas, las páginas más bellas de la historia andina, fueron escritas en las losas de las calles de La Paz, crisol de razas, hervor de almas, síntesis de pueblos. Porque aquí nacieron y aquí vinieron a morir las más altas aventuras de la nación montañesa. Profesor de carácter, maestro de civilidad, el pueblo paceño es proa de multitudes. El que manda, el que comanda, el que toma el riesgo mayor porque es más firme so osadía. Y cuando la república en horas de peligro, volvió los ojos afligidos a la hoya, halló siempre en el cuenco roquero el impulso de resurgimiento, la fuerza tensa y despierta, la fiereza impetuosa que convierte las caídas en victoria.

Esta fusión rarísima de opuestas influencias. Esta unidad en la variedad. Este vivir múltiple y diverso.

Nieve y valle. Meseta y cavidad. El vacío vertiginoso cerrado por un aro de montañas. El arado milenario frente al tractor mecánico. Iglesias coloniales en medio del embrujo panteísta del nativo. Fábricas, rascacielos, simétricos jardines desafiando el torbellino topográfico. La llama legendaria junto al automóvil modernísimo. Indios taciturnos que caminan por el tiempo, mientras criollos y mestizos se disputan la posesión dinámica del espacio. Si el motor jadea sus asmas impacientes en las cuestas de la urbe, los cerros circundantes propagan su lección de permanencia; gravedad, quietud, soledad. Tres estilos en las casas: colonial, neoclásico, moderno. Tres modos de almas: silencio aimára, hervor mestizo, disciplina criolla. ¿Cómo pueden coexistir, lado a lado, juntos y separados al mismo tiempo tres mundos diferentes? En parte alguna se vive con esfuerzo más noble; todo es difícil de alcanzar pero se alcanza. En ninguna se duerme. En poquísimas se saborea la succulencia, variedades y primores de la cocina paceña. Unos miran para atrás, otros para adelante. "Huayños" y "Kaluyos" tejen melodías frente al rítmico estridir de orquestas internacionales. Sosiego y rapidez. Drama y comedia. Lo antiguo y lo moderno. El paisaje natural y el paisaje urbano alternan libremente. El son profundo del tambor indígena, golpea con la misma insistencia que la onda radial. Antigüedad, futuridad. Dijérase un laboratorio de humanidad.

Tiene el agujero andino un poder condensador de culturas y costumbres. Vivimos muchas vidas en un solo vivir: somos multiplanos. Por eso el kolla es hombre de largo mirar y vasto sentir.

— Nayjama: ¿te siente europeo dentro de la hoya?

— Me siento indio en la vastedad de la meseta, mestizo en el torbellino de la urbe.

Nayjama siente que el cuenco eterno es nido de paz para el tranquilo, volcán para el inquieto. Geomancia: todo puede adivinarse por la tierra; y si el hoyo es refugio protector en la desolación mesetil, pocos saben que el pequeño promontorio de "Sopocachi" erguido en el centro de la urbe, rodeado por un collar de paisajes que rodean al vacío circundante, es morada de verdad y de belleza, lumbre encantada, espuela para el sueño y alivio de afligidos.

Nayjama piensa en la hondura misteriosa de estos indios que eternizan el paisaje. Piensa en la fuerza surgente y levantisca del mestizo. Piensa en los criollos que fabricaron la más alta capital del mundo. Piensa en el mestizaje estupendo de las tres razas cuando converjan en la síntesis étnica y social. ¡Milagro creador, multicolor, del cholerío andino!

Porque todos somos mestizos, americanos del sur, en el concepto antropológico y en el modo de sentir y de expresar el paisaje vital que nos contiene.

Hoya paceña: más amada cuanto más largamente habitada.

Habrà cuna más alta, no la hay más entrañable. Y si fuese dado escoger le lugar de su extinguir, Nayjama aguardaría el último sueño en medio de las breñas de La Paz. Sepultura de nieve y de basalto donde un día se durmieron los Dioses de los Andes.

KHANTATI-URURI

Soy la Aurora Matutina:
tu búsqueda está cerca



“Illimani”: El Resplandeciente. Fué adoratorio de los “Kollas” y es la montaña más soberbia de la Cordillera Real. (Foto T. Cordero)



Lago de “Katamarca”. Rocas sombrías, glaciares deslumbrantes y abajo el agua en reposo. (Foto T. I. Rees)

ILLIMANI

Cada día, cuando la colorada aurora enciende al aire diáfano, un dios misterioso y lejano se alza en su trono de nieves.

Allí nacen los corceles del Sol. Allí brincan las yeguas sombrías de la Luna. Y los alborotados vientos que corren y se esparcen por la hoya, detienen su carrera huracanada al pie de la olímpica escultura.

Si caminamos todo el día, un titán nos acompaña frente a frente. Si soñamos por la noche, un paredón fantasmal estremece nuestro sueño. Una vuelta en su redor equivale a llenar la órbita de un mundo. Si bajamos, El se aminora; si subimos, El se acrecienta; si estamos quietos, El nos invade con alteza y pesadumbre de cumbre. ¡Oh fábrica de enigmas!

Monte Nevado: el longuividente, porque lo mira y señorea todo.

Con la distancia, la mole cambia de apariencia. Con las variaciones climáticas, muda de alma. Y si al tocar sus dilos la luz estalla en fantasías cromáticas, también la sombra sube por sus flancos en elegía sutilísima. En la idealidad de las lejanías, el monte irradia: espacios infinitos; armonía de silencios. Y al fondo una brusca arquitectura que sembla a tempestad petrificada.

¿Dónde cuna más hermosa? ¿Cuándo sepulcro más solemne?

Cerro múltiparo, el inagotable. Desde la fundación del mundo vigila con paterna sabiduría las cosas: sabe de la tormenta geológica, de las cosmogonías fabulosas, de los remotísimos imperios. Pasaron las telúricas hazañas; pasaron imperios, religiones; pero el gran nevero permanece inmutable, habitante de un tiempo sin tiempos. Guardián del Mundo.

Es el que alimenta los hogares, el que levanta corazones. Abruma al descreído; fortifica al laborioso y al paciente. Parece un grifo gigantesco que no abandona nunca al poblador de la hoya. Suceso singular: del oleaje topográfico de la ciudad andina, del laberinto de las calles y las quiebras, del espacio brusco y contrastante, los ojos vuelven siempre al monte tutelar. Está en todas partes y en ninguna. Y si al viajero le revela su faz catedralicia, al comarcano le reserva el juego inenarrable en que se miran sus diez mil caras gobernantes del clima y de las horas.

Esta solitaria grandeza. Este reposo secular. Este ulular de vientos trágicos. ¡Milagro albozafíreo del Monte Sacro! Cumbres que se disparan al horizonte; cimas y flancos como espadas lúcidas. Esta arquitectura titánica. Este augusto equilibrio. Estas fuerzas vibrantes que suben, se precipitan, se asientan y se oponen con ímpetu tenaz, no hablan: resuenan. Porque la forma es la música de la tierra y la tierra es la música de la forma.

El poderoso promontorio reina sobre cuanto le rodea. Puebla con su majestad y su hondura el paisaje. ¡Señorío absoluto: cumbres, valles y quebradas se subordinan a su mando! Parece un emperador geológico en medio de sus súbditos congregados. Y al caer la tarde, el cerro portentoso lo domina todo con el misterio de su mole.

Cuando el Ojo Solar descubre la creación, cuando el Párpado Lunar se entreabre y define la faz nocturna de las cosas, ambos miran al que no cae, al siempre antiguo y anciano, que es a un tiempo mismo el fuerte, el joven, el resplandeciente Señor de las Cordilleras.

De su cima famosa se cuentan portentos.

Refieren los místicos relatos de la antigüedad que en el Primer Amanecer, cuando las cosas se movían para tomara posición en el cosmos, un Cóndor colosal vino a posarse sobre el dorso de la Cordillera Real para dirigir la organización del mundo andino. Como el proceso de integración de los elementos marchaba lentamente, el Cóndor alzaba vuelo en el crepúsculo, cuando las estrellas toman silenciosa guardia, y se alejaba hasta perderse en el hondo cielo. Volvía en los amaneceres, desaparecía a la caída de las sombras. A la luz de los días, sus alas siempre centelleantes, como venablos fúlgidos. En el ébano de las noches, sus alas siempre en esplendor, como carbones encendidos. Así por espacio de muchos "Pachakuti", los ciclos de mil años, que anuncian la destrucción de un mundo y el surgimiento de otro nuevo. Porque el orbe andino está naciendo, está pereciendo, está renaciendo sin descanso. Regresa y se transmuta inexorablemente.

Pero un día de días, cuando "Wirakocha", el dios sutil, juzgó terminada su tarea ciclópea, cuando cada masa, cada línea, cada objeto ajustaron en la inmensa arquitectura, quiso que el mensajero alado atestiguara su grandeza. Y en la Última Noche de la Hechura, el momento en que las cosas se fijaban para siempre en su inmutable geometría, dispuso que el Cóndor Resplandeciente se incorporase a la belleza del paisaje. Y el ave fabulosa abatió sus alas titánicas

sobre el triple poderío del basalto, del granito y de las rocas eruptivas. Y la nieve cayó de lo alto con su dosel de armiño. Y esas tres cimas que subyugaban la mirada india con el doble hechizo de su altanería y mansedumbre, son en verdad la cabeza del cóndor en acecho, y las alas inmensas en actitud de remontarse.

Parece un promontorio superpuesto sobre un zócalo de montes: lo que se empina en lo empinado. Porque no es el macizo que surge lentamente, abriéndose pasa a través de una intrincada geogenia sinó la maravilla celeste que se precipita de lo alto, como un penacho heráldico en la atormentada Cordillera.

Así lo dispuso "Wirakocha".

Y el más grande de los cerros, es también el Más Grande de los Cóndores. Nadie le gana en estatura ni hermosura. Es el caudillo del Ande. "Mallku-Kaphaj" — cóndor poderoso —. ¿Cuántos linajes remotos brotaron de tus alas protectoras? ¡Y cuántos los imperios que duermen en la espuma de tu gola!

¡Oh manantial de los días, oh fontanar de las noches! Abuelo de las edades. Padre del Misterio. Ya no seremos tristes, ya nunca desvalidos: un nevado hermosísimo es el guarda de las horas que se fueron y el amo de las horas que vendrán.

Montaña de montañas. Sacra grandeza inmóvil. Quién la vió una vez, la lleva en su corazón. Quién la vió muchas, es ya criatura de su arcano.

Porque "Illimani" — cosa eterna — es para siempre!

EL COMBATE

Desde el principio del mundo el aire lucha con la tierra, y el altiplano es el ancho escenario del combate secular.

— "Huayra-Tata", no tengo miedo.

— "Pacha- Mama", te humillaré.

Y el Padre Viento y la Madre Tierra lidian sin descanso, porque uno quiere llevarse todo y la otra pide permanencia.

El "Huayra" fecunda a la "Pacha" — dice el indio.

Ella es arisca y voluble: hembra al cabo. Él es dominador, acometivo: macho al fin. Pelean reciamente. Bárbaras nupcias; el déspota golpea a su cautiva brama y se rebela; es una entrega en el combate. A veces la tierra exhala su interior combustión y aquietta al impetuoso; suele rechazarlo con ayuda del sol; o lo atrae a las gargantas, lo volteja traicionera y lo abandona jadeante, vencido. Pero otras veces el aire se desquita, y cuando no la acosa con auxilio de la lluvia, espera que lleguen las sombras; y toda la noche silba como un poseso con sus miles de látigos vibrantes.

Así es la pareja divina: ella altanera siempre, rechazante; él siempre agresivo, emprendedor.

El andino, que es uno con su suelo y con su atmósfera, recoge el mensaje de la tierra y las voces del aire. Criatura enigmática, quiere quedar y quiere huir al mismo tiempo. La "Pacha" le manda callar; el "Huayra" le desata la lengua. Y si es dócil al materno sentido de la tierra que ordena quietud, se deja ganar también por el ansia de evasión y movimiento que despiertan los aires paternos de la sierra.

"Pacha- Mama" es nodriza del hombre; le da refugio y sustento; es cuna y sepultura. "Huayra -Tata", en cambio, muge y centellea como tutor irascible; casi siempre anda colérico: pasa. Tierna, acogedora, infinitamente amorosa es la tierra madre. Aspero, salvaje, aterrador el padre viento.

Mas hay tiempo en que el "Huayra" se fatiga de ejercer su poder opresivo. Se cansa de asustar. Entonces baja con suavidad de las cumbres, ondula por las colinas y collados, cruza con ritmo ligero la meseta y se aproxima cautamente a los hombres. Esos finos torbellinos de polvo que embrujan la atmósfera, son regalo del viento. El silbido casi imperceptible que agita los sembríos también. Y cuando el aire está de fiesta, cuando su inmenso corazón se regocija con la pequeña alegría de las criaturas, esparce por el ámbito andino la queja armoniosa de la zampoña y de la quena, prisiones melódicas donde suele emboscarse para que olvidemos su hostil proximidad.

—¿Por qué tocas siempre lo mismo? — pregunta Nayjama a un indio empecinado en las pocas notas monótonas de un aire que parece nunca terminar.

—No soy yo; el "Huayra" es.

Y Nayjama ha observado que si el indio modula un mismo son, ajeno a la fatiga de la repetición, sumido en el misterio sencillo de la quena, el son varía cuando los ojos del músico pasan de una cumbre a otra. Porque sucede que el "Huayra" tiene mil moradas: tantas como tronos de nieve, como cimas roqueras levantó la tierra. Y según de qué nevado o de cuál cerro baja el viento, toma personería diferente; y así también las músicas del aire, simples, isócromas, pero varas entre sí, porque "Pacha-Mama" altera y transforma al numen fecundante en servicio de los hombres. Y los vientos son tantos que parecen ejércitos en marcha: desfile sin reposo.

Hay una indefinible relación secreta entre los montes y los altiplánicos.

— ¿Porqué es tan triste tu quena? — interroga Nayjama.

— No es la quena; la "Pacha" es.

Y Nayjama se pregunta si el padre viento y la tierra madre libran desde milenios su lucha secular en el alma del andino. Quiere indagar más, averiguar cosas nuevas, mas el indio esquiva la respuesta. Se va. Entonces el buscador, insatisfecho, se interna por la planicie, trepa a una loma, y se pone a observar el paisaje.

Allá, en una bajío, los indios danzan agitando sus pollerines multicolores. Se mueven alegres y confiados; horas, días enteros, inmunes al cansancio, como si se hubieran sustraído a las leyes de la inercia. Y usan colores vivísimos: rojos ardidos, verdes intrépidos, amarillos deslumbrantes; el bermellón un desafío; el azul intenso y prieto; rosas fuertes; morados vibradores; hasta el sombrío capuz del negro lanza su reto nocturno en medio de la sensual policromía. Sólo el blanco está ausente, porque nada dice al alma ansiosa de color del indio, que anhela revestir la parda desolación del paisaje con fuertes cromatismos.

Esos tonos vivos, desafiantes, de las prendas de vestir, de las mantas y los cántaros de barro, son la sonrisa de la tierra. Porque el color es el júbilo del paisaje; y hasta la meseta de colores neutros se enciende de alegría por medio de esas gozosas manchitas cromáticas. Vibra el color, la tierra canta. Y estos seres que giran y giran sin descanso, buscan en sus danzas el reflejo de los júbilos del aire. Siempre el influjo de la tierra. El aire siempre acechando al poblador. Si el suelo no fuera tan seco, tan ascético, tal vez danza y color se atenuarían. Si el indio gira sin descanso, es por escapar a la tremenda inmovilidad de la meseta. Si busca tintes fuertes, para burlar esos grises, esos pardos, esos ocre que neutralizan la gama cromática.

—Entonces el indio no es triste, no es huraño — piensa Nayjama —; es sólo un concentrado.

Quién ama los colores, quien busca el movimiento, no es hijo de melancolía. El nativo aparece hosco porque desconfía. Se cierra, se encierra, ¿Quién sabe lo que vive dentro?

Nayjama trepa cerros, busca lugares elevados. Se siente atraído por las "Apachetas", esos sitios dominantes, protectores, que fingen oráculos herméticos de un pasado incomprensible. Y cuando tiempo y energías le alcanzan, se empina sobre las cimas para contemplar desde arriba la lucha de las deidades ancestrales. Porque allí donde la tierra se yergue con espantable poderío, ensaya el aire sus más violentas cóleras. Porque la montaña es el tálamo inviolado donde mejor resuenan las divinas voces:

—"Huayra- Tata": virgen soy.

—"Pacha-Mama": no cejaré.

Y la pareja excelsa señorea el orbe andino. Y un gran clamor vibrante sacude la meseta cuando ellos reanudan el combate.

Así es la lucha del "Huayra" con la "Pacha".

TIWANAKU

Cuando Nayjama llegó al valle de Tiwanaku, el sol caía a plomo.

Hizo un último esfuerzo para llegar a las ruinas, y luego, vencido por la extensa caminata, sentóse en el suelo apoyando la espalda en uno de los pilares del Palacio de Kalasasaya. Allí, cerca, la Puerta del Sol erguía sus glifos indescifrables. Más allá "El Fraile" destacaba la silueta monolítica en el azul del cielo.

Rodeado por las piedras inmemoriales, Nayjama se puso a recordar todo lo aprendido. "Tiwanaku" es la metrópoli prehistórica más antigua del continente. Pasas de setenta y cinco sus nombres legendarios. Dicen que el Inca Maita-Kaphaj ordenó: "siéntate guanaco", a un

mensajero que cubriera las noventa leguas que separan el Cuzco de las ruinas. Dicen que fue "Chucara", la fortaleza mayor. Dicen que se nombró "Taypicala", la piedra de en medio. Dice que era la morada del Primer Guanaco. Dicen que existió de siempre llamándose "Wiñay-Marka" ciudad eterna. Para unos "pueblo del sol", para otros "país de los hijos del puma". Y era "Luz moribunda", y "ribera desecada", y "el que englutió pueblos". La versión de "piedras paradas", es tan admisible como la leyenda de los "sacerdotes que se volvieron piedras". Y al cabo moliendo nombres y aventando hipótesis, absorbiendo en síntesis trascendente las significaciones todas, el culto iniciático del hierofante andino: "Tiwanaku", o sea "esto es de Dios".

¿Quiénes la construyeron? Si la ciudad megalítica se esconde tras la niebla de los nombres, la raza que la edificó se hunde en los confines del mito. Afirma la leyenda que fue levantada en una sola noche, mas como sus constructores pecaron, "Wirakocha", en castigo, hizo que remanecieran trocados en monolitos. Ni aimáras ni quéchuas conocen su origen; tampoco los "urus", que son los más viejos. Los sabios piensan que tuvo cuatro periodos culturales: el mítico, el paleo-andino, el clásico y el decadente. Los arqueólogos creen ver el rastro de varias civilizaciones sucesivas, de modo que no hubo un "Tiwanaku", sino tres o cuatro. Si los investigadores de fuera atribuyen su edificación a mayas, nahuas, mongoles, polinesios; los autoctonistas dan la paternidad al aimára, al uru, al proto-kolla. Y hay quienes alegan que solamente los "antis" — los atlantes — pudieron erigirla.

De esta orgía de nombres y de razas, nada se probó: todo queda en el reino de la conjetura.

"Tiwanaku" es sólo un centro aislado que sobrevivió casi a ras del suelo... pero existen muchos otros yacimientos arqueológicos sepultados bajo tierra y diseminados en el inmenso altiplano... lo mayor y lo mejor, duerme todavía...

Extenuado por la dura marcha, acosado por el ardor del mediodía, Nayjama sintió que la fatiga lo vencía: se aflojaron los nervios, el cerebro se negó a recordar, y hasta le pareció que "El Fraile", abandonando su cerca de hierro, se aproxima a cerrarle piadosamente los ojos con sus manos rígidas...

Cuando Nayjama despertó, era de noche. Mas una noche rarísima, porque si la oscuridad negaba los colores admitiendo sólo un azul profundo y el fulgor rojizo de las antorchas, al mismo tiempo los seres y los objetos tenían luz propia, un resplandor peculiar; y estaban lejos y próximos a la vez, como su el paisaje fuese algo fluido que pusiera sus accidentes al alcance y al capricho de la mente.

A la orilla del Lago, una ciudad megalítica erguía sus fábricas de piedra. Calles bien trazadas, templos, palacios y fortalezas, hablaban de un poderío secular. Pirámides escalonadas se perdían en el enjambre de las estrellas. Terrazas cultivadas y colinas artificiales, canales de perfecta simetría, caminos atrevidos, daban extraño aspecto a la ciudad multiplana. En torno a los monolitos, esparcidas en todo el paisaje, las multitudes oraban y hacían ofrenda ritual del llamos blancos. Grandes balsas desembarcaban ejércitos en los muelles, y sus capitanes, enmascarados, iban a rendir homenaje al Rey-Sacerdote empinado en el nocturno trono de oricalco. Y gran parte de la población trabajaba febrilmente: se divisaba el movimiento acelerado de millares de brazos; se oía el martilleo de los cinceles tallando los duros bloques de andisita; se escuchaba el clamor de jefes y mensajeros organizando el trabajo del inmenso taller pétreo.

Nayjama, sorprendido, advirtió que seres y cosas desfilaban sin moverse ante sus ojos.

Era como si su mente se hubiera dividido en dos: una que le permitía abarcar el conjunto panorámico con un máximo poder de captación; y otra que le acercaba accidentes y detalles por lejanos que estuvieran, como si una extraña fuerza de ubicuidad le permitiese estar en todo sin moverse de su sitio. Y vio que todos andaban afanados levantando templos, tallando monolitos, reparando y desviando los canales que surtían de agua a la metrópoli, o se agrupaban en vastas explanada para las ceremonias rituales, bajo el mando de diestros ingenieros y hábiles mentólatras. Y en vez de una Puerta del Sol, había una espléndida avenida flanqueada de portadas que se perdían en el horizonte; y por ella cruzaban los forasteros a la luz de las antorchas. Y al ver que el Rey-Sacerdote presidía la escena impasible, cubierto por esa máscara simbólica y totémica que nadie ha podido descifrar, Nayjama sintió un torbellino en su alma: era como si "Tiwanaku" le fuese a revelar su secreto:

—¿Quién es, quién es El? — preguntó en un grito de admiración.

Entonces un sacerdote que tenía las mismas facciones, la misma apariencia de "El Fraile", un monolito de aire pétreo y apostura humana, aproximósele diciendo:

—¡Calla intruso! Aquí se mira y se intuye. El sabio reflexiona, el ignorante debe enmudecer.



La famosa "Puerta del Sol" de Tiwanaku es en verdad la "Puerta de la Tierra" que guarda el misterio de la religión telúrica. (Foto Jiménez)



"Illampu" : el Centelleante. Dios Mayor del mito andino como el "Wayna" y el "Illimani", señorea suelo y raza. (Foto T. I. Rees)

Se avergonzó Nayjama. Miró a los ojos del sacerdote y una rara sapiencia fue invadiendo su espíritu. Y aunque el sacerdote no volvió a proferir palabra, era como si lo descubriese todo a través del rayo de luz que fluía de su mirar magnético. Y sintió Nayjama que la verdad circulaba como un torrente por el laberinto de sus venas.

Para entender a los "tiwanakus" hay que proyectarlos en el tiempo: naciones que siguen a naciones, culturas detrás de otras culturas. Lo enigmático, lo arcaico, lo distante...

Lo primero que descubren las piedras es su antigüedad. Proceden de un saber y un poder largamente elaborados. No representan un principio civilizador, sino el remate de larguísimas hazañas, Síntesis de síntesis. Por eso nadie alcanza su complejidad. ¡Tantísimo saber en ciencia tan abstracta!

Aunaron los "Tiwanakus" lo monumental con lo sutil. Si sus conocimientos científicos denotan una voluntad hercúlea, la cerámica, los glifos, el pulido finísimo de las piedras demuestran el genio alerta, pujante y delicado de una sensibilidad siempre despierta. Su pensar mítico, encaja armoniosamente en un representar lógico; comprendieron la unidad de ritmo de naturaleza y pensamiento. La geometría, que es la regulación rigurosa por la cual el hombre ordena la materia, fue su lenguaje expresivo natural: lo representaron todo con precisión matemática y admirable destreza en el dibujo. Templos y fortalezas, pórticos y monolitos, reflejan la idea de fuerza, el sentimiento de eternidad, el ansia de permanencia y lejanía, la voluntad del mando organizado. Luego los artistas — escultores, alfareros, pintores — por medio de una plástica ideográfica y simbólica, manifiestan la potencia creadora de un alma fundada en el principio de razón. Fueron objetos y veraces al tiempo que imaginativos de rica fantasía. Entendieron el mundo en su realidad circular y total, por eso la regla arquitectónica fué su don de creación y representación. Expresaron en teoremas de piedra la verdad del ídolo interior. Concibieron las cosas con captación dinámica y sintética: ¡qué movimiento en la rigidez de sus formas lineales, qué vibración lenta y sorda en su mensaje, pétreo que todavía no termina de llegar! Y si una abrumadora pesadumbre material se escapa de los bloques inmemoriales, una inmensa espiritualidad está guardada en esa red vastísima de símbolos y signos que alivia su arte hermético y difícil.

Fueron pan-animista: lo animaron y adoraron todo. Geólatras primero, se alzaron después al animal y al astro, convirtiendo la naturaleza física en el concierto de los dioses. Seres telúricos, en el sentido profundo del vocablo, proyectaron su vida anímica en el paisaje; latieron con su medio, relacionaron los fenómenos entre sí con intuición cósmica del mundo. ¡Fabulosa embriaguez creadora! Hombre y cosmos, naturaleza y fantasía, religión y política, arte y sociedad fluyen simultáneos. Lo sidéreo y lo terrenal se unifican. Si el cielo estrellado contiene los prototipos del orbe terrestre. También de la Tierra Madre salen soles y astros. Y esa filosofía geognóstica halla su más alta expresión en la Montaña y en el signo escalonado que la expresa, porque la montaña liga tierra y cielo y reúne al abismo con la estrella.

Provenían de esas legendarias culturas agrícolas y panteístas en perenne contemplación del universo y sus fenómenos. Entonces las estaciones reglaban la vida civil y religiosa y el tiempo era emperador de pueblos. Pero los "tiwanakus" se alzaron a una concepción cósmica de la naturaleza en que vivían sumergidos. Cada signo, nada línea, cada figura simbolizan una idea del mundo físico. Sus simbologías son representaciones ideográficas. Concibieron el universo como un vasto sistema de fuerzas legadas entre sí. Cielo, tierra, sol, luna, estrellas, animales, hombres, plantas, vientos, ríos, lagos, piedras constituyen parte de un mismo y vastísimo gran sistema de vida, toda consciente y relacionada entre sí ¡Supremo hilozoísmo! Y esta comprensión integral de la naturaleza, supieron expresarla por el estilo ortogonal, demostrando un desarrollo intelectual muy avanzado, porque el ortogonal es el ángulo arquetipo de la sabiduría.

¿Qué vieron los "tiwanaku"? Mejor sería decir qué no vieron, pues lo miraron y captaron todo.

Esa "Puerta del Sol" — enigma de los siglos — es el testimonio múltiple de las culturas desaparecidas. No es únicamente un calendario solar, una almanaque de piedra labrada, una portada guerrera, un monumento histórico. Pudo ser todo eso y siempre será algo más: es la huella portentosa, la síntesis representativa de un pueblo que cantó en piedra la profunda armonía de su vida religiosa, política y social. Es total revelación del alma primitiva, en su más alto grado de saber y de expresión, cuando el hombre matinal vivía absorto en la matinal naturaleza y en la inalterable juventud del mundo. Es una epifanía de la visión. Es la teogonía sideral, telúrica y totémica del andino, en todo esplendor de su grandeza. Clave del mundo.

La energía taciturna y solemne de las piedras de "Kalasasaya", el soplo pitagórico que avienta la maravillosa simetría de la "Puerta del Sol", la pesadumbre agobiadora de los bloques de "Tunca-Punku", atestiguan la teurgia sabia, enigmática, abismal de sus creadores. Hubo una antigua relación sacerdotal entre hombre y piedra.

Tan hondo fueron los "Tiwanakus" en la religión, que se perdieron en ella...

El moderno llama a la portada famosa "Puerta del Sol" porque la juzga un calendario pétreo relacionado con la teogonía solar del Inca. Hay quienes piensan que debiera llamarse el "Portal de Wirakocha", divinidad, héroe y caudillo civilizador. Otros creen que exalta la efígie del Hombre-Puma, el sacerdote totémico del Kollao, o de algún "Apu-Mallku" o gran jefe que quiso immortalizar sus hazañas. Sólo el poeta sabe que el pórtico ilustre era en verdad: "Pacha-Punku" — la Puerta de la Tierra — y que en ella se hace presente todo el universo vivo. La máscara sagrada y guerrera de la figura central, es la representación simbólica de "Pacha", el Dios Cósmico del Ande, supremo creador del mundo. No puede ser su representación directa porque "Pacha" es irrepresentable, pero en cambio "Wirakocha", deidad antropomórfica, héroe mítico, caudillo civilizador, su mensajero, ocupará su lugar en la portada. El sol, el Cóndor, el Puma, la Serpiente, el Pez son símbolos de "Pacha". Y el sacerdote o el guerrero, el astrónomo o el arquitecto, son también figuraciones humanizadas de "Pacha", el principio animador, que dio al andino religión nocturnas, telúricas, esotérica.

"Pacha"-Punku", la "Puerta de la Tierra", es también la entrada al universo del antiguo.

Esa figura enigmática que la señorea con mando indescifrable, simboliza la etapa cultural de "Tiwanaku". Sus ojos reciben, la mirada de todos los seres: penetran y absorben, luego irradian. Sus manos empuñan fieros atributos de poder. Y este pequeño y misterioso ser, cuya identidad no ha sido aun establecida, tuvo en otras épocas mayor jerarquía y autoridad que el Zeus de los helenos, porque era dios, sacerdote, caudillo civil y guerrero a un tiempo mismo. El héroe mítico absorbe y resume la naturaleza entera. En el portal perillustre todo se funde, se entremezcla y se organiza en admirable modo: lo mismo la divinidad, que los conocimientos geodésicos y siderales; tan pronto los símbolos totémicos como las hazañas guerreras y políticas; y si el signo escalonado concibe la tierra como un inmenso pedestal tendido en escalones, la swástika expresa la unión indestructible de cielo y suelo. Realidad y fantasía. Todo duerme, todo vive y alienta en la "Puerta de la Tierra" con presencia indestructible. En ella se miraron y reconocieron los "tiwanakus", a través de una embriaguez panteísta del cosmos: lo visible y lo invisible coexisten. Todo es! Y sólo penetrando al orden mágico de los signos y sus significaciones, se comprende que este monumento lítico no pudo ser solamente un calendario solar resultante de la continua observación de la naturaleza y la mecánica celeste, porque su visión integradora es la síntesis total de la vida religiosa, política, social y artística de un pueblo que alcanzó la suprema concepción unificante del antiguo cosmos.

Fueron pues los "tiwanakus" los señores de la morada andina. Y tan alto fue su ciencia, que de tierras lejanísimas, de islas remotas, acudían mensajeros en pos de sabiduría.

"Tiwanaku". Aquí la piedra canta. La arquitectura es pura matemática. El arte un sueño. Hombre y piedra conciertan en maravillosa geometría lo fuerte y lo sutil. Se diría estar pisando el umbral de esas culturas nocturnas que supieron ligar con secreto dominio materia y fantasía.

Cuando la verdad hubo pasado, Nayjama quiso hablar, pero el sacerdote imponiéndose silencio tomó un poco de arenilla del vaso sagrado que llevaba en la diestra y la arrojó en el aire.

Un sordo trueno conmovió la tierra. Se alborotaron las aguas invadiendo la ciudad. Comenzaron a desplomarse los templos. Y a la luz rojiza de los volcanes circundantes, las multitudes huían desalada del terremoto y de la inundación. El Rey-Sacerdote y su cortejo jerárquico, sin perder su dignidad, sin sacarse siquiera las máscaras totémicas, prosiguieron subiendo a una colina revestida de planchas argentadas. Consagraron a la Luna, deidad protectora del santuario, y luego inmóviles, impávidos, esperaron su fin desapareciendo en una grieta gigantesca que se abrió a sus pies. En el valle los canteros abandonaban las piedras a medio transportar y las mujeres se abrazaban a sus hijos. Una inmensa confusión y un vasto clamoreo sacudían la noche. El agua batía furiosa contra los pesados cimientos de piedra. El suelo ondulaba tumbando monolitos y tragándose personas. Y los pumas sagrados, saliendo de las cuevas subterráneas, rugían enloquecidos de terror.

Comprendió Nayjama que asistía a una de las destrucciones de "Tiwanaku".

Arrojó el sacerdote otra arenilla en el aire y el paisaje recuperó la calma. Las aguas se retiraron a su cauce no sin incorporarse grandes aéreas de tierra. Entonces los sobrevivientes levantaron un nuevo "Tiwanaku", más potente, más refinado que el anterior. Todo en escala mayor: templos y fortalezas, pirámides, canales, y los extensos talleres de piedra labrada. Y

grandes muchedumbres llenaban las terrazas y explanadas, ascendían por soberbias escalinatas, para acrecentar el fuego de las hogueras en las colinas artificiales. Y la ciudad, vista de lejos, fingía una fortaleza fabulosa de planos escalonados en el aire. Y vista de cerca ensordecía con el clamor de los cinceles, de atracaban numerosas embarcaciones de las cuales bajaban otra vez ejércitos conducidos por jefes enmascarados que iban a rendir homenaje al "Apu-Hacha-Irpa", al Gran Señor y Conductor de "Tiwanaku". Y eran todos hombres bajos, de piernas cortan y anchos torsos. Y corrían de ambos lados, en largas filas simétricas, hacia el trono de oricalco; unos con caretas de cóndor, otros con mascarones de puma. Y allí, al centro, pie sobre un plinto de oro, el Rey-Sacerdote con inmovilidad de piedra, empuñando las insignias del mando, oculto detrás de la gran máscara sagrada que simboliza los poderes del mundo y su misterio, recibía impasible el homenaje de los forasteros.

—¡Es el personaje de la "Puerta del Sol"!— gritó Nayjama entusiasmado— ¿Y quién es El verdaderamente? ¿Una representación de la deidad, la deidad misma, un ser vivo, un símbolo, un caudillo? ¿Por qué se esconde?

Y otra vez pareció enojarse el sacerdote:

—Refrena tu impaciencia — contestó —. Es la máscara que nadie ha levantado todavía.

Y cuando Nayjama, alucinado, hizo que la escena central viniera a él, y en un loco arrebató intentaba descubrir el rostro encubierto, el sacerdote le arrojó arenilla a la cara, y todo huía, huía vertiginosamente rápidos remolinos de viento...

Un chicuelo, descarado, le estaba echando piedrecillas al pecho. Y Nayjama se vió otra vez en pleno día, bajo el sol ardiente, sentado en el suelo yermo de las ruinas, con la espalda apoyada en uno de los pilares del palacio de "Kalasasaya". Allí, cerca, la "Puerta del Sol" erguía su portada indescifrable. Más allá "El Fraile" recortaba la silueta monolítica en el azul del cielo.

Y entonces supo Nayjama que la belleza de "Tiwanaku" es su misterio.

ILLAMPU

Caminante, si vas por la meseta, alza la vista y sentirás que alma se te va tras de los ojos: "Illampu" enarca su cerviz de toro en el confín.

En el mar petrificado del altiplano, hombres y cosas adquieren la fiera permanencia del suelo; nada quiere mudar, nada invita al viaje; tiene la mesa andina una fuerza de inercia que desarma la voluntad al primer impacto, aunque luego la vaya endureciendo y acuciando de urgencias presurosas. Montes inmóviles. Plano dilatado. Aire de vastedad y de abandono. Si el indio se mueve apenas en la estrecha frontera comarcana, si se inmoviliza mirando el paisaje, es porque la tierra lo cautiva con sus fuertes agujas imantadas. El Ande es un imán: no suelta.

De pronto en la quietud circundante, se siente un anhelo de marcha y de evasión: quisiéramos partir hacia el nevero misterios que embruja el horizonte. Un secreto empuja hacia el confín. Y aunque no todos puedan acercarse físicamente a ella, todos marchan con dirección a la cúpula de hielo, porque "Illampu" es esa lumbre de temor y de esperanza que nos hace más cautos y más fuertes. Porque kolla es el que toma virtud y fortaleza del nevado.

Arrastra el monte una cauda de nombres hermosísimos, porque cada nevero es un pregonero del pasado; y cuanto más antiguo, más insigne, más cargado se presenta de novedad y poesía.

"Illampu" no es una leyenda, es un coro de leyendas. Aquí el Olimpo Andino creador y aterrador. Matriz de fábulas. Y si la tradición despliega el varillaje de sus alas como un abanico de singular policromía, también la tierra se amotina audaz y varia. Es un conjunto de montañas. Un apiñamiento atormentado de masa rocosas. Un ejército de torres escarpadas. Habrá cumbres más bellas, de mejor armonía lineal; no hay de mayor sublimidad. Aquí la fábrica telúrica parece a medio construir: es un taller ciclópeo. Falta algo, sobra mucho. Todo se mueve con ritmo interno, poderoso y sobresaltado; todo se hace drama plástico. Es la escultura demoníaca de una tormenta detenida en el ápice de sus acciones. Por eso el caminante se siente anonadado cuando se acerca al promontorio inaccesible. Y la tierra cosmógona, febril, dice en raptos de ola su pasión desordenada.

"Illampu". Terror y maravilla.

Nombróse en el origen "Sahar-Hatha": portasemilla, porque llevó el principio de vida a los primeros hombres que poblaron el valle abierto a sus pies. Díjosele después "Sorata": padre de los montes inflamados, allá cuando genios de la tierra lucharon con los genios del mar. Era el volcán mayor. Se le recuerda como "Ancumani": el viejo encanecido por los años, pues la leyenda refiere que es el nevado más antiguo. El mito solar andino le apellida "Inti-Llamphu": el lecho donde el sol reposa, porque cuando los dioses telúricos fueron destronados y el Inti — deidad celeste— vino a reinar al Ande, eligió por morada la montaña estupenda que señorea el Lago y la Meseta. Otras fábulas tan alejadas que se pierde la comprensión etimológica, hablan de un "pilón de nieves", de unas "aguas cristalinas y olorosas", de "la morada blanca del Eterno Señor". El monte está ligado a los mitos totémicos de la cordillera: es el Cóndor Real Blanco, de alas desplegadas, que no sabemos si vino a posarse en los Andes, o si estás en actitud de remontar vuelo. Y es la pareja sacra del otro pájaro gigante que al sur custodia la banda dentada de las nieves. "Illampu" e "Illimani": guardas del mundo, la pareja mítica, adoratorios ancestrales. Por eso el indio que vera estas catedrales naturales, suele soñar que se transmutan en los cóndores del mito, cuando morada y morador se unimismaban en la unidad de la fábrica telúrica.

Pero aventando nombres, moliendo etimologías y significaciones, sublimando fábulas, resalta enérgico, impetuoso, avasallante el nombre que los contiene y cifra a todos. ¡"Illampu": el Centelleante! Padre de la luz, de la aterradora proximidad de los eterno hielos, del agua que mana y vierte vida, de los poderosos espíritus de la montaña. Lo sabe todo.

"Illampu", "Illimani", Faros del mundo andino. Faros del mundo andino. Y si el nevado paceño es la catedral armoniosa, solemne, perfectísima; el promontorio sorateño es la nave atrevidísima que avanza en mitad de la tormenta. Fulgura el uno, centellea el otro. Son los dos polos de luz para el autóctono. Para el habitante lacustre, el Sol brota del muro tempestuoso del "Illampu"; los hombres de la hoya se asombran mayormente de la Luna cuando surge detrás de la pirámide illimánica. Y es que uno de los neveros estuvo consagrado el astro que calienta y enardece; y otro al astro que niquela los seres y las cosas.

Y en la comarca sorateña luce el mito andino con ancha majestad y poderío. Porque "Illampu" quiere decir también "morada de los dioses". Y aquí reside Gran Señor de las Nieves, en su fortaleza ciclópea, levantada por la fuerza y la leyenda.

Caminante: si vas por la meseta, apártate de los demás, aproxímate solo al monte insigne. Trémulo de admiración no podrás hablar, no podrás gritar, no podrás ni siquiera pensar. Solo frente al tremendo portento, recién comprenderás cómo fue el tiempo de la adoración a la naturaleza. Porque "Illampu" tiene rasgos y raptos de titán. Se asienta con ímpetu en la cordillera: la posee, la conmueve, la levanta en un coro de hielos y de rocas. Una masa aterrante se pliega y se dilata en el espacio. Abismo vertiginosos. Espolones airados. Azules ventisqueros. Un dosel de brumas en su fiero atributo de grandeza; rara vez se mira la entera majestad del nevado. "Jakoranta" — dice el indio a las purísimas cascadas que se desploman por los flancos del gigante. Y allí, en lo alto, donde truena la tempestad y las nieblas se desflecan, una cúpula de nieve corona el esplendor del "Centelleante", que se obstina en velar su soberbia escultura bajo el brumal que sube de los trópicos. Un terror sagrado se apodera del alma al ver aparecer y esconderse alternativamente al coloso: y cuando la atmósfera es propicia y se contempla largamente estas torres altísimas que parecen construidas en el telón del cielo, cuando uno se embriaga con la salvaje irrupción de las fuerzas telúricas y se deja vencer por la pesadumbre de tamaña grandeza, hasta el alma cristiana abdica de sus símbolos abstractos y salvando en un instante los milenios regresa a las antiguas teogonías:

— Esto es Dios...

Si lo ves de la distancia, te llama con su silencio blanco; es una invitación al sueño con los ojos abiertos. Si pasas a su vera, donde comienza la quebrada que lleva hacia Sorata, te abruma. Si lo miras desde la profunda cavidad del pueblo, del vergel sorateño, te encanta y te anonada; porque la ciudadela mítica se empina sobre dos augustos promontorios: uno extenso, poderoso, brutal y celestial de grandes volúmenes rocosos; y otro formado por una cúpula altanera que resguarda un muro colérico, acuchillado, en forma de abanico. Y si lo contemplas desde la quietud azul del "Titikaka", o cerca de la carretera de Achacachi, cuando luce en todo el esplendor de su belleza incomprensible, entonces te parece que la prominencia tempestuosa vibra en una sinfonía de las formas. Y sobre el arco illámpico asoman los yelmos bruñidos de los dioses abolidos. Porque "Illampu" — mundo helado— fue también el cosmos trágico y frenético donde un día alentaron los señores de la fábula.



"Sajama": el Alejado. Se aproxima a los 7.000 metros de altura y es una de las claves cosmogónicas. (Foto Alfheld)



Indio y llama otean el "Titikaka" legendario, embrujados por el hechizo de la "quena" melancólica. (Foto Jiménez)

Así es el semillante, el Pico Adorable, el Lecho donde el Sol reposa, el Embozado, el Cóndor Real Blanco, el Dictador del Aire, el Nunca Dominado, el Volcán Mayor, el Centelleante. "Jacha-Tata-Illampu": el Viejo Señor de las Cordilleras. Y afirma la leyenda que en el nevado sorateño fijó su residencia "Wirakocha", el constructor del orbe andino, con su cortejo de dioses, demiurgos, héroes legendarios. "Apu-Illampu", el Jefe Centelleante, es la clave del pasado, el horóscopo del porvenir. Y dicen que el Nevado Mayor escoge a los vientos y a los hombres. Les pone el sello de su poderío, porque el elegido de las nieves es también criatura del destino.

Caminante: no te inquietes, no ruedes presuroso por los altiplanos; déjate estar. Detén tus horas en la quieta majestad de la esfinge illámpica: un soplo de misterio y poesía rozará tus sienes. Una calma augusta bajará a tu espíritu. Porque "Illampu" es venero de amor, semilla de confianza. Es el descansadero de los cuerpos rendidos, de las almas fatigadas: "samiri" ancestral. Y el indio sabe que todo el que se acerca a sus sagradas formas, se baña en aura de poder y de ventura. Renace.

La mitad del mito andino: una cúpula imperial en lejanía...

TAWAKO

Dicen que la tierra es vieja, cansada. No es cierto. Dicen que el montañés siempre es sombrío. Tampoco es verdad. Dicen que la montaña es dura, hostil, indescifrable y que paisaje y poblador en ella conjugan adusteces. Mentira.

La ternura aimára es subyacente, no se entrega al primer contacto.

Nayjama se indigna cuando escucha los denuelos del envidioso:

—¿Qué sabes, viajero incomprensivo, del alma bronceada de los altiplanos? Escritor vengativo, torpe, que sueñas lapidar lo que no alcanzas; ¿quién te dijo que callar es no sentir? Sí el habitante es parco, impasible en apariencia como el monte, ¿quién puede probar que hombre y montaña no son ternura retenida, un escondido amor, pasión callada?

Pesadumbre y mansedumbre de monte: mimos tiene el paisaje que sólo alcanza el poblador; ternezas guarda el poblador que sólo entiende el paisaje. ¿Por qué hablar de insensibilidad, de hurañía? El orbe andino vibra en su propio júbilo vital, inaccesible al extraño y al superfluo.

Una oculta poesía enciende y cosas. Ancestro, morada, costumbres se urden en tela de ufanía; todo canta con música recóndita. Porque montañesa es la emoción que se revela lentamente: el uso amoroso de los sentidos, la obstinada pasión de comprender. La meseta es subjetiva; ha de trasladarse simbólicamente al corazón del hombre, para que el corazón del hombre se regocije en ella. Para el ojo perspicaz, para el oído atento, la comarca andina se presenta transida de novedad y de estímulos joviales, ¿Mas quién alcanza proximidad entrañable con las tierras altas? El que cree, el que permanece en tan rica hospedería. Hay un "color aimára", indescriptible, indefinible, hechura del paisaje, del modo regional, de la costumbre, del tiempo. ¡Sutil alfarería! Ropaje visible de una invisible intimidad, ni bronce, ni ocre, ni oricalco, porque está compuesto de esencias antiguas y frescos aceites, y al tiempo que se pretende fijarlo en la retina, se desvanece en el alma del que mira.

Color aimára: misterio sin entrega.

Y la tierra que aparenta muy vieja, es en verdad muy joven. Y el morador que sembra estatua pétrea, vive en siembre de amor y comprensión con todo cuanto le circunda.

Nayjama se solaza en la frescura agraria y matinal del indio. Este ser humilde y fuerte aferrado a su suelo. El indio ama a los suyos. Lloro largamente la vaca y la llama perdidas. Cultiva laborioso su predio, inmune al frío, al sol radiante, a las lluvias. Conoce las leyes del tiempo, se maneja por una singular climatología. Extrae una sabiduría milenaria de los astros, del agua, del viento, del suelo, de las rocas; vive en participación con todo lo creado. Arde en la policromía del poncho y del traje de fiesta. Exulta en el paroxismo de sus danzas. Talla la piedra, moldea el barro, fabrica los tejidos que lo cubren. Es jugueteón como el viento punero, mas no sopla todo el día. Expande con los suyos, frente al extraño se recata. Y si es verdad que a veces la zampoña modula aires de melancolía, a veces la quena trueca su quejumbre en llama de alegría; y el "huayño", el "kaluyo", el "jarahui" con ser tristes en el modo general, trasuntan una ternura subyacente de amanecer lejano. El indio vive en la revolución de su quietud. Canta en sus

ceramios. Vibra en sus leyendas. Es noble y sobrio en sus hábitos. Profundamente respetuoso con la madre tierra, la venera con homenajes de honda delicadeza ritual.

- Tatito: ¿por qué antes de beber viertes el licor sobre la tierra?
- Para la "Pacha-Mama" es "ñito".
- ¿Y quién te enseñó esta costumbre?
- Así siempre es: primero la tierra, después el indio.

Las costumbres sencillas del nativo provienen de la ley natural: puro en el campo, se malea en la aldea y en la urbe. Es bueno, pero se le maltrata y se le abusa tanto, que a veces la bestia humana salta herida. El indio es una ternura reprimida y un alma confinada en sí misma. Ama la soledad, porque no lo dejan vivir dignamente con los demás. El indio es una humanidad rechazada. ¡Si descubriésemos los tesoros escondidos del indio milenario y virginal!

¿Quién sabe, por ejemplo, que el aimára calumniado de adustez y de crueldad, es el primer poeta telúrico de América?

Esa teogonía kolla que humaniza montañas. Ese espíritu mítico que enciende todo lo que toca. Esa poesía alada de los nombres que viste a la naturaleza con grandes riqueza y variedad ¿qué son sino la viva expresión de un amor poseedor y creador? Esa fidelidad en la guarda de hábitos ancestrales ¿no es afecto puro? Esa lealtad con la tierra y con sus seres ¿no es íntima ternura? Esa gravedad sencilla en el trato ¿no es decoro propio?

"Tawako" — dice el aimára placentero cuando ve pasar a una jovencita seductora. Es una moza, una muchacha que alegra los ojos y agita el corazón. "Tawako": alegría indefinible, tierna presencia en forma de mujer, objeto de ventura, lo que acaba de florecer. "Tawako". Lo que rejuvenece al viejo, lo que madura al joven. Transfiguración.

Y ese indio que visto en lejanía parece duro, seco, hostil, visto de cerca deviene comunicativo, familiar. Porque el aimára que rechaza las formas intrusas que llegan de fuera, es noble y generoso con la geografía circundante y los modos humanos de su orbe habitual. Y después de cada sublevación pasajera, originada invariablemente por la maldad del blanco y del mestizo, el autóctono responde con tenaz persistencia:

- Queremos escuelas, para que nuestros hijos sean como ustedes. Queremos justicia, que nos traten mejor.

Así es la raza que duerme, así es la raza que despierta. Lo que históricamente es viejo, biológicamente es joven. En verdad ignoramos al indio, porque no supimos acercarnos ni entender sus núcleos vitales; mas ésta es la semilla genesiaca del Sur. El buen americano debe mirarse en el primitivo morador del suelo.

Y Nayjama piensa que en vez de ver a la muchedumbre nativa como se mira a una anciana cargada de años y de penas, debemos contemplarla con fe y con esperanza, como se admira pasar a una jovencita esbelta, penetrada de fuerza y de alegría.

Porque la raza es también "Tawako". Joven, briosa, placentera. Y quien dice "oriental", quien dice "quéchua", quien dice "aimára", debe evocar la silueta ágil y graciosa de esa mozuela que cruza los caminos de América con los pies desnudos y la boca risueña. Porque "Tawako" es la promesa de una vida mejor. La eterna juventud del mundo. Y aquel que sepa comprender al hermano postergado, habrá rasgado el velo del enigma indio: en sangre joven, la sorpresa cálida del tiempo antiguo.

Siempre hay una primavera para el que sabe amar y confiar en su pueblo. Espera silenciosa. Porque "Tawako" es la esperanza.

SAJAMA

Tres veces surgieron las tierras de las aguas; dos volvieron a insumirse en el piélago inmenso, mas a la tercera quedó la Cordillera para siempre. Cuando las tres edades de lucha terminaron, vino la fundación del mundo andino. Y en el principio era "Hillemana Culkachata", la Sierra hecha de Nieves.

Entonces los "Apus", los grandes señores del paisaje, no tenían nombre. Señoreaba el Tiempo Oscuro: "Chamak-Pacha". Apenas se presentía las formas en la espesa densidad del mundo. Y sólo al relampaguear de los volcanes brotaban las testas adustas de los guerreros formidables. Eran muchos, protegidos por su coraza de hielo. Y cuatro sobresalían entre todos por lo eminente de su hechura: dos que se asentaban con pesadumbre de alas condoriles; y dos que surgían rapidísimos en raptor de puma hacia la altura. Medíanse en grandeza, pugnaban por

aventajarse en estatura. Y cuando acudieron a "Wirakocha", en demanda de supremacía, "Wirakocha" les dijo:

— Ninguno será más poderoso que los otros. Cuatro amos tendrá la Cordillera.

Y los cuatro "Jacha-Irpa" o conductores se llamaban:

"Shuru-Apu" o Señor de Luz.

"Ka-kaa-ka" o Señor de Piedra.

"Hila-Humani" o Señor de Agua.

"Huayra-Apu" o Señor de Aire.

Dos tenían formas de trapecio, dos forma de pirámide. Y eran tan bellos y tan fuertes que nadie osaba disputarles jerarquía. Si el Señor de Luz y el Señor de Agua cubrían el horizonte, el Señor de Piedra y el Señor de Aire perforaban los cielos. Y así, en dos conos altaneros y en dos trapecios imponentes, asentó "Wirakocha" el cuádruple rango de los caudillos de la sierra.

Pero un día de espanto, "Huayra-Apu", celoso de la majestad de "Hila-Humani", dijo a "Ka-kaa-ka" que tampoco vivía dichoso frente al poderío de "Shuru-Apu":

—Acomete tú al que fulge, que yo aniquilaré a de las aguas.

Y ambos se lanzaron iracundos contra sus rivales.

Rudo fue el combate: todos pelearon a porfía. Y volaban rocas, fuego, hielo, huracanes, como si el mundo fuese a nacer de nuevo. Y los cuatro héroes lucharon sin descanso por espacio de un milenio solar: terrible el Señor de Luz, implacable el Señor de Piedra, feroz el Señor de Aire, indomable el Señor de Agua. Y cambiaron muchas veces de forma y posición, porque la gigantomaquia andina es una de vértigo y mudanza. Cuando la honda del uno parecía entregarle la victoria, la honda del otro se la arrebatava sin demora. Subieron pirámides altísimas para caer apenas proyectadas. Cantó el abismo con su boca de mil fauces. Chocaron pedrones espantable, roca y lava, líquido y ceniza, síleces y cuarzos, vientos encontrados, peñas con centellas, centellas como dardos. Y el trueno de rápidos corceles arrastraba su carro fabuloso en medio del rayo y del relámpago. Y la tempestad geológica se amotinaba en un crescendo prodigioso. Dos conos de nieve airados, centelleante. Dos trapezoides aniquiladores.

Al cabo de un milenio, juzgando "Wirakocha" que la pelea debía terminar, mandó a "Thunupa" para que pusiera calma y concierto en la convulsionada Cordillera. Y "Thunupa", numen de justicia, juez de caudillos, después de escuchar las razones de cada cual, dictó sentencia inapelable:

— Sólo tres conductores tendrán señorío en la Cordillera. El Señor de Luz será de hoy en adelante "Illampu": el Centelleante; el Señor de Agua se nombrará "Illimani": el Resplandeciente; el Señor de Piedra se convertirá en "Wuayna-Potosí": el Joven Bramador.

Y cogiendo su honda divina, puso en ella un pedrusco de oro y al tiempo de lanzarlo zumbando por el cielo en dirección al Señor del Aire, dijo estas palabras:

—Rebelde fuiste; solitario quedarás y menguado en poderío. Truncaré tu insolencia y tu estatura: serás partido en dos.

Y conforme el pedrusco de oro surcaba el espacio, iba acreciendo con velocidad vertiginosa. Y al hacer impacto en la hermosísima pirámide de nieve del "Huayra-Apu", la cercenó de un solo tajo porque la honda vengadora del "Thunupa" no perdona.

—¡Sarjama! — ¡vete" — dijo el dios.

Y al cono truncado de la sierra llamó: "Mururata", el Descabezado. Y a la pirámide lejana que voló del oriente al occidente dijo así:

—Tú eres el Alejado: "Sajama" te nombro en memoria de tu estupenda rebeldía.

Y desde entonces sólo tres "Jacha-Irpa" señorean la tremenda Cordillera: "Illampu", "Wayna-Potosí", "Illimani". El "Mururata", el cercenado, no puede competir con ellos.

Pero al frente, en la otra Cordillera, luce altivo. Solitario, inmovible "Sajama", el que se fue. Tiene la grandeza dolorosa del rebelde. En un nevado de maravillosa simetría que domina las planicies de Carangas. Se lo divisa de cincuenta leguas: soberbio, esfíngico, tenaz. Numen extático, distante, evoca todavía la majestad indecible del tiempo mítico. "Sajama": el indomable, primer revolucionario en al gesta cosmogónica. Y la leyenda dice que en la montaña castigada, en el cono hermosísimo de la cordillera occidental, habita el cuarto guerrero del tiempo legendario: "Jacha-Tata-Sajama". El Gran Señor Alejado.

¿A qué distancia queda el monte? Casi no hay lugares poblados en torno al nevado. De cerca es de una hermosura indescriptible; mas el viajero lo admira perdido en el confín; parece una copa de nieve invertida sobre la yerma altiplanicie. Y a la hora crepuscular, cuando el cielo mesetil, se tiñe de mágicos celajes, en un naufrago cromático, arde el monte a la distancia como un cáliz purpúreo. Esplende.

¿Por qué estará tan lejos? — se pregunta Nayjama—. Más próximo luciría mejor. Y no sabe que el secreto del "Sajama" es la lejanía. Porque siempre la montaña simboliza al poblador.

Un punto en el horizonte: pequeño, pequeñísimo, apenas se deja ver. Crece lentamente, como si avanzará sin moverse. Poco a poco Nayjama distingue más: es un hombre que viene hacia él. Media hora de espera y el punto lejano se ha convertido en un indio que pasa silencios a su vera. Sin detenerse, sin mirar siquiera, ha seguido su marcha rítmica, silenciosa. Es joven membrudo, viste sobriamente; lleva un atado a la espalda y se cubre con rico poncho de vicuña. No tiene ganas de hablar o no quiso perder el tiempo; y ha proseguido su marcha felina, invariable. Otra media hora y el puntito distante se hunde en el horizonte.

¡Soledad! — piensa Nayjama —. ¿Estoy solo, estuve cerca de un ser humano? El indio pasó como algo irreal: rozándose, pero sin dejar huella clara de su paso. Y yo ¿he turbado el viaje ensimismado del nativo? ¿Hubo en verdad un encuentro?

Después Nayjama se aproxima a una choza, pregunta a la mujer que se apoya en el umbral si puede venderle un pedazo de pan. Ella no responde, o responde en modo incomprensible; no hay comunicación. Y Nayjama se duele por este alejamiento secular.

Si viajamos en camión por los pueblos altiplánicos, su asistimos a una feria indígena, si nos mezclamos con el indio es sus fiestas, en sus tareas agrícolas, o en su ligero comercio rural; si queremos ahondar en su psique individual y en su vibración colectiva, una interna fuerza de repulsión nos rechaza a la periferia. El indio vive su vida reconcentrada; aislado en su propia órbita vital. No admite intrusión. ¿Es hosco, desconfiado? Es más bien grave, callado. Pone distancia y misterio entre el mundo y su persona. El indio calla, el indio espera. Nadie midió la hondura de esta quietud de bronce; y cuanto más nos acercamos menos comprendemos. Hay una terrible resistencia inmóvil en el hombre de las punas. Se diría que ajeno a la posesión del espacio vive solo en el tiempo.

¿Por qué estará tan lejos? — vuelve a preguntar Nayjama —. Si no sabe que el secreto del autóctono es también la lejanía. Porque siempre el poblador trasciende a su morada.

No se calibró lo indígena en medio del drama americano. Nadie sabe el valor humanísimo, creador y trascendente de las palabras significantes: "autoctonía", "folklore", "vernacular". Tomamos el episodio, la circunstancia, el matiz, la apariencia motivante: jamás la esencia sorda y tenaz que sube en un lento ascenso de raíces subterráneas. Lo indio ¿qué será? Hay una secular absorción entre hombre y suelo, mas el hijo de la civilización no entiende al hijo de la tierra: uno ente de razón, cerebral, artificial; el otro arcilla terrena, chispa telúrica. Y no se sabe quién es más dichoso, si el nativo en su existir milenario rudo y sencillo, o el civilizado en su frenética persecución de goce y poderío. Al indio le faltan muchas cosas; ¿y a nosotros no nos sobran otras muchas? ¡Quién pudiera alcanzar la simbiosis perfecta entre el hombre antiguo del Ande y el hombre nuevo de América!

Queremos hacer algo por el indio. Tal vez el propósito es sincero: la realización casi nunca. Falla el método de aplicación. Porque ¿cómo el incomprensivo podrá entender al incomprensido? Habría que bajar primero del pedestal pedagógico y pedantesco que nos frustra, a la noble virginidad del agro autóctono, para alcanzar la suma verdad del indígena, que es simple y fresca como las aguas cristalinas de la cordillera.

—El indio — piensa Nayjama —. El alejado. Y dos lágrimas ruedan por sus mejillas al recordar la infinita distancia que lo separa del autóctono. Porque Nayjama sabe que no basta decir: "hermano" para establecer fraternidad. Luego vence su desaliento, y una fiera bravura se apodera de su alma.

—¡Iré a ti, si no puedes venir a mí!

Y Nayjama se duerme pensando que luchará y padecerá por el indio. Porque "Sajama", el que se fue, es también el que volverá. Y sólo hacen falta una prédica de amor, una siembra de fe, para que la nieve del nevado y la nieve se fundan en un coro gigantesco de hombre libres.



Llamas en el "Titikaka". Sobre el fondo del Lago Sagrado los auquénidos destacan su fina silueta. (Foto Jiménez)



"Wayna-Potosí": el Joven Bramador. El guerrero del tiempo mítico se embosca en su coro de brumas. (Foto T. I. Rees)

TITIKAKA

Nayjama realiza extensas correrías por el lago. Conoce sus bahías y ensenadas. Navega hacia las islas. Y a veces, cuando el tiempo le alcanza, desembarca en la Isla del Sol, donde le misterio yace como un ángel dormido.

"Titikaka" es el lago del origen y del fin de las cosas. Es la fuente, la "pakarina" ancestral que hace surgir el mundo con sus luminares y sus seres. En el Día del Ojo — el primer día — en el omnisciente "Nayra-Uru", cuando todo estaba envuelto en agua y bruma, surgió el astro de la Roca Sagrada y voló al cielo para alumbrar el mundo. Desde allí vela con majestad hierática: nos da vueltas, le damos vueltas, vivimos sujetos a su divino imperio.

"Titikaka": el arcano que tiene muchas caras.

A la llegada de los españoles el hierofante andino abandonó el santuario, sumergió tesoros en el lago, enmudecieron los oráculos. Y esto no fue una vez sino varias: por el Sol, por el Puma, por la Roca; por otras deidades remotas. Porque "Titikaka" es nombre-clave, semilla de semillas, secreto múltiple; y así como el lago se descompone en islas numerosas que brotan y adornan la extensión marina, el enigma que lo puebla se esparce por el ámbito lacustre en sucesión maravillosa de sugerencias y de símbolos. ¿Quién sondeó el torrente que fluye desde la "Chamark-Pacha" o edad oscura, hasta "Manco- Cápac" fundador del último imperio andino?

La Isla Mayor da nombre al lago: es el Peñón del Puma, donde le antiguo rindió culto totémico al felino. Mas "Titikaka", morada del puma, es también peñón del mundo, porque el mundo es un puma fabuloso que se distiende y se contrae sin cesar. Y los nombres de la isla forman un archipiélago sin término. Y se llamó "Inti-Kala-Canna", peldaño por donde sube el sol. Y "Titi-Tata", padre de estaño vivificante. Y "Thiti-Pata", el lloro universal. Luego "Itikaka", peña sacra de los pueblos telúricos. Más tarde "Titi-kala", cuando el culto de la tierra se cambió por los ritos totém. Y fue después "Intikarka", el adoratorio del astro de los Días. Y eran tres las deidades lacustres: el Sol, el Trueno, el Relámpago y las tres tuvieron altares primitivos. Otros dicen que una culebra monstruosa cerca la isla y la ciñe; y cuando el astro juega con las aguas y esmalta sus ondas, en realidad juega y esmalta las escamas del reptil inverosímil. Porque "Amaru", la Madre Serpiente, es también deidad acuática. Dioses, rayos y naciones surgen de la Isla Mayor. Como el mítico "Manco" que aparece en el centro del lago para fundar dinastía y cultura del tipo agrario-militar. Y el propio "Wirakocha", numen creador y ordenador, para manifestarse a los seres, brota de la tempestad lacustre; y terminada su obra terrena se hunde lentamente en el zafiro de sus aguas. "Titikaka", lago y peñón, es en verdad el ámbito y el centro de la mitología andina, aunque los nevados hayan condensado su significación mayor. Irradia verdad, esparce maravillas.

Hoy la leyenda refiere escueta: Isla del Sol. Nadie alcanza el horizonte de esta poesía arcádica y distante... Y el mito solar no abarca la profundidad ni la multiplicidad de la palingenesia lacustre, porque el mundo andino no fué hecho una sola vez, sinó que fluye, se hace y se rehace sin descanso. Tiene elasticidad de puma, andar sinuoso de serpiente, vuelo tenso y dilatado de cóndor, movilidad de pez. Y a veces como "Pacha", el indescifrable, el inasible, se carga de tal antigüedad y pesadumbre, que nadie le divisa nombre.

En el crepúsculo, cuando aves y peces se recogen en soledad, Nayjama mira la Cordillera Real: una dentada crestería que cierran las moles del "Illimani" y del "Illampu". Se diría la pareja sagrada de los hielos custodiando el tropel iracundo de las cimas. O la boca de un jaguar de múltiples colmillos. El sol poniente dispara sus últimos venablos a la cordillera y las aguas se tiñen con indescriptible colorido; mudanza rapidísima: pintos alguno podría capturar este universo cromático en movimiento. La luz trabaja, trabaja sin descanso: colores vivos, intermedios, tenues, matices, tornasoles que mudan al instante. Actúa el astro con máxima eficacia. El paisaje se estremece en la pasión de despedida. Inmensidad. Soledad. Deslumbramiento del color y de la forma. El Ande, visto del lago, es la revelación teogónica de la naturaleza.

Nayjama se voltea, deja la cordillera a su espalda, y trepa a un peñasco para contemplar la caída del astro, Visión irreal: un globo de fuego se hunde lentamente entre las aguas. Cielo y mar se empurpuran hasta confundirse en el rubí sangrante del confín.

—"Yawar-Kocha"— dice el indio — mar de sangre.

Crepusculares nupcias del mundo con la luz. Todo arde, todo empalidece, fulgura y habla todo con voz propia. Ese telón de nieve, esa ruda crestería, esos colmillos tutelares de los dos

Colosos que cierran una boca de jaguar, esa sábana cromática, ese mar infinito y tranquilo, ese agosto silencio, ese dios que se sumerge en el horizonte lejano...

Nayjama mira el paisaje conmovido, pálido de coraje y de ansiedad, porque los grandes mirajes espolean el espíritu, encienden ansias, acicatean la imaginación.

También el amanecer es una epifanía en "Titikaka". Envuelto en su poncho de vicuña, Nayjama escruta ansiosamente el dibujo visual desde una peña.

La paleta del Lago es tan varia, tan intensa, que se piensa en el temblor de un sueño cambiante. Suaves colinas rozan el agua y delimitan su grandioso cauce, esfumándose del verde al rojo. El amarillo de las balsas contrasta con el verdinegro de los juncos. Aquí los colores fríos del altiplano se transmutan en ardor de mediodía. Corriente súbitas. El pardovioleta de los cerros cede paso a un azul imperial, eléctrico, intensísimos que domina la muchedumbre de los tonos, desde el firme ultramarino de la lejanía hasta el cobalto aéreo del cielo. Brotan celajes acuáticos de finura increíble, tono delicadísimos, maravillas de estampa japonesa. El agua de la orilla se gradúa desde una celestía verdosa, transparente, hasta la mancha profundamente azul del horizonte. A veces todo se sumerge en una magia azulada que azulea las cosas. Un sol de oro esmaltada el paisaje y lo enciende con brillo cegador. El viento desgarrar en suaves vellones las nubes que viajan dulcemente. El frío es tónico, inmediato. Y otra vez un azul imperial desata y domina el juego cromático, ejerce la soberanía del color: roba tonos al morado y al pardo de la tierra; capta el resplandor amarillento de la paja; apresa la luz que baja de lo alto; se envuelve en los reflejos verdinegros de los juncos; tiñe los grises y los ocre de un júbilo sensual. De pronto suelta una sombra... y el agua se bruñe como un espejo de metales azules, que esconden celosamente la vorágine de un violeta impalpable y de un púrpura submarino apenas entrevisto. Destellan rubíes, fulgen esmeraldas, se enardecen topacios y amatistas, mas un zafiro genial lo absorbe todo. Orgía alucinante. Brotan los colores como islas imprevistas, se combinan y desaparecen cual ondas fugitivas. Porque el Lago es el reino de la forma y del color, donde todo se manifiesta como acciones y pasiones de la luz.

"Titikaka": una catedral azul en el horizonte remontado.

El Ande es fuerte, el Ande es también munífico, protege, regala a sus criaturas; y para suavizar sus asperezas, les da el licor ardiente de las nieves en la copa azul de sus aguas, que es copa de santidad y de ternura.

En el principio era el Mar...

El dios eterno de los brazos sin fatiga, que mueve y configura el mundo a su deseo. El manto celeste y la sábana marina encendían la paleta de la fábula: azul metálico, zafiro, cobalto, aguamarinas, turquesas y síleces dormidos, carbones que se azulan, clarores celestiales; toda la gama del color angélico y sus seráficos matices. Era el tiempo primero del aura primordial. A un cielo sin fronteras, una mar sin esperanza. Agua y éter sin fin; éter y agua sin forma. Todo igual a sí mismo, sustento de su propia grandeza. Si el aire indefinible, la materia acuática inasible. Con un ojo aterrado el Dios etéreo mira y se mira en el abismo líquido; con un ojo espantado el Dios marino trata y retrata la infinitud aérea. La unidad se nombra por dos que son uno; cielo como mar, mar como cielo. Y una quietud tan honda y un silencio tan vivo, que nada turba la secular mansedumbre.

En el principio era el Mar...

Pero un día los titanes removieron el abismo; y fue la acción. Las legiones terrestres se precipitan contra los ejércitos acuáticos. La roca airada se revuelve como espada flamígera contra la gran culebra líquida que, dividida en mil pedazos, recompone sin tardanza sus elásticos anillos. Aquí los generales montes encabezan audaces ofensivas; allá las almirantes olas repelen y acometen sin descanso. Si un cerro quiere erigir cabeza, las trombas de agua lo cercenan, volviéndolo al abismo. Si avanza un muro líquido, lo abate la tempestad telúrica. Saltan los continentes en islas y los mares en espuma, que si mejores corceles la tierra, jinetes mayores el agua. La espada terrestre hiere rapidísima; la culebra marina recompone sin tardanza. ¡Combate de las tierras y las aguas! Militares raptos contra marineros ímpetus. Suben los dardos téreos confundidos con las flechas líquidas. En la pugna inenarrable las formas mudan presurosas: ya no una espada, millones de venablos; la gran sierpe hendida en culebras incontables. Máquinas de plástica hermosura se destruyen en el choque del alud y de la espuma. Es el imperio alterno de la curva y de la línea recta. Al bramido de las masas rocosas responden el vértigo de los remolinos acuáticos. Caen las olas como decapitadas torres, se insumen las montañas cual arenas. Todo cruje en el calambre de la fuerza.

Entonces fue que los aires y los fuegos decidieron terciar en la contienda: ígneos escuadrones, huestes huracanadas, revueltas muchedumbres subterráneas. Aquí las piedras más

famosas, los bólicos de fuego, las lavas del mundo submarino. Allá las cimas agresivas, los vientos abismales, los cuarzos de angustiada geometría. Y cuando piedra, fuego, lava, cima, viento y cuarzo fueron una sola masa incontenible lanzada hacia lo alto, acrecentóles la tajante furia del torbellino circular que desplazándose, desplaza. ¡Misterio de soles y de átomos! Fasto marino, telúrica epopeya. Todo igual: surgir y remover y declinar. Si centro u periferia se responden, mares y continentes al unísono. Una vez más cumpliósse la ley cósmica: viene el nacer de un perecer, y el alternar de las formas del contrastar de las esencias. Del trágico pavor del mar surgió el dramático esplendor de la tierra. Bramando se alejaron las cordilleras de agua; rugientes se afirmaban las telúricas trombas. Rota la líquida llanura emergieron rudos montes, suaves playas, bosques y desiertos sin límite. Vencido quedó el mar por la irrupción terrena.

Esta fábula, que con ser fábula es historia viva y palpitante, tiene un epílogo.

Cuando el Genio de la Tierra revistaba sus legiones vencedoras, ordenaba simultáneamente el orbe andino. Asentó las tierras bajas, abrió cauce a los ríos, moldeó los valles en la aspereza de la sierra. Con casquetes de plata, cerró las bocas ígneas de su poderosa artillería. (El "Chachacomani", el "Isluga", el "Huallatiri", el "Sajama" y el "Tacora", los volcanes de la Cordillera Madre, recuerdan todavía la lucha formidable). Y su hazaña más alta se vierte así. Cruzaba el carro huracanado frente a las montañas más intrépidas, aquellas que crecían hacia el astro desde el rpto profundo del abismo, cuando Vencedor, tocado por la pesadumbre de su gloria, profirió estas palabras:

—¡Detenten, oh Cordillera!

Y el Ande fue. Y la nieve, el basalto y la traquita petrificaron la gesta cosmogónica.

Derrotado, el demiurgo líquido habló a su vez:

—Ganaste parte de mis reinos, mas algo debe recordar la lucha. ¿Puedo dejar mi rastro en lo perdido?

Y dijo el Vencedor:

— Sea tu rastro en medio a mi grandeza.

Y el "Titikaka", el Lago Sagrado de los Andes, es la celeste lágrima que derramó el genio del mar cuando las cordilleras subieron del abismo.

Nayjama respira el aire frío en sus riberas, bendice al Sol de oro, vibra con la luz matinal y virginal de sus amaneceres. Mira al indio sencillo, fuerte, bogar y comerciar en sus pequeñas balsas de junco; es el único que tiene los nervios suficientemente cansado para soportar la tremenda tensión de las alturas. Ve al mestizo en su ocio pueblerino, en su modesta artesanía, en su vivir estable y apacible. Atisba a los turistas y a los blancos que llegan de las ciudades en pos de encantamientos que no alcanzan. Luego se mezcla con todos ellos, u así perdido en la multitud de los romeros, va a postrarse a los pies de la "Mamita de Copacabana", la virgen India, la imagen milagrosa que hace don de sus favores. Y en "Kopakawana" — el mirador de la piedra preciosa — en el atrio del templo levantado por el fervor católico, hay unos indios ciegos que arrancan de viejos lamentos desgarradores y ternísimos.

A las tres de la tarde, cuando el sol brilla en el esplendor de su fuerza, Nayjama se sumerge en las ondas del Lago. El agua apenas tibia, saludable, le infunde un sentimiento de alegría, una fe gozosa y pura se algo que se fue, o de lago que vendrá... Y sale limpio de cuerpo, limpio de alma. Después juega en la orilla con esos guijarros encantadores que las aguas pulen amorosamente millones de años, para que los hombres los acaricien fugaces segundos. Mira la opulenta procesión de las nubes albísimas, el dorado centelleo del mar interior; se absorbe en la comunión extática del paisaje; quiera convertirse en una humilde piedrecilla para vivir a la vera de sus aguas tranquilas. Sueña.

Luego se compra un cachorro de pajas multicolores, de esa ingenua alfarería con que el indio quiere expresar la belleza cromática del lugar. Mira por última vez un barquito de vela que se pierde en el turquesa del horizonte, y regresa a la ciudad cargado de esperanza y de promesas.

Porque "Titikaka" es fuente de energía, hálito de superación. Es "samiri": levanta al decaído y al postrado. Y todo aquel que se hunde en el hechizo de sus aguas, se baña también en el misterio de las antiguas teogonías. Y sale puro, fuerte y animoso, como si hubiera asistido al nacimiento del mundo desde las islas venturosas que acaricia el mar sagrado.

WAYNA-POTOSI

Y sucedió que Nayjama estaba solo en medio de una plaza a la hora de vísperas; ese trance indefinible entre el crepúsculo y la noche, cuando una nube, una estrella, un resplandor velado hacen consentir que la tarde es un amanecer. Y las gentes acudían de todas partes, asustadas pero silenciosas: nadir podía hablar. Y un ejército de mudos se movía de un lado para otro, pintado en los ojos el terror. Y antes que Nayjama pudiera preguntar lo que pasaba, bruscamente una pirámide de nieve irrumpió en los contornos de la plaza. Y también él se espantó por la proximidad aterradora de la montaña, que parecía un gigante fabuloso aplastando el paisaje. Y era tan alto que nadie podía ver su cima, y su masa silenciosa ataba las lenguas de pavor. Y era que el nevado que reposa al norte, se había trasladado al centro mismo de la ciudad. Y las gentes no sabían qué hacer y se movían en desorden. Y después del miedo volvió la confianza a Nayjama, porque él sabía que los montes atemorizan y luego amparan y levantan. Y quiso tranquilizar a la multitud que iniciaba el éxodo de la ciudad, como si hubiera recibido mandato del gigante blanco. Y la plaza se iba quedando vacía y Nayjama se veía a sí mismo, solo frente al como formidable que abrumaba la ciudad con su presencia...

Y cuando despertó supo que el "Wayna- Potosí" lo había visitado, porque esa altísima pirámide que se levanta al norte de La Paz — severa, deslumbrante, aterradora — era la misma de su sueño.

Rastreó largamente Nayjama el origen mítico del cerro, sin poder alcanzar la leyenda del tiempo legendario, porque superpuesta a ella se alzaba la leyenda del tiempo quéchua. A todo el que pregunta a los libros y a los indios. Le contestan:

— Es el "Wayna", el nevado joven.

En memoria de la convulsión geológica, de los ruidos subterráneos que se oyen por el valle de Zongo que se abre a sus pies, o por el fragor de los aludes que bajan de la cumbre, se le dice: "Wayna-Potosí", el joven Bramador. Y nada más se sabe del nevado que custodia la garganta aérea que lleva a los llanos benianos.

Pero si algún osado explora la meseta circundante; si tiene la suerte de tropezar con un "laikha" o brujo aimára; si le pregunta por qué sacrifica un llamo blanco mirando en dirección al gran nevero, el aimára le dirá:

— No es para el "Wayna" Para el "Tuno" es.

—¿Y qué quiere decir "Tuno"?

— Quiere decir: el primero, el más antiguo.

Y así supo Nayjama cómo la adulteración del mito cambió lo más viejo en lo más joven. Y otro día conoció que el nombre primitivo del "Wayna- Potosí" fue "Ka-kaa-ka", que significa "hombre-roca", toponimia que se encuentra todavía en libros raros.

Y se durmió sin poder descifrar el nuevo hallazgo.

Y se vió sobre un a inmensa planicie desolada. Un paisaje semilunar de grandes fosas circulares y pináculos verticales. Todo quieto, silencioso. De pronto se hinchó la tierra y un imponente promontorio de roca y hielo comenzó a escalar el aire con sus formas atrevidas. La nieve que rodaba de sus flancos, iba llenando las fosas, suavizaba los ángulos, se transformaba en mansos prados y en alegres vetas de agua. Y paulatinamente el paisaje fuése poblando de árboles, de animales, de colinas verdes y ondulantes. Y del vientre del Nevado salieron hombres de estatura portentosa: salieron cien millares. Y eran los "Wari-Wirakochas", los hombres primitivos dotados de atributos divinos, los Hijos de la Roca, creadores de toda fuerza: enérgicos, osados, impasibles. Y era el tiempo de la primera creación del mundo, cuando "Wirakocha", el dios febril moldeaba pueblos de montañas. Y los gigantes se distribuyeron por la tierra y levantaron sus miradas de piedra, las "llallawas" o fortalezas ciclópeas, que parecen conmoldeadas en la roca misma por el mineral designio cósmico y que siempre se elevan sobre montículos dominantes. Y cuando las blancas torres estupendas estuvieron terminadas, pelearon los "Waris" entre sí: unos querían reposar, otros hacer que las torres fuesen más altas que los nevados circundantes. Entonces "Wirakocha" ordenó que el Nevado volviera a absorberlos en su seno; pero como se habían multiplicado en exceso, tragó el monte a los sumisos y los rebeldes fueron petrificados y



El "Wayna" abruma, aterra. Dios Mayor en la mitología andina recuerda la lucha cosmogónica. (Foto t. I. Rees)



La "Horca del Inca" en el Lago Titikaka, donde nace la teogonía andina. (Foto T. Cordero)

abandonados en la meseta que volvió a la desolación primera. Y brotaron monolitos de asperón y de basalto. Y varias veces se mudó el paisaje de la tristeza a la alegría. Y otras tantas se pobló la meseta con los "Waris" que salían del Nevado para erigir sus torres orgullosas, y se volvió a vaciar cuando los "Waris" regresaban y se fundían en la roca. Y la montaña alentaba con presencia de hombre. Y el hombre transcurría con ritmo de montaña. Y mirando con fijeza, se advertía que ambas criaturas eran sólo modos de la fuerza primordial: tierra en sosiego la una, tierra animada la otra. Y Nayjama sentía que él era también un monolito angustiado por ponerse a caminar, y uno de esos gigantes que ansiaba inmovilizarse en la blancura del Nevado. Y se sintió angustiado al sentirse quieto, y se regocijaba al avanzar hacia el Nevado, que parecía llamarlo con sus fauces de nieve. Y una voz profunda y bramadora como el trueno repetía: —"Nayjama, nayajama: como yo mismo soy".

Y así fue, entre dos sueños, cómo Nayjama supo que "Ka-kaa-ka quiere decir el Hombre que Nace de la Roca. O la Roca que se eterniza en el hombre más Antiguo.

Y fue designio de "Wirakocha", el Creador, que el nevado inmarcesible que da luz al mito andino, sea a un tiempo mismo principio y fin para la raza que despierta. Como ella misma: antiguo y joven. Porque si "Ka-kaa-ka" encierra la suma vejez del Ande, osado y alegre señor de las cordilleras. Centinela del mundo.

El que dará la voz de mando con sus trompetas tempestuosas, cuando el pueblo olvidado salga a la búsqueda de su destino.

PACHA

¿Por qué la penosa servidumbre a Europa? Buscamos los pálidos reflejos del astro que declina, sin reparar que el sol andino irradia verdad, fuerza, belleza.

Murieron los dioses griegos, nos destrozan los ídolos modernos; pero las deidades indias duermen el oscuro sueño de la sangre; alientan en el interior del mudo y en la intimidad del montañés. Persisten.

"Pacha" es la palabra primordial: arcilla primera, universal hechura. Es clave metafísica, presencia inmediata, mundo de mundos, abarca todo lo que alienta o está inmóvil. De ella nacen los gérmenes; en ella se hunden y transforman los seres para volver a renacer. General arquitectura. "Pacha": el Señor del Mundo, porque lo crea y lo transmuta todo.

Si para el cristiano en el principio era el Verbo, para el andino "Pacha" era al principio. Y las formas de "Pacha" son inacabables: nadie pudo abarcarlas en su total grandeza y variedad. Porque la criatura es parte de su orbe, mas nunca llenaría el aro infinito en que se mueve. Y a los nombres de "Pacha" no se les conoce término. Crean, se multiplican, fluyen como ríos hercúleos; y como ríos se pierden en el mar revuelto de la cosmogonía andina. Y nadie sabe cuándo comenzó ni cuándo acabará el collar infinito de sus transformaciones.

¡"Pacha", el Dios Cósmico del Ande!

En su forma femenina se nombra "Jacha-Pachamama", la gran madre tierra. Es también "Pacha-yachachic", el viejo señor de la tierra. "Pacha-Rurac", el creador del mundo. "Pacha-Kamac", el regulador del universo. "Pacha-Tata", el señor del suelo. "Chamak-Pacha" el tiempo oscuro. "Aka-Pacha-Urake", la piedra que señorea la tierra. "Wiñay-Pacha", el señor eterno. "Alaj-Pacha", el que hizo el plano en que estamos. "Cuna-Pacha", el que pregunta: ¿cuándo? "Hallu-Pacha". El tiempo de agua. "Pacha-Khantati", cuando el mundo amanece. "Hich-Pacha" guardián del instante. "Ukham-Pacha", lo intacto. "Haya-Pacha", lo que está lejano. "Cusi-Pacha", la gloria, "Ni-Cuna-Pacha", el que dice nunca. "Chacha-Pacha", el valeroso. "Tak-Pacha", lo que se entrega entero. "Kañu-Pacha", la cascada turbia. "Pacha-Phasti", cuando el tiempo se serena. Y cuando el aimara quiere expresar un millón, vuelve apelar a Pacha y dice: "Maa-Pacha". Y es asimismo "Uka-Pacha", lo que sucedió entonces. "Hanan-Pacha", el amo del cielo. "Cay-Pacha", el amo del suelo. "Ukhu-Pacha", el amo del subsuelo. "Pacha-Kama", deidad de la guerra. "Auka-Pacha", la edad de los guerreros. "Tutayak-Pacha", la oscuridad antes de la aurora. "Pachakuti", el dios del milenio. Y también se nombra "Nina-Pachakuti", el que cambia por el fuego. "Wayray-Pachakuti", el muda los vientos. "Pachakuyuy-Pachakuti", el fin del mundo por el terremoto. "Pachacútec", el

reformador. "Pacha-Punku", la puerta de la tierra. "Pacha" es el "anima animans" del orbe andino. Y "Pacha"...

La palabra original enlaza cielo, suelo y subsuelo del andino. Es la tierra hecha hombre, es el hombre vuelto tierra. Y hombre y tierra se confunden tan estrechos que no se divisa uniones. Y ambos se miran y subliman en la piedra, porque la piedra aproxima y funde sus formas distintas. Porque la piedra es también el mensaje del suelo a la humana criatura.

Y quién profundice la suma hondura de la palabra primordial— que es mundo, tiempo, espacio, lugar, tierra, época a un tiempo mismo — advertirá que la metafísica aimára descansa en una concepción horizontal y multiplana del universo físico. Los tres pisos del jonio, las tres moradas del cristiano, para el andino se representan por tres planos: el plano de arriba, el plano en que estoy, el plano de abajo. El mito pétreo amarra y liga los mundos de la luz y de la sombra. Porque la piedra es síntesis cósmica, el sustento de "Aka-Pacha", que se balancea entre la infinitud gozosa de "Alaj-Pacha" y la tenebrosa hondura donde señorea "Mankha-Pacha".

Primero el indio adoró la Noche: "Aruma". Después levantó su pasmo al júbilo del día: "Uru". Del monte al astro: éste es el camino. Una intuición relampagueante enlaza los monolitos herméticos con la ruda majestad de las montañas. Arquitectura sólida, geométrica; fuertes líneas que se afirman sobre planos inmutables, de inexorable horizontalidad. Los grandes cerros que parten del mundo subterráneo y elevan sus cimas al mundo celeste, dominando el plano en que estamos, son la clave del telurismo antiguo. El espejo vivo del mundo La tierra hecha deidad mayor.

Esto es sutil, es peligroso: los tres planos del aimára coexisten, fueron siempre, al mismo tiempo, sin precedencias, sin jerarquía. ¡Son! Se comunican. Y "Pacha", el universo, el de arriba, el del centro, el de abajo, es también la entera verdad del mundo que habitamos, el punto creador de los tres planos animados y sin embargo fijos del aimára. La línea de los tres "Pachas" tiran al infinito: nunca se encuentran pero están unidas entre sí. Conciertan sin tocarse, divergen sin dejar de unimismarse. Totalizan. Y el tiempo no cuenta para el habitante primordial, porque "Pacha-Achachi". El suelo más antiguo, el eterno fundador de los pueblos remotos, es también el constante sustento de las naciones jóvenes. Y "Pachakuti", el que todo lo cambia, encarna las revoluciones cíclicas de la naturaleza y los cielos dinámicos del hombre. Todo es, todo fue, todo será. Porque mundo y criatura se transforman sin cesar.

Y "Pachaklida" es todo aquel que fabricó en el Ande: con soplo humano o en raptó cosmogónico.

Y hay tantos misterios ocultos detrás de la palabra "Pacha", que descubiertos lucirían como el cielo estrellado.

Cuando Nayjama hubo llegado a la suma comprensión del suelo y de la raza, preguntó a la Montaña:

— Madre Veraz: ¿a dónde iré?

Y la montaña contestó:

Cierra tu libro, Ve a servir a la muchedumbre que te espera. Porque amar es servidumbre. Soñar es servidumbre. Crear es también servidumbre.

Entonces Nayjama interrogó:

— ¿Alcanzaré la nueva aurora?

Y la montaña de repuso:

—Olvida la victoria y el fracaso: trabaja para el tiempo. "Pacha" no mide el tamaño de sus pasos. ¡Sé! No importa el resultado.

Y partió Nayjama al encuentro de los indios, sus hermanos: de los cholos, sus amigos; de los criollos y los jóvenes que buscan superarse; de todos los que aguardan una siembra de fe para redimir a la América mestiza. Porque todos tienen hambre de amor y de justicia.

Dicen que Nayjama es el profeta del pueblo indio. El que quiso convertir la tristeza y de alegría. El soñador, el precursor. El que dijo su verdad sin velos porque comprender es padecer. Siembra de eternidad arriba, siembra de eternidad abajo. Y aquí, en el plano en que estamos, aunque todo parezca conjurarse en contra suya, presintiendo el tiempo nuevo, Nayjama alza los ojos a la infinita Vía Láctea y dice como el indio:

—"¡Lakampu-Jahuirá" americanos: habrá "Río de Estrellas!"

Y así termina el Libro de Nayjama.